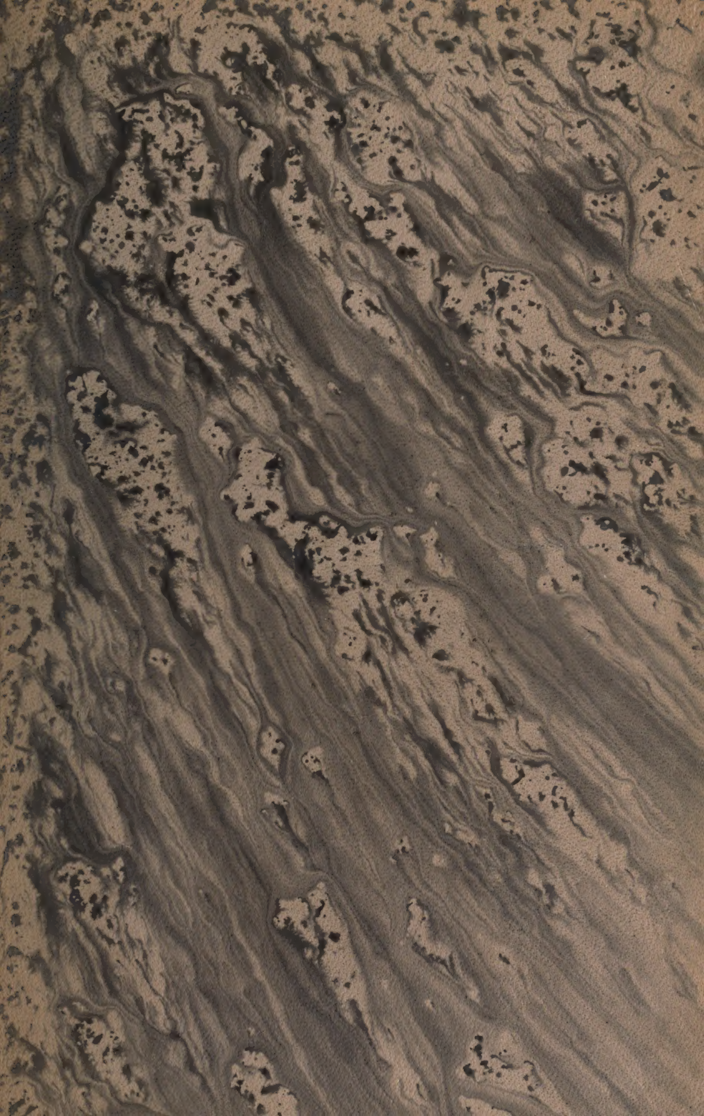






COSAS DE FRANCIA

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón*. *Milord*. (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas*. Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica*. (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania.—El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres*. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París*. (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo*. (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cavia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios.* (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres.*—(Apuntes de mi tiempo), 3 Pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas.* (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas.* (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos.* (Semblanzas varias. Primera serie) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas.—Chistes y anécdotas.* 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas* (Crónicas primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo.* (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIX.—*Cosas de Francia.* (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro.—Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,5C provincias.

———

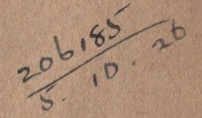
OBRAS COMPLETAS

DE

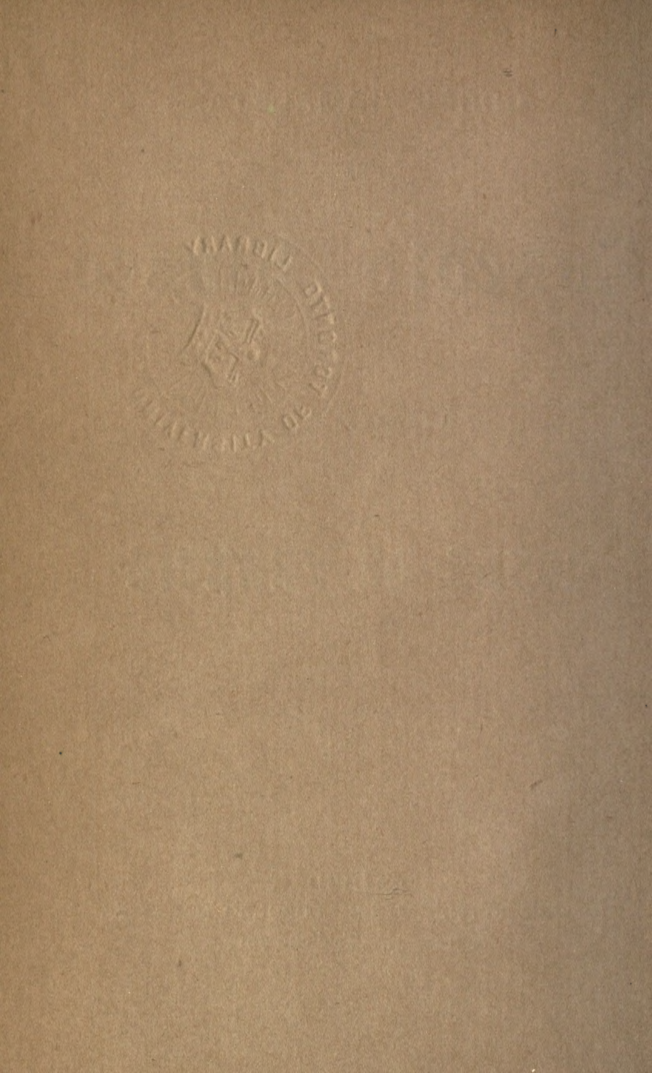
Eusebio Blasco

TOMO XIX

COSAS DE FRANCIA



MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.— Teléfono 791.



PRÓLOGO



BLASCO

Ha habido, y hay, y seguirá habiendo otros Blascos; pero el auténtico, el legítimo, el popular es Eusebio, avecindado en Madrid, natural de Aragón y devoto de aquella Virgen que no quería ser francesa.....

Y en esto la célebre Pilarica tiene semejanza con su devoto. Blasco no quiere ser francés. Entre los literatos españoles de estos últimos tiempos, es ley fatal la de pagar tributo fervoroso á las musas galas, en la época romántica, mientras por un lado se pisaban las huellas de los *felibres* de Provenza, por otro se imitaba, hasta beberle el aliento, á Víctor Hugo. En la época naturalista, todos los noveladores—exceptuando uno ó dos solamente—hanse inspirado en Zola ó en sus discípulos. Y de la poesía no hay que hablar... Basta echarse al coleto las colecciones de versos que publican los muchachos de ahora, tituladas modestamente *Oro fino* ó *Piedras preciosas* ó *Rayos de Sol* ú otra cosa así, para encontrar en seguida, sin mucho esfuerzo, á Sully Prudhomme, á León Valade, á Baudelaire, etc., etc.

A Cervantes, á Quevedo, á Fray Luis se les celebra, se les traduce lejos de España; aquí se les desprecia profundamente. A título de *modernismo*—vocablo hueco de sentido y que no sé por qué acoge nuestro léxico—se canonizan las mayores extra-

vagancias de forma y fondo, siempre que nos lleguen de fuera, y nuestra coruscante juventud modernista, olvidando al bueno de Góngora, que era español y que inventó el género, é hincándose de rodillas ante un Mr. Mallarmé—verbigracia—alambica los pensamientos, disloca las frases y hace de la obscuridad el principal atractivo de una poesía cuyo objetos es, al decir de algunos, *sugerir* las cosas, en vez de mostrarlas con claridad y precisión. Así lo entienden en París de Francia, y hay que imitar á los franceses.

Y en cambio Blasco, que ha vivido en París y que ha sido allá, en la gran ciudad cosmopolita, un parisién como otro cualquiera y tan *boulevardier* como cualquier otro, no tiene á menos el exhibirse como baturro y es, escribiendo, un español de buena cepa, más enamorado de la Pilarica democrática que de la Santa Genoveva esplendorosa. Estudiadle, si no en su propio terreno, es decir, en lo cómico y de fijo no encontraréis el sandio *calembourg* ni el chiste verde, ni la simpleza gedeónica que tanto gusto suelen dar á la otra banda del Pirineo; pero hallaréis á montones la sal del gracejo que en España se cría, y al lado de la poderosa intuición de lo cómico, la nota sentimental de una delicadeza rara, aguda y sutil que le distingue de la mayor parte de los autores festivos contemporáneos, dándole una vigorosa personalidad en el género.

Por eso Blasco es popular como nadie en nuestra nación; por eso su firma, cada día más solicitada, se encuentra constantemente, no sólo en las grandes publicaciones de las capitales más cultas de España, sino también en los periodiquillos de los últimos rincones de provincias, que pudiendo copiar, si les viene en ganas, artículos míos ó de Becerro de Bengoa, prefieren reproducir—y por algo será—los de

él; y por eso, en fin, sin haber sido jamás ministro, sus envidiosos son muchos y sus enemigos no pueden contarse...

No hay que añadir que esos enemigos no son otra cosa que *admiradores inversos.*



Cuando en estos mismos días, en la hoja literaria de *El Imparcial* leo sus magistrales estudios de costumbres populares aragonesas; cuando leo sus crónicas del *Heraldo* y sus cuentos sabrosos y finos publicados en las principales revistas de Madrid y de Barcelona; cuando veo que en «Lara» se estrenó el otro día una comedia suya titulada *Dulces memorias*, verdadero primor de gracia, de originalidad y de *savoir faire,* según reza la crítica, me pregunto asombrado: Pero ese Blasco de ahora ¿puede ser aquel mismo que allá en los tiempos de los bufos Arderius escribió con tanto aplauso *El jóven Telémaco?* Este Blasco de ahora ¿es aquel mismo que en los días borrascosos de la revolución de Septiembre llenaba de verso y prosa los semanarios satíricos, colaborando con Luis Rivera, Roberto Robert y Cazurro, y haciendo desternillarse de risa á generaciones que ya han pasado ó que están con un pie en la sepulturas?...

Si es el mismo—que hay quien lo duda—permitidme hacer una pirueta de asombro; más no me asombro de ver á Blasco, casi durante medio siglo, contreñido á trabajos forzados en las galeras de la literatura, maceradas las carnes por este grillete que se llama la pluma, atormentado el espíritu por el dilema implacable de la victoria ó de la muerte; que harto sé, por desgracia, que este y no otro es el premio flaco de la lotería que concede la fortuna al que nace con ingenio—y no de azúcar—y carece de

suegro que le *dipute*, ó de general que le proteja; que harto sé también que en España no hay jubilaciones para el que escribe y es forzoso morir, á pie firme, sobre las cuartillas eternas, como el artillero sobre el cañón. Literato conozco que cargado de años y de arrugas, colabora con su nietecito en el mismo periódico.

Lo que me asombra—y me asombra en Blasco—es el milagro de la perpetua juventud de la primavera intelectual, siempre exuberante y potente y que se prolonga hasta una edad en que á la mayor parte de los hombres da su jubilación la Naturaleza. No sé yo ni quiero saber los años que tiene Eusebio Blasco. *¿Milenta mil?* No me importa. Sólo sé, sólo quiero saber, que juzgado por lo que escribe en el día de hoy, por lo que trajo anoche *El Heraldo* ó salió esta mañana en *La Ilustración*, es un mequetrefe de veinte abriles. Vigor, frescura, entusiasmo, sinceridad, independencia, lo que se posee, lo que se derrocha en la juventud, es el tesoro actual de Blasco, según el balance que puede hacerse en cualquier día de esta semana. Ignoro si entre su prole masculina tendrá, como Oller ó Sellés, algún vástago que cultive las letras; si existe, no tendrá, no, seguramente, el muchacho la frescura de inspiración del autor de sus días.

Para merecer mayor loa, su trabajo de siempre ha sido verdadero trabajo *creador*, quiero decir que ha grangeado su reputación comentando, como hacemos otros, los trabajos ajenos. Con la excepción de *El Joven Telémaco* y de alguna otra obrilla, del mismo jaez, su labor, dentro de lo cómico, ha sido seria, transcendental, puramente artística, y sobre la misma calaverada de *El Joven Telémaco*, una de las obras que hicieron rico á Arderius. ¡Cuánto cabe decir y filosofar!...

Introdujo, propagó é hizo aceptar el género bufo en España... Es cierto; pero yo puedo aseguraros—apostando el pescuezo de cualquier dios del Olimpo de Azcárraga — que el género bufo existía en las costumbres antes de ser importado por D. Eusebio. Ausentes de la escena en aquel período Tamayo, Ayala, Serra, Bretón, García Gutiérrez, Florentino Sanz y otros buenos autores; fatigado y aburrido el público de las sentimentales é insulsas producciones de don Luis Mariano de Larra, el género bufo, que señalaba un progreso sobre el género *tonto*, encontró bien preparado el terreno y fué acogido con franco regocijo, como una muestra simpática de la característica jovialidad francesa. De ese antiguo buen humor de los gabachos que es acaso, entre todas, la más profunda de las filosofías. «Haced provisión de un caudad de buen humor para afrontar la vida» decía una vez en un banquete de la juventud parisién, el insigne Renau. La alegría sana, *burguesa* y, si se quiere, *cursi*, es el mejor acicate del trabajo fecundo.

Pero los que renegaban furiosamente de las bambochadas del género bufo, á reserva de ir luego al teatro armados de gemelos, para ver y analizar mejor, en *El Joven Telémaco*, las postizas redondeces de las *suripantas*, solían hablar de los contrasentidos que pululan en la escena, del predominio de lo absurdo y de lo grotesco, de la ausencia de los caracteres dramáticos, substituidos por caricaturas inverosímiles. ¡Donosa acusación!.. ¿Acaso Mr. Halevy, en Francia, y Blasco, en España, blasonaron nunca, al cultivar este género, de artistas, en la legítima acepción del vocablo? Será ilógico—no lo niego—ver en las tablas al joven Telémaco con sombrero de copa, y á Calipso con *polisson*...

Mas, por ventura, en estos tiempos y en esta moderna España no nos salen al paso, á cada hora, mayores contrasentidos?.. Así como así, el autor de obras bufas solía disparatar á sabiendas; en cambio, autores y artistas conozco que desbarran, mal de su agrado, y que caen, por derecho propio, dentro de lo bufo más grotesco. ¿Se quiere un ejemplo? Los frailes que pintó Puebla, académico de la de Bellas Artes, en aquel cuadro, tristemente famoso, del primer desembarco de Colón en América, ¿no eran frailes bufos?

Hay que ser, por esto, indulgentes con el importador del género bufo, considerando, sobre todo, que mientras el actor y empresario Arderius vivía entre riquezas y gastaba coche y lacayos, Eusebio Blasco ha paseado siempre su pobreza por las calles de Madrid y París, sin haber logrado á orillas del Sena, como no lo logró tampoco á orillas del Manzanares, asegurar siquiera para el día de mañana el mezquino pan de sus hijos. Entre los autógrafos de mi archivo conservo una carta que me dirigió Blasco desde París y de la cual no puedo resistir á la tentación de transcribir los siguientes párrafos:

«Yo estoy deseando—me decía Blasco—volver á Madrid, pues acaso soy el único español sinceramente patriota, sin que en este sentimiento entre para nada ni el negocio, ni la polílica, ni el egoismo, ni ninguna de esas cosas que á los hombres sacan de quicio. Tengo el amor de la patriacomo el de la familia, como el de Dios, como el de la amistad.

»Por lo demás, excuso decirle á usted que aquí, como ahí, continúo sin una peseta, cargado de obligaciones, con once personas á mi cargo y saliendo á diez horas de trabajo diario, y siempre contento.

Sobre que esto del vivir suele durar tan poco, que no vale la pena de disgustarse por ello»

Cuando Blasco me escribía esto, era redactor de *Le Fígaro* y comía pan á manteles con el exrey Milano de Servia y tomaba el aperitivo con Offembach y Gounod en los cafés del *boulevard*, de donde salía alguna vez para tomar el tren é ir á Alemania á tener una *interview* con Bismarck. El nos ha descrito admirablemente aquella etapa de su vida en dos bellísimos trabajos leídos en el Ateneo de Madrid y publicados después con los títulos de *El periodismo en Francia* y *Literatura francesa contemporánae*. En aquel par de folletos, en forma anecdótica, en estilo chispeante, está pint ada al menudeo la vida intelectual de la gran metrópoli, con sus embriagueces, sus desasosiegos, sus gigantescas audacias y sus invencibles tentaciones.

Pero ¡qué tristeza! Este Eusebio Blasco que en Madrid vivió siempre *sin una peseta* y que en París *continuaba* sin ella, es uno de los ingenios más brillantes de la era actual y sin duda, como ya he dicho, el más popular de los escritorescontemporáneos. Ha cultivado casi todos los género literarios y siempre con acierto y aplauso. Poeta lírico, es el autor inimitable de *Soledades*. Poeta dramático, ha abastecido de obras nuevas el teatro y llevado á la escena, entre un centón de comedias, la celebradísima *El pañuelo blanco*. Novelista, ha escrito obras dignas de estimación. Articulista, después de publicar las colecciones tituladas *Mis contemporáneos*, *Mis devociones*, y algunas otras que no recuerdo, sigue haciendo todos los días un verdadero deroche de sales y donaires en esa multitud de trabajos chanceros, intencionados, deliciosos, con los cuales tutea las más de las veces al público de España y de Francia. Con los lureles que él desdeña, como, verbigracia, los de

poeta, podrían tejerse una corona más de cuatro académicos que sólo saben del laurel por haberlo visto en el estofado.....

***

¡Pobre Blasco! Hay que compadecerle..... Esa obligación de hacer reir todos los días al mundo majadero es tan dolorosa á las veces..... El cómico, el *clown*, el escritor festivo, aunque lleven la muerte en el alma, han menester decir chistes..... El público ignora que

«como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor»,

juzga á esos eternos enmascarados con la careta de la risa los seres más venturosos en el mejor de los mundos posibles. Y, sin embargo, hay inspiraciones extrañas en las cuales las risas y los sollozos parecen encaminarse desesperados hacia lo infinito. El expectador no ve esto... Será necesario que *Fígaro* se levante la tapa de los sesos para que el mundo crea en la realidad de la desventura y la fatiga, descubriendo entonces con asombro, bajo de los cascabeles del disfraz, su ensangrentada huella...

La amarga existencia ¿qué es sino una serie de contradicciones? Blasco, buscando los aplausos del público, se marcha tranquilamente al Casino cuando el público, entusiasmado, le llama á la escena... Blasco, haciendo reir, con sus obras, á sus obras, á sus contemporáneos, es hombre más triste que un ciprés; Blasco, estudiando siempre el lado ridículo de las cosas, se pone él en ridículo presentándose para diputado y obteniendo tres docenas de votos...

Y fué esto último porque llegó á figurarse inocentemente que con la gloria se va á alguna parte en este país...

ANTONIO CORTÓN

De *La Vanguardia* de Barcelona de 9 Noviembre 1900.



LA LITERATURA FRANCESA CONTEMPORÁNEA

Literatos en la intimidad.

I

SEÑORAS Y SEÑORES:

LA costumbre de escribir, que en mí ya ha degenerado en vicio, y la circunstancia de no haber sido nunca ni diputado ni cómico, han hecho que casi nunca haya hablado en público; de modo es que soy pésimo orador, y, en realidad, esta llamada conferencia ha de ser casi una lectura. Voy á tratar en ella ligeramente, porque ni el tiempo ni la prisa con que vengo me ayudan, de literatura y de literatos, sin la menor pretensión y como si hablara en el seno de una familia, después de cuatro ó cinco años de ausencia. Será, pues, ésta una conversación; oidla como tal, y no me pidáis ni la ilustración ni la corrección que no tengo. Hablemos de novela, teatro y prensa francesa, como

buenos amigos que no se han visto hace mucho tiempo. Yo vengo de lejos, me preguntáis qué pasa por allá, cuento lo que sé, comparo sin ofender, deduzco sin probar, y si logro entreteneros una hora con esta chismografía internacional, tanto mejor para vosotros y tanto mejor para mí. Así como así, unos y otros nos pasamos el día hablando y oyendo hablar de política y de otras cosas desagradables, y apenas hay en Madrid otro salón que éste que sea verdaderamente campo neutral ajeno á todas esas miserias de la vida. Aprovechemos, pues, una hora, y hablemos de *nuestras cosas*; porque á cuantos veo aquí les considero como individuos de una misma familia de artistas y de literatos, y yo les traigo con esta lectura noticias de sus parientes lejanos.

Decía Alfonso Karr, con aquel espíritu de observación que hizo de él en su tiempo uno de los hombres de más *esprit* de Francia, que hay un momento muy triste para los *Tenorios*, ó conquistadores de hermosuras, y para los viajeros. Los *Tenorios* acaban por averiguar que todas las bellezas se parecen; los viajeros acaban por averiguar que todos los países se parecen también.

Así, pues, y de acuerdo en la segunda parte de la observación con el escritor francés, comenzaré por decir que una vez convertido el viajero español en vecino de París, viviendo aquella vida cinco ó seis años seguidos, y en el mismo me-

dio social que aquí, acaba por encontrar tantos puntos de semejanza entre uno y otro país, como pudiera hallarlos entre un libro en octavo y otro en folio de la misma obra. Sobre que el hombre es el mismo en todas partes, y las fronteras, si pueden dividir dos países, no pueden variar las condiciones del corazón humano.

Se atribuye á un ex presidente de esta casa cierta frase que me conviene repetir. Parece ser que este eminente literato y político ha dicho que los franceses no son sino «españoles con dinero». Acaso tenga razón, y no me doy por convencido del todo, porque no sé cual de los dos individuos de estas dos naciones creería salir perdiendo ó ganando. Dentro de la vida literaria son también, como nosotros, los literatos franceses, literatos españoles con dinero, y además de esto, mejor colocados en este gran teatro de Europa. ¿Quién que me escuche podrá dudar de que nuestros grandes novelistas, dramaturgos ó poetas apenas son conocidos allende el Pirineo porque escriben en este hermoso rincón de Europa, muy hermoso, repito, pero rincón al fin? París, centro, depósito, almacén, exposición universal constante de cuanto allí y en otras partes se produce, tiene el privilegio de que sus habitantes se hagan oír inmediatamente en todo el mundo. Malo, bueno ó mediano, lo que ha de hacerse popular en el mundo, sale de allí. Tourguenef, ruso, llegó mucho más pronto al público

de todas partes que el inglés Dikens, y los hermosos libros de Galdós, aunque traducidos á varios idiomas, no son tan conocidos en el mundo, por ejemplo, como los del novelista á destajo Montepín, que pasan de su fábrica á todos los folletines de los periódicos de Europa.

París absorbe, recoge, refleja, copia ó inventa, y de su seno parte cuanto habla á la imaginación, extendiéndose por tierra y mares á todas partes. Esta es su ventaja, además de su carácter propio, pues no quiero yo decir que carezca de sello característico. Muy al contrario, ha impuesto, en la literatura sobre todo, que es el asunto de que he de ocuparme, escuelas y aun estilos que en breve espacio de tiempo han cambiado la manera de ser de la literatua contemporánea; pero siguiendo en mi convicción de los parecidos, digo y sostengo que los escritores de allá, como los de acá, se parecen muy mucho, con la sola diferencia de que aquéllos hablan, como si dijéramos, más alto, y por efecto de la gran libertad de costumbres, más claro.

En mis intimidades con nuestro ex embajador, mi respetable amigo D. Manuel Silvela, le contestaba yo siempre á ciertas preguntas con comparaciones que tengo por exactas.—¿Qué es Pailleron?—Valera sin malicia.—¿Quién es Busnach?—Pues el Pina Domínguez de París. Al día siguiente del estreno de *Teodora*, drama de situaciones violentas y grandes emociones, pues-

to en escena con gran lujo de decoraciones y trajes, nuevas comparaciones:—¿Qué me dice usted del drama de anoche?—Echegaray con láminas.—Pero por algo se ha dicho que toda comparación es enojosa. Entremos ya en materia.

La literatura contemporánea francesa es *naturalista*, según el calificativo inventado por no sé quién inoportunamente, como trataré de demostrar en seguida. El teatro reflejando costumbres que más parecen intimidades; el libro estudiando la sociedad y el corazón humano tal cual es, y sin apelar á invenciones, enredos y tramas que constituían la novela ya anticuada, y convirtiendo en estudio social ó fisiológico lo que antes no fué sino pasatiempo ó emoción; el periódico dedicado, aparte de la política, á convertir la vida privada, la causa criminal ó la biografía, en asuntos cotidianos, para satisfacer el gusto del público, que cada día ahonda más en su curiosidad; todo ha venido á variar en muy pocos años la faz literaria de aquel país, y por consiguiente, de los demás, que ó se contagian ó se afilian á sus procedimientos. Pero hagamos constar, y por eso he dicho que el calificativo es inútil, que el *naturalismo*, como llaman á la evolución literaria moderna, ha existido siempre, y en nuestro país sobre todo.

Nuestro gran Quevedo era naturalista, sin duda ninguna (cuando escribía de costumbres)

en el fondo y en el estilo. *La Celestina* puede dar quince y falta, como vulgarmente se dice, á los libros más atrevidos que ahora se publican en Francia. En los dramas y comedias de nuestro teatro antiguo, como en los sainetes de D. Ramón de la Cruz, pudieran hallarse muchos parecidos de las escenas y capítulos que en Francia hoy se escriben, ya en serio, ya en broma. Además, no se inventan géneros en literatura, porque de ésta se pudiera decir lo que San Agustín decía de la verdad: *Verum est quod est.* Todo está hecho; la literatura también es lo que es; no hay géneros mejores ó peores; se pueden crear partidos políticos, pero es un absurdo pretender crear partidos literarios. Dígase que lo que se llama *naturalismo* necesitaba intérpretes excepcionales para pasar de excepción á regla general, y se dirá la verdad. La política se ha llamado Cavour en Italia, Bismarck en Alemania, Cánovas ó Castelar en España; pero las monarquías ó las repúblicas han existido siempre. El naturalismo es la expresión en su forma más sencilla de las pasiones humanas, y se ha personificado en dos ó tres escritores que han hecho lo que pudiéramos llamar una revolución y un estilo que han sentido á la vez todos los pueblos modernos. «El naturalismo, ha dicho un socio del Ateneo de envidiable reputación, el Sr. Alas, el naturalismo es una cosa que no se ha definido bien, ni falta, pero que tomada

en el sentido literario *sin filosofías intempestivas*, es excelente y está influyendo de muy buena manera en la literatura en Francia, en Italia, en España, en Portugal y en otros países.»

Yo añadiría que quien pretenda haberlo creado se equivoca; que en la literatura, como en la vida, no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede, y que á todo el que se proponga variar estas cosas y *crear* un género, se le podrá aplicar el ejemplo que un día me puso el presidente actual de esta sección de literatura, mi antiguo amigo y compañero el Sr. Correa; y como acaso el cuento resulte un poco *naturalista*, dejo á mi amigo la responsabilidad, aunque yo procuraré repetirlo de la manera más honesta posible, teniendo en cuenta que hablo en España y delante de señoras.

Pues el caso es el siguiente:

Un hombre joven, robusto y pobre, se casa con una mujer joven, hermosa y millonaria. Aquel hombre necesita, para que la dote no se pierda ni su nombre muera con él, un heredero, un hijo; y desde el día en que se casa se propone, se empeña en tenerlo.

Y sin embargo, el heredero no viene, y los años se pasan, y el marido va para tísico, y aun así y todo, atribuye á su pobre mujer, que juzga estéril, la tristeza de aquella casa sin hijos, que es, según Víctor Hugo, la mayor de las desgracias, y acude á dos recursos supre-

mos, ó la medicina ó el milagro, y un año va á no sé qué aguas minerales extranjeras, y otro á visitar á la Virgen de Lourdes, que también parece ser que resuelve estas dificultades. Nada, continúa siempre

La cage sans oiseaux, la ruche sans abeilles,
La maison sans enfants,

como dijo el poeta.

Pero un día, este hombre va á ver á un amigo suyo, y no le encuentra en casa, y le abre la puerta una gallega fornida y fresca, mal vestida y peor peinada, que le hace pasar adelante y esperar media hora; y en aquella media hora, yo no sé de lo que hablan, pero ello es que, antes de cumplirse el año, la fulana de tal se le presenta á él en su domicilio sin ventura, con un niño en cada brazo, asegurándole que la paternidad le pertenece.

Pues esto es lo que sucede con las grandes obras que vienen á llenar vacíos ó á abrir nuevos caminos. Su creación es inconsciente. No pudo soñar el preso de Argamasilla de Alba que su novela había de ser universal, ni Shakespeare ni Molière escribían para sus ambulantes compañías de cómicos proponiéndose á la vez ser inmortales. Así, el primero que escribió en nuestro tiempo en Francia un libro que á su aparición no hizo todo el efecto que debía producir después, no sospechó que iba á ser el

Mesías de una nueva escuela con fórmulas concretas y un público que ya va siendo europeo. Este hombre fué Flaubert.

El autor de *Madame de Bobary* no podía morir, y aunque ya Balzac había hecho naturalismo (puesto que he de servirme de alguna palabra para aplicarla á la nueva manera), y de que en Balzac había fuentes inagotables para todos los que hayan de estudiar y escribir del corazón humano, logró con extraordinarío talento unir á su profunda observación un estilo novísimo, desesperante por su sencillez, pero el único para crear algo nuevo. En literatura, lo que se siente fecunda. De cien autores que traten el mismo asunto, no quedará sino aquel que lo trate mejor: los mismos á quienes haya plagiado parecerán plagiarios suyos. El naturalismo encontró su hombre,

No conocí á Flaubert; pero cuentan los que le trataron que era hermoso, grande, de fisonomía inteligente, nervioso y apasionado como pocos. Alguien que le trató me ha referido que en casa de Madame Viardot se conocieron Tourguenef y el autor de la *Educación sentimental*, y que entablaron íntima y sincera amistad. A la muerte de Flaubert ya Tourguenef se había dado á conocer en Francia, y los hermanos de Goncourt luchaban con la impopularidad que las primeras obras de estos dos hermanos merecieron. Flaubert no hablaba de géneros

nuevos, ni pretendía haberlos creado. En la intimidad con Jorge Sand, estilista admirable, buena prueba es de que no quiso dar carácter marcado á sus obras, la de que después de *Madame de Bobary* dió á la estampa aquel grandioso libro de *Salambo*, más bien alarde de conocimientos históricos que de realismo á la moderna. Tourguenef y los Goncourt, por el contrario, tenían, á la muerte Flaubert, su *parti pris*, como dicen los franceses. El primero fué el maestro de Zola y de Daudet, así lo dicen ellos; y sin embargo, aun los mismos Goncourt, más atrevidos en la forma que el novelista ruso avecindado en Francia, no habían traspasado lo que pudiéramos llamar los límites de la prudencia literaria. Dijérase que temían romper con lo que nuestro inolvidable presidente Don José Moreno Nieto llamaba *los antiguos moldes*, y que aunque tratando asuntos espinosos, evitaban caer en el desagrado de los que pretenden que la literatura ha de ser docente, y que ha de haber moral en el arte, y otra porción de cosas que huelen á «orden» literario y «doctrinarismo» de las artes, porque también en el mundo de las letras hay sus clases conservadoras.

Pero aparece Zola. Éste ya no tiene ni disimulos ni respetos. Está convencido de que Walter Scott dijo una de las mayores verdades literarias que han sido impresas. Nada hay

más dramático ni más novelesco que la realidad; y en lugar de escribir novelas escribe realidades, pinta al sér humano como es, sin necesidad de acudir á enredos é imaginaciones como Dumas padre ó como nuestro popularísimo Fernández y González. Sus personajes hablarán como se habla en la vida real, así tenga necesidad de emplear las palabras más groseras. Estudiará y pondrá al descubierto las miserias humanas, y como dice él y repite siempre que viene á cuento, en la polémica ó en la conversación particular, no presentará caracteres, sino *temperamentos*; y sus libros, con pasmosa rapidez se extienden por el mundo, hallan un público que los declara muy de su gusto, porque los siente, é influyen en todas las literaturas, como lo atestiguan Tolstoi en Rusia, Farina en Italia, Galdós en España. Y para que los enemigos de esta gran novedad no la tachen de ser únicamente grosera en la forma y violenta en la concepción, el naturalismo que ya con Zola ha tomado otro nombre, crea obras de forma más delicada y elegante, que atacan más á los vicios que á las pasiones, y que han de encantar al lector sin desviarle del nuevo camino; y el naturalismo toma nueva personificación en Daudet, resumen y conjunto de todas las delicadezas. Y aun para que no falte la propaganda continua, diaria, hecha en el periódico y en forma de relaciones breves, pero interesan-

tísimas y realistas ó naturalistas como las otras, se aumenta este apostolado con Maupassant, que se encarga de mantener el entusiasmo francés en la prensa diaria mientras sus colegas trabajan con más despacio.

Si los Goncourt primero y Zola después iniciaron y llevaron á feliz término esta era novísima de la literatura francesa, Daudet con su exquisito buen gusto, parisién hasta la médula de los huesos, y refractario á las osadías de forma que Zola juzga necesarias en muchas ocasiones, ha completado esta trinidad literaria y directorio de la juventud secuaz de los llamados naturalistas, dando, como suele decirse, gusto á todos, porque al realismo inimitable de sus libros añade el encanto de un estilo á la vez sencillo y distinguido.

No se dirá nunca verdad más grande que la de que el estilo es el hombre. Aquella naturaleza excepcional por lo delicada, encarnada en un hombre á la vez hermoso y simpático, se refleja en sus obras, que sin dejar de ser incisivas, ya de propaganda ó de censura, intencionadas hasta lo sangriento ó conmovedoras hasta lo trágico, pero siempre en el mismo tono de corrección que denuncia al que las imaginó, son él, con todo su conocimiento de la vida y de los vicios humanos; porque nótese que mientras Zola hace estudios de *temperamentos*, según su propia expresión, Daudet estudia pasiones, y sobre todo

ataca vicios. Su naturalismo es el de un escritor de costumbres inimitable: aquel *Nabab,* que tiene su representación en todos los ricos improvisados que vemos venir del extranjero á París á todas horas; aquella *Safo,* que es el París íntimo y terrible y la copia más exacta que un escritor pueda hacer de una sociedad como la en que se desarrolla la acción de la novela, son obras que pasarán á nuestros hijos, ya por completo desligados de los escrúpulos de lector de nuestros padres, y les enseñarán mucho. La dedicatoria de *Safo* es una de las grandes pruebas de talento de Daudet. «A mis hijos, cuando tengan quince años.» En efecto, señores, ningún tratado de moral, ni profesor alguno, ni paredes de colegio, ni rejas de convento, pueden preservar mejor de peligros carnales que aquel cuadro vivo, de una realidad sin igual, de las fragilidades y errores de la juventud pariense, y aun de la del resto del mundo.

Daudet es, sin disputa, si no el más enérgico y potente de los naturalistas, el que hace sentir más; su público es más duradero que el del autor de *Nana* y demás *infecciones,* como por allá se dice.

Me he detenido, aunque no todo lo que fuera preciso, en este breve estudio del naturalismo en Francia, por ser ésta la que pudiéramos llamar literatura á la moda, que también en letras la hay, y la que, como al principio dije, ha in-

fluído é influye poderosamente en el movimiento contemporáneo. Pero no se crea por esto que sólo es ella la que logra el éxito y procura honra y provecho á los escritores franceses de este último tercio del siglo XIX.

Los novelistas de otros distintos géneros son innumerables, como todo el mundo sabe. Desde las novelas científicas de Julio Verne hasta las estupendas aventuras y estrafalarias creaciones de Montepín, la novela, que en Francia tiene sin duda alguna más importancia que el teatro, ha llegado á apurar todos los géneros, si géneros hay, y todos los estilos; porque en Francia todo el mundo lee novelas como todo el mundo lee periódicos. Apenas se habla de un invento ó descubrimiento científico, ya se anuncia la publicación de un libro en que se trata bajo forma agradable de la novedad que ha llamado la atención. Y á esta *industria*, que no merece otro nombre, se dedican autores reputados, como Julio Claretie, que ha escrito una novela cuyo asunto está basado en el hipnotismo que el doctor Charcot ha revelado en sus conferencias de la Salpetrière; Iveling de Rambaud, que en el *Gaulois* firma con el seudónimo de *Frederic Gilberte*, escribe libros explotando esa novedad de la incubación del ser humano; y el teléfono, y la electricidad y la rabia, y todo lo que constituye actualidad, pasa al libro desde la cátedra, convertido en obra de imaginación.

Julio Verne tiene mucha culpa en esta que pudiéramos llamar literatura científico-popular, que sale de los límites de la literatura realmente digna de tal nombre. Sólo él ha sabido probar que todo se puede hacer y decir, diciéndolo y haciéndolo bien. Aparte de sus fantasías científicas, Verne ha venido á realizar un progreso en la novela de aventuras, pues es indudable que el autor de *Miguel Strogoff*, al cultivar aquel género que hizo popularísimo á Dumas, lo ha modernizado, y servido el gusto de un público numerosísimo. Los libros de Verne, como las obras dramáticas de espectáculo, se venden acaso más que las de los naturalistas de que antes hablé, á excepción de las de Zola, cuyo público es realmente inmenso; pero también se vende más cristal que diamantes en el mundo.

Un autor en el que acaso no se ha fijado bastante el público europeo, pero á quien el de Francia hace justicia, es Hector Malot. El carácter modesto de este escritor estimabilísimo, que no se ocupa de sí mismo ni rinde culto á lo que en España se llama gráficamente el *bombo*, y en Francia *la reclame*, encerrado allá en su casa de campo á algunas leguas de París, le ha retrasado un poco en la legítima popularidad que merecía. Sus libros son muy estimados; es un naturalista modesto, pero á la vez un profundo conocedor del corazón humano y un escritor delicado como pocos. Su reciente novela *Miche-*

line es uno de los libros mejor sentidos de estos últimos años. Cherbuliez, Claretie, Ognet, Bois-gobey, Ludovic Halevy, son sin duda alguna autores de méritos muy leídos y con su público especial: por ejemplo, Cherbuliez y Claretie son preferidos por los que gustan de la emoción sin violencia; Erman y Chatrian tienen un público de patriotas; á Bisgobey le agotan los libros los que no son partidarios del embrollo que marea en los libros de aventuras, y los que desean un estilo literario á la vez que la emoción de la novela de costumbres...

Ohnet es, sin disputa, entre estos viajeros de segunda cámara, un autor popular; pero la popularidad no prueba mérito excepcional, ni mucho menos. Hay que vivir en París para saber que aunque *Serge Panine*, *Le Maître de Forges* y la *Contesse Sarah* alcancen setenta y ochenta ediciones de mil ejemplares y duren *años* en los carteles de los teatros, no por eso el verdadero público, el que se va derecho á lo nuevo y bueno, le aplaude. Del mismo modo que los dramas de Erman y Chatrian son tachados de anodinos en el mundo de las letras, las novelas y comedias de Ohnet, con repetirse tanto, se tachan... no sé si me atreva á decir la palabra, que en castellano es algo dura; se tachan de *cursis*, de exceso de sensiblería, como diría un crítico moderno; no responden á las exigencias literarias de Francia, y sobre todo de París; son,

en fin, más populares en el extranjero que en la misma Francia, porque la Francia que sigue el movimiento literario, no lo dudéis, es realista, es naturalista, es eso que tiene muchos nombres y ninguno.

Ludovic Halevy, después de haber escrito cien comedias cínicas y desenfadadas, se ha dado á cultivar un género de literatura que ha encontrado un gran público. Costumbres de teatros admirablemente reflejadas en esa *Famille Cardinal*, que es una verdadera delicia como fondo y como estilo, ó costumbres purísimas, y obras casi seráficas como *L'abbé Constantin*, que ha obtenido un éxito colosal y parece, sin que esto sea pensar mal, que se ha hecho para dar gusto y vender libros á un público antípoda del de Zola y Goncourt, pero no menos numeroso. Otros dicen en París que este libro fué memorial para entrar en la Academia; porque allí, como aquí, hay la idea de que las Academias son reaccionarias, lo cual tengo sinceramente por falso testimonio; pero ello es que los que francamente quieren entrar en ella, hacen algo á manera de confesión general, ó se imponen algún acto literario piadoso, así como las señoras se cubren la cabeza para entrar en la iglesia.

De los libros de mi buen amigo Bellot, que se venden como pan bendito, nada he de decir, porque con ser muy leídos, tratan de asuntos

de los que se leen y no se dicen. Todos estos autores de que he hablado, y otros cien cuya enumeración sería enfadosa, hacen el abasto de editores y público *independiente*, si se me permite la frase, que acude á lo bello sin tomar partido por esta ó la otra escuela; pero hay que confesar que con Jorge Sand primero, con Gaboriau después, y sobre todo con la desaparición de aquellos grandes novelistas de treinta años há, como Dumas, Sué, Balzac y demás maestros de la generación anterior, se modernizó por completo el gusto, que han venido á variar, reformar y aun educar los modernos autores á quienes tengo que referirme de nuevo antes de pasar á ocuparme del teatro. Goncourt, Zola y Daudet han sido el *esto* que ha matado á *aquello*, y á despecho de preocupaciones y respetos antiguos, y cauces estrechos, y del arte moralizador, y otras mil cosas que mi amigo D. Juan Valera llamaría *los chirimbolos de la literatura*, ésta ha dado un grandísimo paso, y se impone como el vapor y la electricidad á todas las naciones que quieren llamarse modernas.

II

El teatro moderno en Francia—¿por qué no he de decirlo, no ya con franqueza, sino con vanidad?—ni estuvo en siglos pasados á la altura del nuestro, ni lo está en la actualidad como forma, pero creo que está por cima en el fondo.

Yo he notado, señores, al volver á la patria, que el repertorio francés ha invadido nuestro país de la manera más lamentable. En la patria de Calderón, de Alarcón y de Lope, de Moratín y Gorostiza, del Duque de Rivas, Zorrilla, García Gutiérrez y Ayala; aquí donde tenemos á Echegaray, Tamayo, Núñez de Arce, Zapata, Fernández y González, Sellés, Gaspar, Cano y tantos y tantos otros representantes de una juventud brillantísima que así hace el drama como la comedia, ¿no puede rendirse culto al arte nacional y se necesita acudir á los autores extranjeros?

Venía yo deseoso de conocer las obras nuevas

de mis compañeros y amigos, y he encontrado en todos los teatros las mismas comedias que he visto allá, y algunas de ellas, aunque anunciadas como traducciones al castellano, las he oído casi tan en francés como del otro lado del Pirineo. Pase por que alguna que otra vez se adapte, y yo me declaro culpable de estas excepciones, alguna que otra comedia ligera, sin importancia ni trascendencia literaria; pero esta invasión tan completa de la literatura francesa en el teatro, no me la explico sino de una manera que pronto diré. Se dirá que ésta es una observación que no viene á cuento; pero la hago recordando algo que me ha entristecido ó irritado mil veces en el extranjero. Creen por allá que aquí apenas hay teatro propio, y para creerlo casi tienen razón los autores, al ver que sin cesar les piden sus obras para que el público español esté constantemente servido. Quien tenga la culpa de esta aparente pobreza, ni lo sé, ni he venido aquí á discutirlo; me limito á hacerlo constar y á demostrar, si puedo, que acaso la culpa es nuestra; y digo nuestra, porque yo también creo haber contribuído, aunque poco, á este estado de cosas, con un repertorio de sesenta y tantas comedias que andan por el mundo, verdad es que no conocía sino de oídas más mundo literario que el nuestro.

Es natural que los empresarios de teatros, que no van sino á su negocio, busquen la ga-

nancia en aquello que al público le agrada; y el público, que en todas partes tiene el instinto de la reforma, desde que vió á compañías extranjeras ejecutar el moderno repertorio francés, se aficionó á él, porque la multitud ama lo nuevo. Es calumniar al público español decir de él que es rutinario. No hay tal cosa; los rutinarios somos nosotros.

Enviciados con la lectura de aquel grandioso teatro antiguo español, caballeresco, devoto y sin rival, educados en el romanticismo exagerado de nuestros padres, los autores de dramas y comedias no han salido, no salen de aquel camino. Nuestro teatro moderno es antiguo, aunque rebosando de bellezas; mientras que el teatro francés es moderno, ante todo, aunque rebosando de defectos. No sé si logro explicarme bien. Dijérase que en España el autor obedece al personaje de Shakespeare: *palabras, palabras y palabras*; mientras que en Francia el autor dramático obedece al personaje de Dikens: *hechos, hechos, siempre hechos*.

El teatro es acción, situaciones, movimiento y vida: aun imaginando argumentos disparatados y asuntos absurdos, aquellos autores franceses hacen siempre obras que interesan, *teatrales* antes que nada; mientras que aquí nos hemos aferrado ó en resolver problemas ó en hacer *escuela* de costumbres, y hemos de ser en la escena pensadores, y filósofos, y predicadores, y

poetas. Nada de eso es el teatro, *reflejo* de las costumbres y no *escuela*, campo de emociones y no cátedra, sucesión de escenas y no de poesías. Esto de hablar en verso, desterrado ya de todos los teatros modernos, nos mata. Decía Sarcey, en una de sus discretísimas críticas teatrales del *Temps*, que el verso en el teatro es el estado salvaje, la edad de piedra de la escena. No siendo una tragedia ó un drama histórico, nadie hace ya hablar en verso á las gentes, ni pierde su tiempo en flores ajenas al realismo de la vida. Aquí, hasta hace poco tiempo, y no sé si ahora también, críticos y literatos, y prensa y público, se deleitaban en una obra que tuviera muchos *pensamientos*. ¡Oh! Los *pensamientos* han sido la piedra de toque de mil comedias, y los endecasílabos y las décimas, y hasta las seguidillas, han hecho más éxitos que los planes de las comedias.

Ya sé yo que hablo en un país de poetas; pero éstos tienen ancho campo á su inspiración en el libro, en el periódico, en la lectura pública. Los poetas en la escena han sido aquí como los oradores en la política, fatales de toda fatalidad. No me tomen manía por lo que digo; yo he hecho hablar en verso á mi generación; tan culpable soy como todos.

Los franceses han hecho popular su teatro por su *modernismo*, y el público español no ha hecho otra cosa, llenando los teatros donde se

representa el moderno repertorio francés, sino adelantarse al autor español. Lástima grande que los maestros de nuestra escena, como Estébanez, cuyos dramas y comedias en prosa son tan notables, hayan enmudecido. Don José Echegaray, en sus obras desposeídas de lirismo á la antigua, es cuando está á mayor altura. Y las comedias más célebres de nuestro tiempo, *El Hombre de mundo, El Tanto por ciento, Consuelo, La Bola de nieve*, etc., serían tan bellas en prosa como en verso, porque son comedias ante todo. Un autor cómico justamente celebrado, el señor Ramos Carrión, se ha hecho honroso lugar en el teatro, precisamente porque es autor cómico y no poeta ó gacetillero, y sus deliciosas comedias *La Mamá política, El Noveno mandamiento, La Careta verde* y otras, parecen escritas por Paul Ferrier ó por Meilhac, según están en la manera de hoy.

Los autores parisienses saben que el teatro ha de ser teatro y nada más. Son muchos y muy notables; sus obras parecerán aquí violentas porque reflejan costumbres de una nación despreocupada y bajo muchos puntos de vista inmoral, comparada con otras acaso más hipócritas, si no menos viciosas; pero siempre hay en ellas lo que en Francia se llama la *charpente*, es decir, el armazón, el plan combinado de una acción que no interrumpen nunca ni sermones ridículos ni tiradas de versos. Cuando tratan

asunto social de esos que aquí se llaman *problemas*, lo hacen como Dumas hijo, con tal habilidad, que quien se plantea realmente el problema es el espectador; no acuden para sus desenlances á efectos de relumbrón; acaban á veces sus comedias sin buscar el efecto final que ha de hacer salir al autor á escena veinte veces, como los tenores (allí no sale nunca, y es costumbre que encuentro modesta y digna de elogio), y sobre todo, su teatro es de *hoy*. Apenas se escriben dramas históricos; los autores quieren dejar pintado su tiempo y no el tiempo pasado. Es decir, la literatura dramática no mira hacia atrás, sino hacia adelante.

No hay escuelas en el teatro como en la novela, pero el teatro es también realista ó naturalista. Las cosas más íntimas de la vida salen al tablado: adulterio, divorcio, relaciones ilícitas, causas célebres, miserias humanas. Madame Staël decía que el fin del arte dramático es conmover al alma ennobleciéndola. De esto he visto poco en cinco años.

Augier, Dumas, Sardou, Pailleron, Gondinet, Ohnet, D'Ennery, Meilhac, Coppée, Becq, Janet, Ferrier, Millaud, Claretie, escriben de géneros diferentes; todos son aplaudidos y todos se hacen ricos; pero no hay que confundir el verdadero teatro, circunscrito á la comedia francesa, el Odeon, el Gymnasio y el Vaudeville, con el teatro que pudiéramos llamar industrial y ajeno

á la literatura. Juzgar del teatro francés moderno por las farsas, *vaudevilles*, operetas, espectáculos y demás bazofia literaria de los teatros adonde van generalmente los extranjeros, es lo mismo que juzgar á París por el Boulevard ó por el Edén-Teatro. Hay quien cree, después de quince días de permanencia allí, que aquel es un pueblo de *cocottes* y de *couplets*, porque él no ha visto otra cosa. No; así como hay una familia honrada, trabajadora y completamente distinta de ese mundo de los *restaurants* y de los teatros, que siempre están llenos de gente que va á divertirse, hay una literatura seria, que en el libro se llama Renan, Goncourt, Daudet; en el teatro, Augier, Dumas, Coppée, Pailleron.

Augier y Dumas son, sin duda alguna, los dos hombres más respetables en el mundo del teatro. Sardou tiene más de práctico: así hace un drama de costumbres como una comedia de magia; tiene el secreto de la emoción que arrastra al público, pero sin el gusto literario de aquel hijo de su padre, que con una palabra arranca á veces el aplauso unánime de un público que adora el *esprit*.—Ya soy vieja, dice una de las mujeres de su drama *Denise* á un personaje. Tengo ya treinta años.—Sí, ya lo sé, responde él; *quinze ans le jour et quinze ans le nuit*. Vi estrenar esta obra, y puedo asegurar que el gran aplauso de la noche fué para esta frase. Sardou no tiene estas delicadezas de estilo, pero como

nació para manejar personajes en un tablado pues tiene como nadie el don de la escena, sus éxitos son siempre ruidosos y de grandes resultados prácticos.

Pailleron es otro de los autores más queridos de París, porque es de un buen gusto tan exquisito, que no hay quien compita con él en el modo de decir las cosas. Su comedia *Le Monde où l'on s'ennuie* ha sido un éxito verdaderamente parisién, colosal, sin ejemplo. Aun está en los carteles desde hace cuatro años esta obra deliciosa, donde sin grandes emociones ni recursos violentos, el expectador se extasía ante las maravillas del estilo que adornan la acción. Y véase una prueba de lo que antes dije: menester es que la comedia sea lo primero en este arte de teatro, para que en España haya obtenido éxito grande de la traducción, que no sé cómo estará hecha, pero me lo figuro.

Las comedias de Ohnet, como sus libros, hacen gran ruido; duran quinientas noches; pasan por *honradas*. Tony Revillon, que aparte su demagogía inofensiva es un *causeur* delicioso, decía una noche en cierta casa aristocrática, que estas obras son «pomada de familias.» El público, sin embargo, le aplaude mucho, y el *Maître de Forges*, con gran desesperación de la literatura militante, ha sido un éxito indudable.

Los que aman el drama histórico van á oir á Coppée, que hace hermosísimos versos y es, sin

duda, con Teodoro de Banville y Sully Prudome, el representante de la poesía que se va. Víctor Hugo le tenía cariño de padre. Una noche, en el hotel del grande hombre, comía Coppée, y el autor inmortal le elogiaba mucho.—Sí, todos admiramos mucho al poeta, dijo uno.—Aquí no hay más que un poeta, dijo Coppée con gran respeto.—Hombre; pues ¿y yo? exclamó sonriendo Víctor Hugo, como no dándose por entendido.

Coppée es con Catule Mendés el único que hace versos tolerables, porque en Francia comienza á haber horror á la rima.

Gondinet, además de ser uno de los hombres más angelicales del mundo, desviviéndose por hacer un favor, exento de envidia, deseando ayudar á la juventud, y esclavo de todos sus amigos, es también uno de los autores que más ha contribuído á la gloria del teatro francés moderno. Hennequin es especialísimo en lo cómico; tiene el secreto del enredo, como Meilhac; Labiche, que ya apenas se ocupa de la escena; Paul Ferrier, que ha hecho muy de prisa su camino, y otros varios, como Millaud, Deslandes, Cohen, Brisson, Janet, Grenet Dancourt, etc., etc., merecerían especial atención si el reloj no fuese tan de prisa.

Los autores cómicos son innumerables en París; en esto los franceses nos llevan gran ventaja: en cambio, los autores de dramas escasean,

y en cuanto á los *faiseurs*, abastecedores de operetas y *vaudevilles*, esos, aunque hagan fortuna material, no se cuentan en el número de los verdaderos autores. Lo repito, todos los países se parecen; aquí he visto al volver, que los traductores de bufonadas y los comisionistas de género literario averiado tienen hoteles y van en coche propio, mientras que el autor de *Don Juan Tenorio* aun no está pagado por la nación, y acaso deba la tranquilidad de su vejez á una ilustre dama, gloria de la aristocracia española. Murió el gran García Gutiérrez pobre, mientras tal autor de zarzuelas está rico; la frase francesa es exacta. *Plus ça change, plus c'est la même chose.*

El teatro en Francia es realista, naturalista, he dicho antes. Se ve que á la vez que se rinde culto semanalmente en el teatro francés á Molière, Corneille, Racine, Beaumarchais y Regnard, cuando llegó lo nuevo, aquellos admirables cómicos de la escuela de Molière quieren, en las deliberaciones de su comité, ser reformistas y servir á su tiempo. Si Daudet fuese autor dramático, que no lo es, daría un gran impulso á este movimiento de transformación. Obsérvese, señores, cuán especial en sus procedimientos y cuán diferente de todo lo demás es en la literatura el teatro. Aquí como allí, habréis observado el inútil empeño con que hombres eminentes en la poesía lírica ó en la crítica han querido ser autores dramáticos sin conseguirlo. Daudet da-

ría todos sus éxitos de novelas por un éxito grande en la escena. Ninguno de sus libros convertidos en obras escénicas ha *llegado al público*, como se dice en la jerga de bastidores. Ni el *Nabab*, ni *Los Reyes en el destierro*, ni *Safo*. Sarcey lo ha dicho mil veces, y la experiencia lo comprueba: el hombre del teatro es un hombre aparte; así vemos que personas indoctas, desconociendo hasta la gramática, como le sucedía á Olona ó á Camprodón, han hecho éxitos legítimos de comedias antiliterarias, pero comedias; por eso, al terminar esta segunda parte de mi conversación, he de repetir que si nuestro teatro, en el que las bellezas se cuentan sin duda alguna por palabras, decae al parecer, no es por falta de autores que sientan admirablemente los asuntos, sino por falta de... constructores, de arquitectos, de *maestros de obras* escénicas. Consejo de amigo es este que me atrevo á dar con la experiencia propia y con el ejemplo tenido á la vista durante cinco años; siguiendo por el camino que vamos, el teatro acabará por ser en España una sucursal del de Francia, lo cual, bajo el punto de vista patriótico, no puede ser más doloroso.

Hablemos ahora de las ventajas materiales de aquellos autores.

Casi todos son ricos, mientras que aquí casi todos son pobres.

¿Por qué? Yo he sostenido y sostengo que re-

lativamente el autor dramático español podría ser tan rico como el francés, si no pusiera empeño, como lo parece, en rebajar su arte. Acaso lo que digo parezca duro, pero no por eso será menos cierto.

En el breve espacio de tiempo que yo he pasado fuera, esto del teatro ha decaído tanto como elemento de civilización y de cultura, que bien puede decirse que está por los suelos. En un pueblo amantísimo de la comedia como el nuestro, se ha llegado á poner á precio tan vil el espectáculo literario nacional, que raya en lo vergonzoso. En mi último viaje, el billete para asistir á la fiesta de toros me costó once pesetas, y el billete para oir un hermoso drama de Ayala sólo me costó cinco. Las piezas cómicas de los primeros autores se oyen por cincuenta céntimos, y la antiquísima música italiana, ya pasada de moda en todas partes, en un teatro dedicado á este espectáculo *extranjero* cuesta quince pesetas si ha de oirse cómodamente. ¿Cómo han de hacerse ricos nuestros autores, si la audición de sus obras cuesta tan poco? En cualquier teatrillo de París cuesta una butaca siete ú ocho francos; aun allá en el barrio latino, en al teatrito de Cluny, que sólo tiene público de estudiantes y de *grissettes*, cuesta una luneta tres francos cincuenta. No se me diga que el público prefiere esto ó lo otro. El público, que tiene en España la idolatría de sus autores po-

pulares, acudiría á oirlos á cualquier precio. Así, pues, no somos ricos porque nos constituímos en últimos obreros de una industria que aprovecha nuestra debilidad ó generosidad. Los detestables cómicos que ejecutan cualquier comedia ganan más que el autor en España.

No es de extrañar que el autor francés enriquezca en poco tiempo. Un fiasco produce en París bastante dinero; ¡qué será un éxito! Un teatro cualquiera hace por término medio de seis á siete mil francos, que al diez, doce ó quince por ciento de derechos para el autor, representa en treinta ó cuarenta días, por término medio, diez y ocho ó veinte mil francos. Por eso, cuando vienen éxitos como el del *Maître de Forges* ó *Trois femmes pour un mari*, ó cualquiera de estas obras que caen en gracia á la multitud, el autor llega á percibir ciento cincuenta ó doscientos mil francos de derechos, y ya puede descansadamente imaginar otra comedia. Ténganlo presente los autores madrileños: quien no se da valor á sí propio, acaba por parecer sin valor alguno. El teatro, que en Francia es una institución, acaba por ser en España un oficio perdido.

Nuestros colegas de por allá... pero esto será objeto del ligero íntimo estudio de las personas que voy á hacer, y, que como decía el inmortal autor, capítulo por sí merece.

Ahora y para cumplir con el programa, he de hablar de las personas, y lo haré *pêle-mêle*, sin orden ni plan, porque ya he dicho que pretendo conversar y no otra cosa. No soy de aquellos que se creen en ridículo si al volver de París no prueban que conocen á todo el mundo. Odio además las presentaciones, y ni allí ni aquí busco á nadie. Mis relaciones con este ó el otro escritor transpirenaicos han nacido del comercio mutuo de ideas y del contacto que nace del trabajo común. Hay muchas celebridades á quienes nunca hablé, otras muchas á quienes veo todos los días, como es natural, siendo allí «todos unos», grandes y chicos, es decir, trabajadores que se encuentran en las galerías de la misma inmensa fábrica.

Una sola vez estuve en casa de Víctor Hugo, que á poco tiempo debía morir; pero fué bastante para admirar aquel interior, siempre frecuentado por los admiradores del gran poeta nacional, que no sabía vivir sin los suyos. «Niños, flores y pájaros», decía, y sus últimos años han sido un verdadero culto de la infancia. El amor entrañable que tenía á sus nietos se extendía á todo niño que veía por la calle. A veces, me decía M. Augusto Vacquerie, se trae á casa los primeros niños que encuentra, lo cual produce disgusto en las familias del barrio, que los creen perdidos. Aparte de las frases de admiración que naturalmente le ha de dedicar usted, dí-

gale que habla muy bien en español, y pregúntele usted por sus dibujos.

¡Qué extrañas manías las de estos grandes hombres! No hablaba bien nuestra lengua el respetable anciano; pero se lanzaba á hablarla con placer, y así dijera disparates, hablaba en el idioma del país donde pasó sus primeros años. En una edición de sus obras, creo que en el tomo *Las Lamentaciones*, hay una porción de citas en español á la cabeza de los capítulos. Una de ellas dice: «Buen viaje», y debajo: «Calderón de la Barca».

Como nuestro Hartzenbusch, tenía por sistema decir á cuantos principiantes iban á consultarle, que lo que le sometían era muy notable. Sus rarezas de viejo eran respetadas hasta el culto, y algunas no han sido publicadas á su muerte por demasiado excéntricas, como aquella de salir todas las noches á las diez al jardín, con frío ó con agua, pero indefectiblemente, á regar su jardín de mala manera; la afición al ómnibus y á confundirse con el pueblo; la costumbre de sentarse en los bancos de los boulevares exteriores y conversar con la gente que no le conocía, lo cual ya era raro, porque todos los transeuntes le saludaban al verle pasar.

Un día se sentó en la plaza de Eylau, cerca de su casa, entre una niñera y un señor, al parecer extranjero, que empezó á contarle sus méritos y servicios.—Yo, decía el desconocido, he sido

ministro en mi país; tengo la cruz de tal y de cual; mi abuelo era generalísimo de no sé qué; pago tantos miles de duros de contribución....., etcétera, etc.; en fin, estaba queriendo asombrar al otro sin saber quién era este *otro*. Y luego le dijo:—¿Y usted qué es, si se puede saber?—Yo, respondió con la mayor humildad Víctor Hugo, soy sastre.—¡Y contaba luego el poeta, riendo como un bendito, que su interlocutor se levantó y se fué como avergonzado de haber alternado con un sastrecillo!

Tenía gran estimación por los poetas jóvenes, y, cosa digna de notarse, no se cansaba de aconsejar que se hiciera poesía *moderna*, es decir, no limitada á flores y arroyos y amores, sino á la manera de la que aquí en España ha iniciado Núñez de Arce, cantando nuestro tiempo. Vean ustedes este soneto de Sully Prudomme, nos dijo aquel día abriendo un libro que había sobre la mesa; así quisiera yo que se hicieran los versos de ahora; ¿no es verdad que esto es muy hermoso?

Voilà, voilà, decía el ilustre anciano, hay que poetizar las grandes reformar ó las grandes necesidades de la humanidad: nosotros hemos sido la *poesía sentida*, nuestros nietos han de ser la *civilización cantada!*

Zola es un hombre feo, poco pulcro, con aire de mal humor, algo misántropo, ausente casi siempre de París, adonde no viene sino en casos excepcionales. Dicen que á veces se pierde entre la multitud para pintar luego *d'après nature*. Téngolo por indudable, y su último viaje á las minas y su afición á vivir entre los mineros prueban que este estudio práctico es verdad.

Vive cómodamente en Medan, en una casa grande y de su propiedad. Sus novelas son sin duda alguna las que los editores y directores de periódicos pagan más caras. El *Gil Blas* ha doblado su suscripción publicando en folletín las obras de este autor popularísimo. Vende en un tanto alzado el folletín y se reserva el derecho de reproducción en ediciones aparte. Por *Germinal* se le pagaron en el *Gil Blas* veinte mil francos. Después percibe por cada ejemplar que se vende aparte, una cantidad determinada.

En Francia es rarísimo que se venda ó compre la propiedad de un libro. El editor paga al autor treinta céntimos por cada tomo que se vende en tres francos, y en esta proporción según los precios. Zola ha subido cada vez más su tipo; no estoy seguro, pero creo haber oído á Charpentier que le da un franco cincuenta por cada ejemplar, y que las ediciones llegan á setenta, ochenta y cien mil ejemplares cada una.

***

Daudet, cuyos retratos corren por todas partes, vive muy retirado *del otro lado del agua,* como allí se dice, dedicado á sus libros, á su mujer y á sus hijos, porque tiene como pocos hombres el amor de la familia; verdad es que en este escritor se reunen todas las cualidades que hacen á un hombre estimadísimo. Lo que aquí tal vez no se sabe es que su gran colaborador es su mujer. Madame Daudet es un escritor, y un escritor modesto. Su marido la denuncia á veces como autora de bellísimos párrafos. Es una familia á quien se aprecia en París extraordinariamente.

***

Alejandro Dumas, mi vecino, á quien suelo encontrar haciendo á pie los tres kilómetros que nos separan del Boulevard, no es muy popular en el barrio. Dicen que no es generoso, compra donde se vende más barato, tiene la monomania de los cuadros, pero suele venderlos en el doble de lo que le cuestan. Su padre era pródigo, él es económico hasta la exageración. Su padre le llamaba *papá* y le pedía dinero prestado.

Su casa, que ha comprado con el producto de sus obras, así como su hermosa propiedad de Marly, está ricamente montada, pero no llega á la fastuosidad de la casa de D'Ennery ni mucho menos. A cada nueva comedia de gran éxito levanta un piso más en el hotel; en cuatro años que yo vivo en el barrio, he visto crecer de dos pisos la casa. Se adivina que al propietario le gusta medrar con el producto de su trabajo, y «no sacar los pies de las alforjas», como vulgarmente se dice.

Suelo encontrarle muchas mañanas, andando de prisa, con las manos atrás y el bastón en ellas, haciendo á pie el camino de dos kilómetros de su casa á la Magdalena. Es un literato sin coche, y aun sin ómnibus, relacionado con lo mejor de Francia, porque ha tenido el buen gusto de no *hacer política* ni declararse por partido alguno. Tiene el amor de su familia y de su arte, y sus pretensiones de filósofo popular

no son injustificadas, pues pocos hay que hayan tratado con más amenidad las cuestiones sociales en libros de pocas páginas y muchas márgenes, que se venden muy bien, como los ejemplares de sus comedias. Su padre era el ídolo de París; él es el ídolo de los espectadores, pero nada más. Cuentan que al morir su padre le dijo:—¿Cuánto dinero hay encima de la chimenea?—Una moneda de veinte francos.—Pues mira, con una moneda de veinte francos entré en París, y ahí está. ¡Luego diréis que he derrochado!

El autor de *La Dama de las Camelias* dejará, de seguro, á su muerte, un poco más de dinero.

¡Qué diferencia entre este escritor y el bueno de Adolfo Belot, viejo alegre, mujeriego, siempre produciendo y vendiendo libros verdes como él y siempre sin dinero!

Dentro de la poca intimidad que suele haber en París en el mundo literario, Belot es un excelente camarada. Un viejo chiquitillo, con el pelo blanco y rapado, fumando su cigarro y mirando de reojo á las niñas bonitas que pasan por la calle, buscando siempre el ocho y el nueve en el Círculo de la prensa, y yendo de casa de Dentu á la Contaduría de este ó el otro teatro para colocar comedias ó novelas que tienen siempre éxito, pero que se quedan entre las manos de mucha gente.

Éste nos quiere mucho, suele venir los veranos á Bilbao á ver las corridas de toros, y antes de que termine una comedia ya dice:—¿No podríamos vender la traducción á España?—En España no hay dinero, querido Belot.—Ni en Francia tampoco, dice él suspirando y tocándose al bolsillo. Un excelente escritor y un excelente amigo.

***

Nótese que cuantos voy recordando son viejos. En Francia se vive mucho; el clima, la higiene, el método en el trabajo, el ejercicio, el bienestar de quien trabaja con holgura, alargan la vida. En cuatro años de ausencia, noto al volver que se han muerto muchos, muchos amigos y compañeros, todos jóvenes, en la flor de la vida... En cambio, allá, apenas conozco literatos jóvenes. Cuando oigáis decir: «un joven», podéis asegurar que el literato francés de quien se trata tiene, por lo menos, cincuenta años. Meissonnier, Lesseps, Renan, Vacquerie... tantos y tantos nombres célebres los llevan septuagenarios ágiles y fuertes que, como suele decirse, van vendiendo salud. A las nueve de la mañana se ve pasear por el Bois de Boulogne en invierno, á caballo, á Meissonnier, y á Les-

seps, acompañado de sus ocho ó diez hijos, á caballo también...

¡Oh, Lesseps! Éste si que es, por cima del Imperio y de la República, el hombre más respetado de Francia! Como á Víctor Hugo, le saluda todo el mundo por la calle: aunque no le conozcan, los transeuntes al verle pasar se quitan el sombrero, como se hace con los reyes. Es *el gran francés*, el hombre del siglo XIX. Preguntándole sobre las obras del canal de Panamá hace un mes, M. de Lesseps, á quien ví casarse en Ismailia el día de la inauguración del canal de Suez, me decía este ilustre amigo, que está seguro de presenciar la inauguración, que él cree se verificará dentro de unos seis años. M. de Lesseps nació en 1805, y acaba de tener un hijo, que es el undécimo, si no llevo mal la cuenta, de su dilatada familia.

Meissonnier vive también en grande. Su hotel de la place Malesherbes, sin gran apariencia, es por dentro un verdadero museo. Temperamento nervioso, hombre apasionado, convencido de su reputación universal, parece que tenga quince años cuando discute de cualquier cosa. En la Academia le temen por su carácter vivo, impresionable, batallador. Últimamente ha ajustado en un millón un *paneau* que ha de hacer para un yankee.

Puede ser orgulloso y *caro* hasta ese extremo. Cuando Meissonnier muera, no quedará en

Francia nadie que le reemplace. De estos genios de la pintura no se ven ejemplares sino de siglo en siglo.

Todos estos viejos son matinales. Víctor Hugo se levantaba con luz artificial en invierno y con el alba en el verano. En cierta ocasión, una gran señora convidó á Mignet á un gran baile. Mignet entró á las cinco de la mañana, cuando se empezaba el cotillón.—¡Tan tarde! le dijo su amiga.—¿Tarde? ¡Pues si me acabo de levantar en este momento! dijo el historiador famoso.

*
* *

A las seis de la tarde, todo el año, suelen acudir á la librería nueva del Boulevard de los Italianos diez ó doce escritores muy conocidos. Aureliano Scholl, Roberto Michel, Carlos Monselet, Tavernier, Maupassant, Mendés... Es uno de los pocos centros de reunión de media hora. Aquiles, el dependiente de Calman Levy, que está al cuidado de la tienda, es un tipo popular de París y una verdadera biblioteca viviente, y la conversación se ha de hacer con él sin remedio. Él sabe los libros que son buenos y malos, hace su crítica, generalmente acertada, en cuatro palabras, y los cronistas que allí se reunen se separan para ir á comer en los diversos círcu-

los que presiden. Porque acaso se ignora aquí que una de las posiciones más bonitas y más cómodas que se han inventado en París es esta de presidente de uno de los cien casinos de la capital. Por ejemplo, Scholl presidía hasta hace poco el círculo de la esgrima, Augusto Vitu preside el de la Prensa, Monselet no recuerdo cuál; ello es que estas canonjías producen, si no gloria, provecho, coche, correo, almuerzo ó comida, si se quiere presidir la mesa... y sabe Dios cuántas otras ventajas.

Scholl es muy respetado en la prensa, por escritor de primera fuerza y por hombre de valor personal, que, como se dice allí, *paye de sa personne*. No tengo para qué elogiar sus deliciosas crónicas, que todos conocen. Es, como Wolff, uno de los primeros *causeurs* de París, según mi opinión y la de mucha gente.

Monselet, que parece un canónigo vestido de paisano, es célebre, además de sus graciosos artículos y crónicas, por sus conocimientos culinarios y por su pericia en librería. Hijo de un librero, es á la vez bibliófilo y coleccionador de obras raras, que vende en pública subasta cada dos ó tres años. No hay comida literaria ni *menú* difícil de hacer que no se le consulte. Es el Brillat Savarin de esta época, en aquella Francia material y positiva como ninguna.

Victoriano Sardou, que hace diez y siete años vivía en un cuarto sexto de la rue Joubert, es-

perando lo que llaman los franceses *son moment*, ha llegado al supremo bienestar con el producto de sus obras. Una casa en París, otra en Niza, otra en Marly cerca de la de su amigo Dumas, dinero de sobra, peticiones de comedias á todas horas, y un amor de colecciones que le lleva la mayor parte de su pingüe renta. Es un hombre chiquito, afeminado, afeitado como un cómico, nervioso, impresionable y dedicado á leer todas las comedias que se han escrito y se escriben en el mundo, para ver cual es la más interesante y peor tratada, y hacerla de nuevo, dándola vida con su talento especialísimo de la escena.

Sardou detesta la bulla y la multitud. No vive en París más que el tiempo necesario para ensayar y poner su comedia. En seguida, ó se va á Niza ó á Marly. El campo y la escena, he aquí su vida.

*
* *

Este amor del campo es muy general en los escritores contemporáneos. En cuanto pueden disponer de 15 ó 20.000 francos, compran á plazos una casa de 70 ó 80.000, y huyen del bullicio parisién que encanta á los extranjeros. Sería prolijo enumerar los escritores que viven fuera de París. Hay otros que aparte de sus obras

tienen rentas adquiridas en su matrimonio. Ohnet y Pailleron son escritores ricos por su casa, como aquí decimos. El autor del *Maître de Forges*, que es jorobado, inspiró una pasión á una señorita millonaria, más apasionada del talento que de la hermosura, y vive en la Avenue Trudaine en un hotel propio, que bien pudiera llamarse palacio. Pailleron tenía igualmente fortuna antes de ser autor, y su salón, exclusivamente literario, se abre una vez por semana, en invierno, á todas las notabilidades de París. Es una casa aristocrática, nido amoroso de una familia virtuosa, cuyo mayor encanto son unos niños encantadores. Todo es allí elegante, distinguido. La casa es como los dueños; Pailleron es uno de los hombres de más *esprit* de París, sin duda alguna.

* * *

Hay también bohemios del arte y de las letras. ¿Quién no conoce en el Boulevard á Olivier Metra, el músico popular, siempre dormido y siempre dispuesto á brindar por algo y con algo? Sus mejores walses los ha hecho en las mesas de los restaurants y en un estado excepcional. Jugador y enamorado, artista y calavera, Metra

es una personalidad indispensable en el Boulevard y entre la gente alegre.

*
* *

El año pasado íbamos dos ó tres amigos todas las tardes al Círculo de la Prensa á ver jugar á Alberto Wolff, el gran cronista parisién, el redactor más importante del *Fígaro*, un hombre de mucho talento. Pocos parisienses hay de más *esprit* en la conversación. Con aquella voz atiplada y su costumbre de burlarse de todo y de todos en cualesquiera ocasión y circunstancia, es siempre el mismo Wolff del periódico. Aquí hay periodistas y acaso les sorprenda que hay un periodista que casi todas las tardes se sienta á la mesa del baccarrat y se juega quince ó veinte mil francos como si se tratara en España de quince ó veinte duros. La caja del Círculo le adelanta cuanto pide, y dando cartas á derecha é izquierda, despilfarra tanta gracia á la vez que pierde ó gana alegremente su dinero, tiene para cada uno de los jugadores una frase que produce la hilaridad general, porque en realidad no hay nadie más oportuno.

Hombre práctico, condenado, como él dice, á hablar de tela pintada á todas horas, ha llegado á tomar horror á la pintura, en la que es entendidísimo. Los pintores le temen como á la

muerte; su casa de la rue Laffitte está llena de cuadros regalados, de los que ha acabado por no hacer caso. Es un mónstruo simpático y un parisién de los de buena raza. Mr. Magnard perdería su fortuna antes que perder á Wolff, cuyas crónicas de París son preciosas.

IV

Personalidad parisiense muy importante es el actor Coquelin mayor, alma y nervio de la Comedia Francesa. Con ser vulgarísimo y denunciar á primera vista su origen humilde, ha logrado á fuerza de talento ser, sin duda alguna, el preferido de lo espectadores. Tiene en su garganta todos los tonos, el órgano es admirable, la ejecución recuerda aquellas extraordinarias cosas de nuestro gran Romea, á mi juicio el cómico más notable de nuestro tiempo. Coquelin es además escritor y su conversación es muy solicitada. Se le convida aquí y allá para que hable.

—Chico, le decía su hermano, la República debía subvencionarte la conversación.

En efecto, se ocupa mucho de política, es concurrente al Cuerpo legislativo, no se olvida de que pertenecía al círculo íntimo de Gambetta, y aun pretende en ocasiones influir en la cosa pública.

Con sus pretensiones de elegante, antes dejará una obligación que dejar de ir al Bois en su

berlina, donde, en realidad, le saludan casi todos los concurrentes á este paseo de moda.

Raimundo Madrazo, su íntimo amigo, me le hizo conocer tres años há, y por cierto que uno de los mejores retratos que ha hecho este insigne pintor español es el de Coquelin en *Ruy Blas*.

—Mire usted, me decía una vez Coquelín, muchas noches me complazco en salir del teatro al mismo tiempo que el público, á ir cazando al oído lo que las familias *bourgeoises* van diciendo de mí. No hay idea de lo que se aprende así. Muy buenas cosas he oído, buenas y malas, porque el público no es todo elogios ni mucho menos.

Una de estas noches una señorita les iba diciendo á sus padres. ¡Oh, qùé Coquelín! me lo comería.

El actor abre el cuello de su gabán de pieles, se acerca y dice:

—¿Con qué salsa me prefiere usted, hija mía?

Tiene grandísimo talento de la escena, y á veces sus frases son axiomas dentro del arte de la declamación. En el álbum de mi mujer hay dos líneas firmadas por él, que debieran servir de lección á todo comediante.

—«El arte de la escena no consiste en otra cosa, dice, sino en que parezca que improvisamos lo que hemos aprendido de memoria.»

*
* *

Hay aquí señoras, y no dejará de interesarles un poco de chismografía teatral, ó sea relación pasajera de esta vida de la actriz parisiense, que figura al lado de los hombres célebres en la vida pública y en la privada. En esto se ha llegado á un punto de exageración que no sé como calificarlo. La actriz parisiense, á quien no se puede negar una educación que pueden envidiar las particulares de otros países, ha invadido con su influencia personal la prensa y el mundo literario. En honor de la verdad, los autores dramáticos, al encontrar intérpretes tan maravillosos de sus obras, no han podido por menos de colocarlas en primer lugar y darles una importancia que tiempos atrás no tuvieron. Las cartas de Mademoiselle Desclés, publicadas por Alejandro Dumas hijo, son un verdadero modelo de la literatura epistolar. Los hermosos versos que las revistas literarias han publicado, escritos por comediantas modernas, han tenido que influir en la consideración que se les tiene. Sarah Bernardth, aunque estrafalaria y destornillada, es una gran personalidad escénica, como lo era la hermosa Croizzette, retirada ya del teatro y casada con un archimillonario. Una señora francesa me decía en cierta ocasión: En vista de la preferencia que nuestros maridos dan á la gente de teatro, acabaremos todas ó por divorciarnos ó por hacernos cómicas.

En efecto, el partido que estas mujeres tie-

nen es increíble, y el que sacan de su situación, increíble también. Si á nuestras abuelas, ¡qué digo abuelas!, si á nuestras madres, hermanas ó esposas que no hayan salido nunca de España se les contara, por ejemplo, que una de ellas ha percibido durante muchos años, hasta hace dos, del Duque de*** de sangre Real, doscientos cincuenta mil francos anuales, como querida preferida de dicho señor; que la hermosísima ***, enlazada deshonestamente con otro Duque cuyo nombre no debo decir, declara riéndose que han pasado por su mano en diez años once millones de francos; si se supiera que las deudas de Sarah Bernardth han llegado, hasta que sus acreedores le vendieron cuanto tenía, á tres millones seiscientos mil francos, acaso nuestras virtuosas y modestas mujeres, acostumbradas á amar por amar, y no por tener que derrochar, no creyeran estas cosas, que son muy ciertas. Este mundo del teatro, y perdóneseme este y otros galicismos de la noche, es el gran protector del comercio, la alegría de París que se divierte, y la base y sostén de las obras dramáticas, que sin las actrices á la moda acaso valdrían mucho menos.

Y á fe que ellas, con raras excepciones, no tienen la hipocresía de su *métier,* en lo cual las encuentro más lógicas que las de otros países, que á más de ser... *despreocupadas* de balde, pretenden que se las considere, no como actrices,

sino como señoras particulares. El *esprit* en la conversación es peculiar en las cómicas francesas, un poco demasiado libres de estilo y de maneras.

No quiere esto decir que no haya virtudes de telón adentro. Nadie ha dudado, por ejemplo, de la seriedad de Mademoiselle Legault ó de Mademoiselle Ugalde, ó de la encantadora Montbazon, hoy Madame Grisier, y cincuenta ó sesenta más que pudiera citar; pero en general, la actriz parisiense que ha de hacer efecto en escena, sabe que su sueldo no ha de darle lo suficiente para sus enormes gastos de *toilette*, y como vive en un país sobrado libre de costumbres, en el que ella reina y domina, impone su manera de ser, que si no se respeta, se tolera. Tres años há que en el Conservatorio de París se presentaron, como de costumbre, más de doscientas lindas alumnas á los exámenes de fin de año. Hijas de familias pobres, nacidas casi todas en una portería ó en sexto piso del Boulevard exterior, las alumnas del Conservatorio no tienen ni capital ni rentas; pero á los exámenes de aquel año se presentaron todas elegantísimas y con brillantes en dedos y orejas. Ambrosio Thomas, que presidía, se quedó asombrado y exclamó sin poderse contener: ¡Cómo! *¿Ya?*

Este *ya* se hizo célebre y lo repitió todo París al día siguiente, porque, en efecto, si antes de

pasar al teatro ya eran lo que se llama allí actrices *diamantées*, ¿qué deberían de ser luego? Lo que son, en su mayor parte; algo que expresó admirablemente una actriz famosa á quien una amiga suya le decía:—¿Sabes que Fulana gana ya trescientos francos por función?—No, por función no, dijo la otra; después. Y no se equivocaba.

Pero son únicas para hacer la comedia, y no quiero yo, repito, confundirlas á todas en estas observaciones. Todavía hay teatros, como el que dirige Víctor Koning, el cual le decía á un periodista amigo mío:—Este es un teatro muy honrado; no hay en él más que dos actrices que tengan coche.

Y ceso aquí, señores, porque ya he molestado vuestra atención bastante, y no recuerdo por momento otras cosas íntimas de qué hablaros; no es que yo me canse de hablar, sino que temo cansar al Ateneo. Cuentan que Felipe II tenía la costumbre, al meterse en la cama todas las noches, de que el grande de servicio le leyese algo hasta que el Rey se quedara dormido. Tocóle una noche el turno, no recuerdo bien si al Marqués de Priego; pero el nombre no hace al caso. Entró en la alcoba de su señor, sentóse, cogió un libro, y á la luz de una vela comenzó á leer. El Rey le daba la espalda, pues se había acostado, como vulgarmente se dice, cara á la pared, y el noble lector fué leyendo y bajando

la voz poco á poco y cada vez más hasta casi no leer, como quien va ayudando al sueño.—No; no mo duermo, dijo el Rey.—Pues yo sí, exclamó el marqués; dió un soplo á la vela y se retiró.

Antes de que vosotros os durmáis oyendo tanta y tan larga conversación, ceso, dándoos las gracias por la atención, dejando para otra vez la continuación de estas intimidades.—He dicho.



El periodismo en Francia.

I

Señoras y señores:

Qué hermoso asunto el de esta conferencia de hoy para quien tuviera el talento que á mí me falta! ¡Qué asunto tan inmenso, tan extraordinario, tan colosal! Hablar de la prensa es ni más ni menos que hablar del siglo en que vivimos.

Los siglos anteriores tuvieron el libro, la cátedra, la tribuna, el teatro, la pintura, la música, cuanto significa la ciencia ó el arte. La prensa es nuestra; es nuestro tiempo que habla; somos nosotros mismos; los unos deseando hablar, y los otros deseando oír; escritores y lectores de un día todos, pero contribuyendo á esta maravillosa realización del consorcio de las ideas, de la comunicación constante de las gentes, de la propaganda de todo y de todos, de la civilización

llevada á domicilio, del siglo, en fin, hablando por su cuenta y adelantándose á la Historia. Antes que la prensa existiera, pudiéramos decir que la humanidad se conocía de oídas. Después que la prensa existe, dijérase que la humanidad se tutea. Ella es el motor universal, el intermediario entre todos los pueblos de la tierra, el intérprete cosmopolita que pone en comunicación á los pueblos unos con otros, á las sociedades y á las personas, y resumiendo en una hoja de papel diaria los hechos, las invenciones, los descubrimientos, las victorias, las derrotas, el libro, el teatro, el hecho privado, la noticia del suceso público, el juicio de la opinión, la política, la literatura, las artes, las modas, todo, absolutamente todo cuanto sucede, ha sucedido y cree que ha de suceder, escribe la historia contemporánea día por día, hora por hora, minuto por minuto, y en vertiginoso movimiento y sucesión de ideas llena la más alta misión de los tiempos modernos: difundir por todos los ámbitos del mundo la civilización y el progreso. Lo repito, el asunto es grande; tratarlo bien sería superior á mis fuerzas; pero afortunadamente no he de estudiarlo sino ligeramente y en forma de conversación, y limitándome á la nación vecina, haciendo esta noche un estudio comparativo entre la prensa del otro lado del Pirineo y la de aquí, y el elogio de la representación más práctica de nuestro siglo.

Yo considero á cuantos me escuchan como periodistas. La mayoría de los oyentes ha escrito en periódicos; los demás han acudido á ellos, como lectores, colaboradores, comunicantes ó anunciantes; el literato ha necesitado de ella para dar á conocer su libro; el autor dramático ha tenido que someterse á sus juicios. El orador, el hombre político, el ministro y el empleado, el comerciante y el industrial, el predicador y el soldado, todos van diariamente, y sin poder evitarlo, á la redacción del periódico de sus aficiones para decirle: hablemos unos de otros, fundámonos en uno celebridades y público, periodistas y particulares; venga la máquina rotativa con su universal estruendo á cantar nuestras glorias, condenar nuestras miserias, sostener nuestros ideales, combatir nuestros errores, encender nuestro patriotismo, propagar nuestras religiones; y todos y cada uno de nosotros, operarios ó consumidores de esta inmensa fábrica intelectual, al despertarnos por las mañanas y ver reflejada en un pedazo de papel la opinión pública y traído á nuestro hogar el último eco de la jornada de ayer, todos, repito, reaccionarios y radicales, creyentes ó ateos, patriotas ó indiferentes, realistas demagogos, sentimos sin duda ninguna la íntima satisfacción de haber nacido en un siglo tan grande, dentro del cual la prensa es su voz y su apología más completa. Cuanto representa progreso y civili-

zación, la sirve. El vapor la mueve, el telégrafo la escribe, el teléfono la ayuda, el ferrocarril la reparte, el trabajo la propaga; ante ella hay que olvidar aclamaciones de entusiasmo que son forzosamente transitorias; hay que olvidar esos hurras efímeros que saludan á las monarquías ó á las repúblicas; hay que exclamar con legítimo orgullo como aquél que bendice las entrañas de que salió: ¡Bien haya la hora en que de tal madre nacimos todos; salve, oh tiempo mío; hurra al siglo XIX!

Pero me estoy olvidando de que vengo aquí á hablar como si dijéramos en familia, y que viéndome entusiasmado de esta manera, pudiérais decirme, como en el libro inmortal dice Maese Pablo al muchacho que enseña el retablo: —Llaneza, muchacho, y no te encumbres, que toda afectación es mala.

Os he de hablar del periodismo en Francia, y entro desde luego en materia.

Dije hace ocho día, en este mismo sitio, que la literatura contemporánea en Francia era naturalista.

El periodismo francés, resumen y reflejo diario de la literatura, también lo es, á su manera. Hay una palabra muy corriente por allá, y que aquí no está todavía consagrada por el uso; y como los idiomas se reforman y crecen como los individuos, supuesto que aquí hay y me están escuchando señores académicos de la lengua,

que son el gobierno de nuestra lengua patria, yo me atrevería á recomendarles la inclusión de esta palabra en el Diccionario, para que tuviera toda la autoridad que da ese código del lenguaje.

Esta palabra es el *modernismo*, ó sea la manera de hacer ó decir las cosas del modo más moderno posible, ó lo que es lo mismo, más en consonancia con la marcha de los tiempos; y los tiempos, senores, van muy de prisa. ¿Quién duda que hace diez años, por ejemplo, yo no me hubiese atrevido á hablar en tono familiar en esta casa? ¿Quién puede dudar de que ni la tribuna, ni la cátedra, ni el libro, ni el teatro, son ya como eran, en Francia sobre todo, pues aquí aún luchamos con preocupaciones que desaparecerán sin duda ninguna? El naturalismo, ¿es acaso otra cosa que una manera *moderna* de sentir y pintar la vida real en libros y teatros? ¿Son comparables los periódicos y revistas que leían nuestros padres á los que leemos nosotros? Por lo mismo que la prensa es reflejo rapidísimo, inmediato, de la opinión, ha tenido que adelantarse á aquel modo de ser. No puede, no podía estar hecho del mismo modo el periódico que iba de un punto á otro en la valija de la diligencia ó en los mulos del ordinario, que el que va en el furgón del ferro-carril y es repartido á las veinticuatro horas á los lectores de quienes antes nos separaban leguas por tres ó cuatro

días. Se hace hoy todo *al vapor*, y esta frase gráfica moderna es exactísima; el vapor nos ha contagiado, y hay el vapor moral y la electricidad en los cerebros, como hay vapor material en las locomotoras y alambres telegráficos en los caminos.

Así, pues, la prensa francesa es moderna, se distingue por su *modernismo* sin igual, y su progreso se ha hecho no gradualmente, sino de pronto. Decía yo el otro día que la literatura francesa contemporánea necesitó un intérprete decisivo en su transformación, y que este hombre fué Flaubert. La prensa tuvo también su hombre, no escritor, no siquiera persona respetable, sino periodista, y este hombre fué Villemessant.

Ha parecido exagerado á algunos el calificativo que de este periodista se ha hecho más de una vez, cuando se le ha llamado *genio* del periodismo. Es preciso saber si la palabra genio está bien aplicada; porque en estas naciones de la raza latina se prodiga de tal manera que, á fuerza de oir que hay tantos genios, cree uno vivir en pleno cuento de hadas; pero si significa inspiración, don singularísimo de crear y ejecutar algo nuevo, Villemessant dentro de la esfera del periodismo lo fué sin duda alguna. Todas las antiguas fórmulas las cambió con el que fundó exclusivamente para el público, como él decía. La frase de los cajistas, de *deshacer las*

formas, cuando el periódico ha sido tirado, parece que quiso aplicarla á su nueva manera, deshaciendo las formas de los anteriores diarios y haciendo el suyo completamente nuevo. Acaso sin saberlo él mismo, dió la pauta de los procedimientos que habían de emplearse después, y la dió con su habitual buen humor, pues era hombre que dejó fama de chistoso. En los primeros días de la fundación del *Fígaro* entró un criado á su cuarto y le trajo una carta.—Señor, le dijo, aquí hay una carta para usted.—Désela usted á mi secretario.—Es que en el sobre dice: muy reservada.— ¡Ah! ¿muy reservada? dijo el nuevo director; pues envíela usted á la imprenta.

Y eso han venido á hacer todos los sucesores del fundador del *Fígaro*. Llevarlo todo á la imprenta, hacer del periódico, si ha de ser verdaderamente popular, la conversación diaria del periodista con el lector sobre cuanto ha ocurrido ayer y bajo una forma literaria agradable y nueva. No ocultar nada, absolutamente nada de lo que nuestros semejantes hacen; venir á ser, en fin, todo lo contrario de lo que era marca distintiva de siglos anteriores, reservados y misteriosos. Oponer al silencio de ayer la publicidad de hoy; hacer del periodista el antípoda del fraile. Ayer se vivía en clausura, hoy hay que vivir en plena luz y hablar á toda voz, y discutirlo todo.

Obsérvese con qué espíritu de confraternidad internacional se han llegado á hacer los periódicos de la nación vecina, que son en esto, si no los de mayor publicidad, comparados con los ingleses y norteamericanos, los que han resuelto mejor este problema de referir al día lo que sucede en todas partes, pero del modo más atractivo. Me decía la otra noche el Sr. Núñez de Arce, mi antiguo amigo, que antes que literato ó poeta ó escritor hay que ser artista. Gran verdad que los hechos prueban, porque no quedan sino aquellos libros, discursos, dramas ó comedias artísticamente imaginados. En el periodismo de hoy sucede lo mismo, y los periódicos de por allá están artísticamente confeccionados. Antes, en Francia y en España, toda la importancia del periódico se fundaba en la doctrina; ahora, en un poco de doctrina y mucha amenidad. De aquella sucesión de artículos políticos ó de teorías más ó menos difusamente explicadas, apenas quedan ejemplares en una docena de diarios exclusivamente dedicados á la política. Los demás son, aun más que el teatro, copia de las costumbres.

Se da en Francia grandísima importancia á la liturатura en la prensa. Las primeras planas de los periódicos están dedicadas á ella. El antiguo artículo de fondo es hoy la crónica chispeante y esencialmente literaria, acreditada con la firma de una autoridad, pues desde Aurelia-

no Scholl, cronista y nada más, hasta Jules Simón, eminente hombre de Estado, que hace ya una vez por semana en el *Matin*, artículo de entrada de columna y media escasas, todos los escritores de nota se han vulgarizado, quiero decir, se han acercado más al público, han hecho de la literatura, reservada antes á lectores de cierta educación, una necesidad cuotidiana, una cosa de primera necesidad en los pueblos cultos. Desde el aristócrata hasta el menestral, desde los palacios hasta las cocinas, el periódico moderno, popularizando la literatura, ha infiltrado en las costumbres un buen gusto que antes no existía.

Artísticamente hechos, estos periódicos franceses van siguiendo la necesidad general. La crónica del suceso más ruidoso, la biografía ó el autógrafo, no de todo personaje célebre, sino de toda individualidad famosa. La reseña, en forma novelesca y literaria, del crimen de ayer ó del suceso de familia de esta mañana. El teatro, la música, las aventuras del particular ó del artista, el discurso de tal orador, las memorias de tal persona notable. ¿Qué es esta moda, esta invasión de las *memorias* políticas ó literarias en la librería, sino una manera de periodizar ó periodistizar, si cualquiera de estas palabras me toleráis, el libro crítico ó histórico, antes de que hubiera periódicos, monótono y pesado? Todo el mundo hace y publica hoy su libro *diario* en

memorias curiosas. La prensa francesa ha dado el modelo, y ella, á la par que presta artística amenidad de que hablo á sus números, los rellena y esmalta de partes telegráficos llegados de todos los puntos del globo, envía corresponsales aquí y allá para que la noticia exterior tenga el atractivo de una carta íntima con sello personal que interese, y de todas estas cosas hace su número, que se distingue, aunque parezca observación frívola, por su aspecto.

No hay que dudarlo; estos periódicos de hoy, como toda obra de arte, han de entrar por los ojos. Comparados con los diarios y gacetas de la anterior generación, es cuando se echa de ver su variación completa. En lugar de aquellos macizos de letra impresa, y sus dos ó tres artículos políticos, y sus eternas sesiones de los Parlamentos, y toda aquella ropa acumulada sobre un individuo gordo y pesado, véis hoy esos artículos incisivos y breves, las crónicas, los sueltos, los telegramas, las anécdotas, las noticias, el artículo literario alternando con el estudio crítico, todo ello presentado y vestido de tan agradable y simpática manera, que la prensa de ayer me hace el efecto de aquellas señoras de ayer, cargadas de tela, cubierta la cabeza con el sombrero de calesa y el *cabás* cargado de cosas en la mano, mientras que la de hoy me parece la mujer bonita y elegante, rindiendo culto á la moda que marca sus contor-

nos, y atrayendo todas las miradas. Ayer se respetaba la institución, hoy se lee.

Con Villemessant, el periodismo francés dió un gran paso, un paso definitivo, como lo dió el de España desde la víspera de aquel suceso que por impedírmele la índole del Ateneo no puedo nombrar, pero que varió mucho la faz de España.

Aquí entra forzosamente mi estudio comparativo, porque, señores, así como al hablar del teatro en España he dicho y repito que ha decaído de la manera más lamentable, al hablar de la prensa francesa tengo que recordar que la española se ha agrandado y perfeccionado de tal manera, que nada tenemos que envidiar á los franceses, antes tienen ellos, si no en conjunto, en detalle, mucho que envidiarnos á nosotros.

Villemessant acabó con los periódicos ó doctrinarios ó anticuados, como Gasset y Artime, de inolvidable memoria, popularizó el periódico en nuestro país. Nosotros, sin necesidad de un innovador, habíamos hecho, todos de acuerdo, sin estarlo, algo muy nuevo y muy bueno. Distínguese la nación vecina, no por su mérito individual, sino por su mérito colectivo, al revés de la nación española, censurable bajo todos conceptos como colectividad, pero admirable bajo todos conceptos como individualismo. Es decir, y sin que nadie se ofenda por lo que digo, el francés es extraordinario *como nación francesa*,

el español es extraordinario como español *á secas*. Así es que cuando un individuo impone allá una idea, un sistema, un procedimiento, los demás, que siempre saben ó valen menos, le secundan; mientras que aquí, cuando una idea se impone, es porque ya muchos la han lanzado. En una palabra, y no necesito demostrarlo, cuando la Francia impone algo moderno, la Europa la sigue. Cuando la España inventa algo, las demás naciones lo aprovechan. En Francia, la unión es la fuerza; en España, la desunión constituye la gloria.

Por eso, antes de que la prensa francesa, si no antigua, anticuada (que debía morir con Girardin, el hombre de la política en el periodismo, y con Gauthier, y Armand Carrel, y Veuillot, y Julio Janin, y tantos otros que fueron el glorioso periodismo literario político de ayer), renaciera con los hombres del *Fígaro*, y del *Evenement*, y del *Gaulois*, y del *Petit Journal*, y del *Temps*, y del *Gil Blas*, y del *Siglo XIX*, y de todos los periódicos populares de ahora, ya los españoles habían hecho grandes cosas en esto de la publicación diaria al alcance de todos. Ya un español á quien se ha criticado más por costumbre que por convicción, había inventado y hecho con él su fortuna, el periódico de las mil noticias, ajeno á la política y sirviendo diariamente al público en su curiosidad, dándole cuenta, sin cuidarse de partidos políticos ni de perfiles lite-

rarios, de todo lo que podía interesarle, y convirtiendo aquella hoja de chismografía universal en una verdadera necesidad de los españoles. Ya el director actual del periódico decano entre los políticos, rompiendo el antiguo molde del *Heraldo,* había, con gran intuición de lo que el periodismo iba á ser, hecho de la *Época* un gran periódico, que fué el primero de España en extenderse por el extranjero, tratando en él con la colaboración de futuros diputados, y ministros, y novelistas, y cronistas celebrados, todas las cuestiones de interés material ó literario que permitían reposar de las arideces de la política. Tres hombres, periodistas de la buena raza, Gasset y Artime, Santa Ana y Escobar, fueron siempre, y son aún los que viven, por cima de las miserias de la política, considerados como reformadores de la prensa moderna en España.

Ya habían modernizado también la prensa, Albareda en el *Contemporáneo,* Ayala y Vildósola en el *Padre Cobos,* Rivero en la *Discusión,* García Ruiz en el *Pueblo,* Castelar en la *Democracia,* Sagasta en la *Iberia,* Lahoz en la *Esperanza,* Frontaura en el *Cascabel,* Gaspar en el *Museo Universal,* Roberts en el *Diario Español,* Morayta en la *Reforma,* Rivera en el *Gil Blas,* y alrededor de estos hombres que aquí, en este rincón de Europa, se adelantaron al movimiento periodístico de nuestros tiempos, estuvieron é

hicieron su carrera política y literaria notabilidades españolas como Rivero, Suárez Bravo, Núñez de Arce, Silvela (Manuel) (*Velisla*, en el mundo de las letras); Romero Girón, Llano y Persi, Fernández y González, Tiburcio Rodríguez, Roberto Robert, Pidal, Pérez Galdós, Balart, Araus, Palacio, Lahoz, Escobar, Campos, Maldonado, Bravo, Navarro, López Guijarro, Villoslada, Lorenzana, Correa, Viedma, Selgas, Dacarrate, Estrella, Valera, León y Castillo, Arrieta, Barbieri, Cárdenas, Castro y Blanc, Nougués, Casabal, Aparici y Guijarro, Maura, Alarcón, Revilla, Rodríguez, Cañete, Vildósola, Salmerón, Bremón, Becquer, Hernández, Figueroa, Cadena; podría estarme señores, repitiendo nombres hasta mañana, y no acabaría de incluir en una extensa lista los contemporáneos que han elevado la prensa española á su actual esplendor.

¿Pues qué diré de esta que ya pudiera llamar nueva generación, dado lo deprisa que vivimos? ¿Quién duda de que pueden rivalizar con los periodistas más en evidencia del extranjero los Sres. Mellado, Fernández Flórez, Valbuena, Ferreras, Gutiérrez Abascal, Solís, Araus, Oliver, Cavia, Moya, Vargas, Ramón y José de Navarrete, Palacio (Eduardo), Matoses, Gómez (Valentín), Malagarriga, Alas, Palacio Valdés, Escobar (hijo), Alfonso, Ladevese, Peña y Goñi, Olavarría, Anchorena, Bofill, Lastres, Echega-

ray, Mañé y Flaquer, Octavio Picón, Maldonado Macanaz, Conde de Toreno, Marqués de Hoyos, Tejado, Perojo, Collantes, Troyano, Campillo, Rueda, Ferrari, Moya, Beraza, Charro, Cañamaque, Sánchez Pastor, Sawa, Sedano, Torres Campos, Aura, Brito, Llorente, etc., etc., etc., y ruego á los que olvide que no se den por resentidos, pues forzosamente se han de olvidar nombres.

¡Qué brillante pléyade de hombres admirables por su abnegación, dedicados á levantar ídolos que suelen convertirse en viboreznos, y que olvidan, una vez en la altura, que han debido su reputación y su gloria al periodismo! Permitidme, señores, una digresión de dos minutos. ¡Cuántos de nosotros, soldados de fila, periodistas y *nada más*, pudiéramos considerarnos en el caso en que cuentan que se halló Hernán Cortés cuando arrodillándose delante del Emperador en Valladolid, le presentó un memorial pidiéndole ayuda!—¿Quién eres?—le dijo Cárlos V;—y el gran conquistador le respondió, sobre poco más ó menos, porque no recuerdo en estos momentos las palabras:—Soy, señor, un hombre que ha dado á V. M. más tierras y gloria que puedan imaginar los nacidos. ¡Cuántos de nosotros, repito, pudiéramos decir á los ídolos que hemos elevado, al encontrarlos en el mundo revestidos de los esplendores del poder: —No paséis sin reconocernos, no nos olvidéis

en la aplicación de esas leyes que habéis hecho después, no nos persigáis, no nos encarceléis, pretendáis ahogar en nosotros una voz que no es la nuestra, sino la de nuestro siglo; que podéis pareceros al hombre de humilde extracción que una voz poderosa apartara de su lado, y del golpe la arrastrara por tierra, á su madre, al hallarla en la calle!

II

Distingue á la prensa francesa su inmensa autoridad. No hay idea, señores, del poder, de la influencia moral que el periódico tiene en Francia. Se explica esto fácilmente, porque en estas capitales relativamente pequeñas, como Madrid, Roma, Bruselas, Ginebra ó Lisboa, todos nos conocemos y nos codeamos; lo que dice un periódico de la mañana está comprobado ó desmentido al mediodía por los mismos lectores de una hora antes; vivimos, como es natural, en familia. En una capital de dos millones de habitantes y un millón de extranjeros que van y vienen, donde las distancias son tan enormes, las relaciones tan superficiales y tan frías, y la ocupación y el trabajo tan constantes, no se tienen ni tiempo, ni ocasión de comprobar los hechos, el periódico se encarga de imponerlo todo y se le cree como artículo de fe. Sucede algo en

barrio de la Magdalena, por ejemplo, y sólo por los periódicos lo sabe, y lo recibe como quieran dárselo, el lector que vive en el barrio de la Bastilla. Se estrena una obra en un teatro, y á la mañana siguiente el público no se cuida de si el juicio de su periódico es parcial ó imparcial: su periódico le dice que la obra es buena, irá á verla; le dice que no lo es, no volverá á ocuparse de ella. Y como la prensa francesa tiende cada día más á economizar rectificaciones por ligeras que sean, los hechos van directamente al lector, aunque estén desfigurados, como una imposición. Ciento cincuenta mil números del *Fígaro*, cuarenta mil de *Gil Blas*, ochocientos mil del *Petit Journal*, bastan para acreditar ó desacreditar cualquier cosa en cinco minutos. Por eso, y lo diré de pasada, el periódico es indispensable al ciudadano francés, pero el periodista es detestado, aborrecido de muerte. Al periodista se le considera allí como á un enemigo. ¿Por qué? Porque se le teme; porque los árabes tienen un proverbio que dice que «una vez lanzada una palabra, no hay caballo á galope que pueda alcanzarla.»

Y como forzosamente esta noche he de comparar, diré que esta misma autoridad é influencia grandes han hallado su abuso, y como la prensa moderna tiende á llevarlo todo, como quería Villemessant, á la imprenta, ha surgido un vicio del que por fortuna estamos exentos

nosotros, y es lo que allí se llama el *chantage*, y contra el cual no basta ni la defensa particular ni el rigor de las leyes. *Chantage*, es decir, amenaza de escándalo por dinero, explotación de las cosas que pertenecen á la vida privada. No puede el Ateneo figurarse hasta qué punto se ha llegado en esto. Hay verdaderos cazadores de miserias privadas, de divorcios y de deudas, de enredos amorosos y de adulterios ocultos. Hay agencias de calumnias, que dan lugar á escándalos como el de Madame Clovis Hugues que todos conocéis; se persigue como la adquisición de un tesoro, un hecho particular escandaloso que no haya subido á la superficie; es, en fin, el *chantage* una industria tan generalizada, que los periodistas serios, los cronistas á la moda, se retraen muchas veces de censurar ó de condenar los actos de tal ó cual persona rica, para que la opinión, ya alarmada hace tiempo, no suponga que aquello se hace por dinero.

Y es que hay mucha gente menuda del periodismo que cree sinceramente que se debe de ahondar hasta llegar al escándalo para dar novedad: por eso, una noche en que un marido burlado por su mujer y sacado á la vergüenza en un periódico muy leído, fué á la redacción y le dijo al autor de la noticia:—¿Cree usted que yo he de consentir que sus suscritores puedan leer mi vida privada á la luz de una vela?—¡Amigo, le dijo el otro, usted, por lo que veo,

ignora que en Francia no se usan ya ni velas, ni vida privada!

¡Qué placer cuando uno de estos pajarracos de bajo vuelo de aquel periodismo tan brillante encuentra una novedad escandalosas! ¿Cómo ha de consentir el millonario ó el noble que le saquen á colación sus picardías? Con indicar solamente hoy que se ha de hablar mañana del asunto, ya sabe el negociante de historias ajena que le dirán que calle, pues repito que en Francia hay verdadero terror de lo que el periodista puede decir. Así se gana la vida mucha gente; pero en esta clase social digna del presidio no se encuentran los verdaderos periodistas; he hablado de ella porque al tratar de un asunto, hay que estudiarlo en todas sus fases; no se tome como regla general ni mucho menos.

Los periódicos más en boga son hoy en París, el *Fígaro*, el *Gaulois*, el *Evénement*, el *Gil Blas*, el *Matin*, casi desconocido en Madrid, el *Petit Journal*, *La France*, *La Liberté*, *París*, y hasta quince ó veinte más de los que se llaman *boulevardiers*, es decir, de los que han seguido el nuevo camino de que antes hablé. Han quedado con su antigua clientela y con su forma y estilo de siempre, por ejemplo, *Le Journal des Debats*, *Le Siécle*, *Le Pays*, *La Patrie*, acreditadísimos aún, pero mucho menos leídos que estos otros. El modernismo les ha dejado atrás, sin que por esto deje de considerarse al *Journal des*

Debats como el diario más literario de la nación; y M. Jourde, el director del *Siécle*, es el presidente del sindicato de la prensa y una autoridad por todos respetada.

De los periódicos políticos es el más importe, el más autorizado, el más leído, *Le Temps*, verdadero modelo de periódico serio, sin que en él perjudiquen á su admirable conjunto ni la pasión de partido ni las modas que los otros diarios han impuesto.

Aun los lectores que no participan de las ideas políticas del *Temps* no pueden pasarse sin leerle todas las noches, porque todo cuanto puede interesar al lector político hasta allí. Perfectamente servido de corresponsales y de telegramas, sin descuidar su servicio en ningún punto del globo, este periódico, cuya tirada es ya considerable, tiene una gran respetabilidad. La parte literaria es realmente exquisita; los folletines de Sarcey y de Weber, los estudios críticos de Renan, Legouvé, de Mezières y otros literatos eminentes, amenizan las sequedades de la política, que en este diario no lo parecen. El Ateneo cuenta entre sus socios al honorable Mister Hougthon, corresponsal del *Temps* en Madrid hace años, y yo no puedo menos, señores, de dedicar un recuerdo á este distinguido escritor en tres idiomas, que tanto y con tanta sinceridad y afección ha contribuído á levantar el nombre de España en el extranjero.

Los periódicos ilustrados pasan de cuarenta, pero, dígolo con orgullo patrio, ninguno puede rivalizar con *La Ilustración Española y Americana*. Quedan como de segundo orden en cuanto á su tirada, los periódicos políticos y lo que se llama la *petite presse*, ó sean los diarios que, como el *Petit Journal*, se venden á cinco céntimos. Y aquí quisiera yo observar, señores, que lo mismo que en el teatro, en el periodismo parece que hayamos puesto empeño en rebajar el precio de nuestro trabajo. Los periódicos españoles son demasiado baratos, y así resulta que estando muy bien hechos y fundándose en buenas condiciones, no pueden vivir holgadamente sino dos ó tres de ellos. Se ha acostumbrado al público á dar tan poco dinero en cambio de esta ilustración popular, que ya pudiera suceder lo que cuentan que pasó entre Moratín cuando era niño y un vendedor ambulante. Fué el niño Moratín á la plaza Mayor á comprar un pito. «¿Cuánto es? dijo.—Un ochavo.—¡Qué barbaridad, qué caro! exclamó el muchacho.—Pues, hijo mío, tráete unas tijeras y cortaremos el ochavo por la mitad, porque yo no conozco moneda más pequeña.» Así nos va á suceder á fuerza de dar los periódicos casi por nada. En Francia, la prensa más importante, los diarios de más circulación, se venden á quince céntimos, y á veinte los días en que publican suplemento con las firmas de los primeros escritores,

quedando los precios baratos para los diarios chicos, cuyo público especial es el pueblo, que puede gastar menos.

Decía la otra noche que en el teatro nos matan los versos. Ahora quisiera decir, y sin que nadie se dé por ofendido, que en la prensa nos mata, además de la preferencia que damos á la política, la manía de las alabanzas y ponderaciones, en las cuales hemos dejado muy atrás á los portugueses. En un pueblo de la frontera de Portugal que apenas tendrá doscientos vecinos, el alcalde me presentó una vez á las principales personas del villorrio. Entró un farolero, encargado de encender y apagar el gas todas las noches, y el alcalde me dijo con toda gravedad, señalando al hombre que estaba con su palo de enceder al hombro: *O Sr. Director do gas.*

Pues bien; dada la población de Madrid y el número de personas realmente notables que se le pueden suponer, yo creo que es incalculable el número de faroleros, ó literarios ó políticos, á quienes hacemos directores del gas todos los días.

Nótese cuánto se economiza el adjetivo en la prensa francesa. Así como en el teatro no existe lacostumbre, que mejor llamara alarde de vanidad, de que el autor salga á la escena, en la prensa los grandes oradores, poetas, literatos, hombres políticos, son nombrados sin calificativos. Es muy raro, y se necesita que el hecho

ó la persona de quien se trata sean extraordinarios, para que estos elogios que por acá se citan se prodiguen. Las celebridades se llaman *tout simplement* Víctor Hugo, Emile Zola, Alphonse Daudet, M. Alexandre Dumas, M. Victorien Sardou, y nada más. De este modo se evita lo que aquí va sucediendo, de que todo el mundo sea *eminente, distinguido, aplaudidísimo*: así es que un pobre hombre, lector de periódicos, creyendo que hacía un favor á una familia desolada que le encargó de redactar una esquela de defunción, envió lo siguiente á un periódico que, como es natural, no lo publicó pero que revela cómo se ha infiltrado el adjetivo en nuestras costumbres:

«La *distinguida* señora doña Fulana de Tal ha fallecido. Su *celebrado* viudo, su *eminente* madre política, sus *elegantes* hermanos y sus *populares* sobrinos ruegan á usted se sirva encomendarla á Dios.»

¡Era la única ocasión que el hombre vió de de elogiar á una familia interesante!

No ha servido sino para una cosa esta prodigalidad del adjetivo: para descubrir ciertas pasiones. La pasión de los celos está, según parece, muy generalizada entre los gobernadores de provincia. ¡Todos son *celosos*!

La prensa francesa, hecha, como llevo dicho, con un modernismo que ha dado la pauta á la de otras muchas naciones, cuenta en su seno

hombres cuyas firmas son una garantía de éxito por la calidad de las personas y de sus trabajos. Todos son escritores de nota, y entre ellos descuellan aquellos que siendo periodistas y no más, han hecho de la crónica un género literario tan difícil como atractivo.

Pasa por el más autorizado Alberto Wolff, cuyos estudios sociales son de primer orden. Bajo la forma amena que constituye su estilo propio, Wolff lo ha tratado todo, el libro, la pintura, la causa célebre. Escribe, además del *Fígaro*, en otros periódicos, en los que hace la crítica teatral ó de pintura, y su opinión suele hacer ley en el mundo del periodismo.

Aureliano Scholl está á su misma altura, con la ventaja para los tiempos que corren, de ser más agresivo. Este, no sólo hace esos deliciosos artículos que en el *Evénement* hasta hace poco, y ahora en el *Echo de París*, periódico suyo, tienen millares de lectores, sino que escribe encantadoras novelas cortas, que da al periódico antes que al editor. Parece Scholl, leído, un hombre insolente por gusto, y no hay tal cosa. Es uno de los espíritus más independientes de París, y su reputación y su fuerza consisten en que nunca ha transigido con nada ni con nadie, así tenga que batirse á muerte con su propio hermano. Sus convicciones políticas son arraigadísimas y desinteresadas. Hubiera podido ser lo que hubiera querido en la República; no ha querido ser sino

periodista. Se le respeta mucho, como á todo hombre sincero.

Blavet, que firma en el *Fígaro* en la primera plana con el seudónimo de *Parisis* y en la tercera con el de *Un Monsieur de l'Orchestre,* es uno de los periodistas más conocidos de París, de los más fecundos y de los más aprovechados. Secretario de la Grande Ópera, autor dramático, redactor de sieto ú ocho diarios, suele tener muchos envidiosos. Es un hombre elegante, distinguido, de una seriedad agradable y de mucho talento.

La prensa ha perdido un gran trabajador con el nombramiento de Julio Claretie para director del teatro Francés. Claretie era inagotable, su fecundidad y facilidad para el trabajo extraordinarias, y hacía á la vez tantas cosas, que acaso sus largos servicios, aun más que su calidad, le han llevado el puesto que ocupa, y que es una de las grandes posiciones á que puede aspirar un escritor parisién. La colección de sus crónicas del *Temps* es un caudal de noticias íntimas de todos nuestros contemporáneos. Claretie es un almacén de intimidades.

Jhon Lemoine, periodista acreditadísimo y uno de los pocos que han llegado á la Academia por su calidad de tal, goza asímismo de gran autoridad. Aunque aferrado á un periódico que, como suele decirse en la jerga de ahora, ya no está en juego, no por eso deja de te-

ner un número de lectores considerable, y en las cuestiones de España toma siempre una parte muy activa.

M. Magnier y los redactores del *Evénement* son igualmente considerados como periodistas de hoy. Un joven escritor, Adolfo Tavernier, á quien Scholl, que no conoce la envidia, ha dado á conocer, sucede á éste en las crónicas de este periódicos. La sección de teatros está redactada por Luis Besson, que suele ser muy difícil, y á quien distingue el odio que nos tiene, y al cual me complazco en corresponder dedicándole este recuerdo.

Casagnac y Rochefort figuran en primera línea entre los periodistas agresivos. Los dos son únicos en el ataque, y con las cosas que les han dicho á los Gobiernos se pudiera hacer una antología de insultos.

—Me desperté esta mañana, decía no há mucho uno de ellos, y no encontré mis botas. Y era que se habían ido solas á darle de puntapiés al Presidente del Consejo.

Rochefort llena toda una época, y aparte de sus exageraciones políticas, es un periodista de primer orden, trate los asuntos en serio ó en broma. És'e, para llamar ladrón á un ex ministro, dijo no há mucho que era *un licenciado de ministerio.*

Francisco Sarcey, á quien llaman en París *Tragacuras* por su odio al clero y á la Iglesia, es tan respetado como leído. Así como Volff tiene

la suprema autoridad en la pintura, Sarcey es el crítico de teatros más autorizado, y sus folletines del *Temps* son siempre buscados, con tanto más afán cuanto que no los colecciona nunca en tomos.

Alexandro Hepp, Weil, Cornely, Bergerat, Ignotus, Champseur, Grosclaude, Frederic Gilberte, Edwars, Emmanuel Arene, Girandau, darían ocasión á varias de estas semblanzas diminutas, si el tiempo no volara. Los periodistas cuentistas como Catulle Mendés, Teodoro de Banville, Armand Silvestre, Guy de Maupassant y otros, tienen gran público; y las mujeres periodistas, Juana Tilda *Etincelle*, Pierrebrune y otras, escriben tanto y tan bien como los hombres, y aun se ha observado que son más libres en su estilo que aquéllos. Mr. Dumont, el antiguo director de *Gil Blas* decía: — No temo sino á los artículos de las señoras, porque son las más libidinosas. Esto me recuerda la disputa entre D. Nicolás Rivero y una colaboradora de su periódico. ¿Qué pruebas tiene usted de mi mala conducta? le dijo en cierta ocasión la tal.— ¡Las que hay en la imprenta! respondió él enseguida.

De Madame Adam, gran personalidad periodística, hablaremos luego.

Los novelistas y autores dramáticos se hacen ricos en Francia, los periodistas no; bien que yo, que he viajado mucho, he observado, seño-

res, que en todos los países el periodista suele distinguirse por no tener nunca una peseta.

Es indudable que en París se paga mucho mejor el trabajo del escritor de periódicos que aquí. Allí apenas hay sueldos; los tienen los redactores constantes, de todos los días, los que hacen el fondo del trabajo, los *reporters*, los encargados de lo que pudiéramos vulgarmente llamar las entrañas del diario. Los cronistas y colaboradores y los corresponsales cobran su trabajo por líneas, y los precios varían de veinte céntimos á un franco línea, de modo que por el artículo que aquí se pagan, por ejemplo, cincuenta pesetas, puede calcularse que allí se perciben ciento cincuenta ó doscientas. Pues aun así y todo, y escribiendo la mayor parte de las celebridades del periodismo en cuatro, cinco ó seis diarios, no suelen andar muy sobrados, y oposiciones llueven sobre el administrador. Llámase allí *hacer oposición* á lo que aquí embargar el sueldo. El acreedor se opone á que se pague á Fulano ó Zutano. Este caso es frecuente. Ya ven ustedes, decía una tarde M. Ferry en la Cámara á varios periodistas, ¿qué voy á hacer con una oposición que me lo combate todo? — Pues ¡qué haría usted si tuviera cuarenta y siete! exclamó uno de ellos.

Gran consideración mutua, gran respeto entre los compañeros, un gran espíritu de cuerpo, una cohesión extraordinaria; tal es la prensa de

París. A ella se debe la iniciativa de todas las grandes fiestas que ayudan al comercio y socorren á los pobres. Ella hace la opinión y guía al público y mantiene vivo el fuego santo del patriotismo.

Dos ó tres mil periódicos de todas clases se publican en la gran capital, donde todo el mundo lee. Desde las primeras horas de la mañana ya puede notarse que los vendedores ambulantes, las criadas que van al mercado, los cocheros que salen de las cuadras, los colegiales que van á sus pensiones, los soldados, los hombres de negocios, todos llevan su periódico en la mano, ó van andando y leyendo, ó acuden á los kioskos á buscar cada cual el diario de su preferencia. Se entra en un ómnibus, y se observa que cuantas personas hay en él, sin ocuparse de sus vecinos, doblan y desdoblan, éste el *Fígaro*, aquél el *Matín*, el otro el *Evènement*, las señoritas un diario de modas, la alumna del Conservatorio una revista musical, el sacerdote *La Unión*, el obrero *La Lanterne*, cada cual despertando al nuevo día y queriendo ya saber lo que en el mundo pasa. Se entra en un café, y con lo que os sirve, el camarero os trae los periódicos frescos; se va á una oficina, á un Banco, á una casa particular, y los porteros leen también. Apenas se ve un individuo por la calle, en cuyo bolsillo no asome el periódico doblado. Son dos millones de séres humanos que viven

del periodista que veló para ellos, cumpliendo con lo que decía Claretie no hace mucho: «Nuestro tiempo no exige sino dos cosas, entretenerse y estar bien enterado. Cuando los salones y los centros de reunión tenían su influencia, la información, la noticia se *hablaban*; hoy todo eso se imprime; ya no hay hombres de *esprit*, ni *causeurs;* ya no hay más que un *causeur*, un conferenciante inextinguible, el periódico.»

El periódico, tiene razón aquel escritor; el periódico, que, como al principio dije, llena la misión más grande del siglo XIX. Y antes de que esta primera parte de nuestra conversación se termine, celebremos todos haber nacido en siglo tal, que dos ó tres millones de periódicos cantarán mejor que los poetas dentro de quince años. Y todo aquel que directa ó indirectamente haya contribuído á la civilización impresa podrá decir:—Nuestros mayores tenían á gloria después de la guerra tornar á su hogar ennegrecidos por el humo y oliendo á la pólvora de las batallas; nosotros, hombres de nuestro tiempo, llenamos nuestra misión de paz y debemos sentirnos orgullosos de entrar en nuestro hogar, después del trabajo civilizador del día, manchados de la tinta con que hemos servido á nuestros lectores y derramando en nuestro redor el olor de la civilización, el olor de la imprenta.

III

El *Figaro* por dentro es curiosísimo. Mr. Perivier, secretario del periódico y uno de los tres gerentes de este gran negocio, me decía una noche.—No crea usted que el *Fígaro* ha llegado al esplendor en que hoy vive porque los que trabajamos en él sepamos y valgamos más que los demás, no; es que dentro del periodismo somos el capital que lo absorbe todo y que de todo se apodera. No hay lucha posible con nosotros, porque somos los más ricos.

Y así es. El *Fígaro* es un inmenso capital hijo del trabajo iniciado por Villemessant, y aplicado á la vida del periódico. He aquí cómo vive y cómo funciona esta gran máquina de la prensa moderna.

El *Fígaro* está instalado en su propio hotel de la rue Druot, un edificio grande, hecho expresamente para redacción de periódico. En la planta baja, la sala de telegramas, donde el público puede hora por hora, minuto por minu-

to, ponerse al corriente de la actualidad europea. Allí se fijan en las paredes los telegramas que el *Fígaro* recibe de todas partes, los retratos de los personajes que han figurado en todos los sucesos del momento, escenas de estos mismos sucesos hechas de prisa y corriendo por los dibujantes de la casa ó de fuera, fotografías, autógrafos, documentos, anuncios, realización de las grandes empresas, todo está allí. Por ejemplo, hace tres meses, y para anunciar una lotería cuyo premio mayor era de un millón de francos, el *Fígaro* expuso en una gran pirámide un millón en monedas de plata y oro, simuladas con piezas de cartón, de modo que el público veía, tocaba el dinero. ¿No es este el modernismo de que antes os hablaba? Venían los parisienses á visitar un millón, como iban nuestros antepasados á visitar el Santo Sepulcro. Un desconocido llegó un día, se arrodilló, se santiguó y dijo:—¡Padre nuestro que estás en el Banco, santificado sea tu nombre!

En esta sala se inspiran todos los periodistas y todos los corresponsales extranjeros.

Se entra en el periódico por la puerta principal que está al lado, y ya se echa de ver el lujo de la casa. En la planta baja, las oficinas, distribuídas en diferentes taquillas. Suscripciones, anuncios, reclamos, venta de números sueltos, de obras publicadas por la administración. En el fondo, el telégrafo especial del periódico, con

el que se comunica directamente con Europa. En lo alto, los retratos de los soberanos ó personas Reales que han visitado la casa, y en cuyo honor se han dado fiestas. La reina Isabel, el Shah de Persia, D. Carlos, el Príncipe de Gales..... Y alrededor de la parte superior de esta planta baja la galería circular adonde pronto subiremos.

Toda esta parte de abajo con su instalación de taquillas se deshace, cuando hace falta, en hora y media, y se convierte en el salón de fiestas. Allí se han hecho oir todas las notabilidades artísticas de Europa. Así que la Dirección tiene artistas bastantes y bastante célebres para organizar un concierto, una lectura, una representación, algo, en fin, que el *Fígaro* ha de oir antes que el público para darle su sanción é imponerlo á la multitud parisiense; con veinte horas de anticipación invita á todas las celebridades contemporáneas, da orden de que al día siguiente á las cuatro de la tarde las oficinas queden convertidas en salón, y todo se hace con tanto orden como prontitud. Estas fiestas son originalísimas. Abajo, cuanto hay de notable en París, doscientos invitados de frac y corbata blanca, y arriba, y pasando de un lado á otro, porque el trabajo no se interrumpe, los cajistas con sus blancas blusas trayendo y llevando pruebas, original y galeradas. La redacción hace los honores de la casa y del periódico

á la vez, y en el intervalo de una pieza musical á otra óyese el ruido de la máquina que tira nuestros 150.000 ejemplares.

El primer piso está dedicado á redacción, pero á redacción á manera de convento. No se hace el periódico éste como los demás, ni como aquí, reuniéndose los redactores. No hay más que un pequeño salón en el segundo piso al que acuden los reporters ó noticieros á traer sus noticias del Parlamento, de los ministerios, de los teatros, de la prefectura de policía, que entregan al secretario. Los demás redactores, los escritores ó cronistas del periódico, trabajan cada uno en cuartos separados, alrededor ó á los lados de la sala de espera, que preside Benjamín, el portero de arriba, ayudado de tres ó cuatro criados más, todos de librea.

Esta sala de espera es curiosísima, en ella aguarda el público que va á visitar á los redactores ó á preguntar por ellos. Los porteros hacen escribir el número del visitante en un pedazo de papel, y pasan el recado. Dominan en este salón, rodeado de grandes divanes, las mujeres bonitas. No hay idea del número de mujeres que acude al *Fígaro*, y de las cuales, en honor de la verdad, no se hace gran caso. El periodista parisién, acostumbrado á que las artistas, las demi-mondaines, las cómicas y aun las particulares le persigan, las trata con un desdén que sólo interrumpe ó quebranta algún

español, de cuyo nombre no quiero acordarme.

Los gabinetes donde trabajan los redactores importantes están preparados de manera que todo ayuda á la tarea. Gas, chimenea, tubo acústico, timbres eléctricos, un diccionario de Larousse, cuartillas ya numeradas, una colección de los periódicos del día, todo lo que puede abreviar y hacer ganar tiempo. En el *Fígaro* un minuto perdido es una falta muy grave.

Los redactores se distinguen por andar por la casa sin sombrero, facultad que cuesta mucho tiempo de ganar. En París es esta costumbre muy general. Las personas *de la casa*, en cualquier establecimiento ó instituto se distinguen del público en esto de no llevar nada en la cabeza, así es que en la sala de conferencias del Cuerpo legislativo ó del Senado, ya se sabe quién es diputado y quién no. En el interior de los teatros, de las Academias, de los grandes colegios, lo mismo. El *Fígaro* ha establecido la costumbre, y sus redactores no reciben nunca en sus cuartos, bajan á la sala, y si necesitan hablar después con alguien, piden un gabinete vacante, allí entran y conferencian con quien les busca; pero generalmente se excusan, porque es muy raro que ninguno pierda diez minutos de su trabajo.

En el segundo piso están la dirección, la secretaría y la caja.

Mr. Magnard, director del periódico, ocupa un gabinete muy pequeño, y parece imposible que dentro de aquel nicho se confeccione y se haga periódico tan grande. Todo, absolutamente todo lo que ha de publicar el periódico pasa por su mano ó por la del secretario del periódico diario M. Diguet, que se lo consulta. Mr. Magnard es un hombre bajito, gordo, limpio en extremo, de sesenta años próximamente, risueño y simpático en alto grado. Tiene, como pocos, el instinto, la intención, el arte del periodismo. Su autoridad en la casa es absoluta, inapelable. Aprueba ó hace pedazos lo que le conviene ó lo que no le gusta. Para él no hay ni nombres, ni reputación, ni mejor, ni peor; lo que no es el periódico, lo que no es *Fígaro*, lo desecha, y nadie puede ni debe reclamar. Entra en la dirección á las dos en punto de la tarde, y permanece hasta las seis. En esas cuatro horas es asombroso lo que despacha. Sobre la mesa le esperan cartas, telegramas, artículos, reclamaciones, billetes, invitaciones, correspondencias, retratos, periódicos, no solamente de París y departamentos, sino de toda Europa, y con una rapidez envidiable, leyendo y llamando á la vez á éste y al otro, tirando timbres y rompiendo sobres, con el secretario al lado y sin hablar sino puramente lo preciso, distribuye el trabajo, da sus órdenes, va preparando el número. «Esto á Fulano.—Que Zutano venga. — Desmienta usted

esto.—Traducirme esta carta.—Telegrafiar á Roma.—Haga usted cien líneas sobre esto.—Esto puede pasar.—Esto es bestia.» Nadie chista, todo el mundo le obedece, no hay una observación, ni una disputa, ni una palabra de más. En aquella casa es regla general que se hable poco y muy de prisa, y las cartas y papeles van pasando á manos de Diguet, que es realmente el alma del periódico. Un día de enfermedad ó ausencia de este secretario habilísimo sería un gran trastorno. Magnard y él han hecho la fortuna de los accionistas.

Al lado de su cuarto está el de Mr. Perivier, secretario del periódico y del suplemento de los sábados, que es, como luego veremos, entidad importantísima de esta gran empresa.

Entretanto van llegando los redactores principales. En el *Fígaro* no hay intimidad, bien es verdad que la intimidad en París es muy rara. Todos los redactores se encuentran, se saludan y siguen su camino. Nada de conversación, ni de cigarro cambiado, ni de comunicación que haga perder tiempo. Cada uno en su casa, y Magnard en la de todos. Wolff, Blavet, Auguste Vitu, Peevel, Mars, Adrien, Philippe Giller, Bataille, Grisson, Faraon, Giffard, los treinta y tantos escritores que allí trabajan, se conocen y se estiman, pero se hablan fuera de la casa.

En el fondo del primer piso están la imprenta y lás máquinas. Se va escribiendo y componien-

do á la vez, y cada cuarto de hora entran los criados en los cuartos á recoger cuartillas. Á veces, antes de acabar un artículo, tiene ya el que lo escribe galeradas del principio delante de sí.

A las seis y media ya no queda nadie. Á las nueve vuelve M. Diguet á la redacción y prepara la tercera y cuarta plana, mientras llegan los redactores de la noche. Auguste Vitu, que vendrá á hacer el artículo de teatros; Blavet, que vendrá á escribir las impresiones del *Monsieur de l' Orchestre;* Bataille, que traerá la amenísima crónica de tribunales; los redactores financieros, que aportarán las impresiones de la Bolsa y de los negocios; los anunciantes que prefieren la *reclame* al anuncio. A las dos en punto el periódico ha de entrar en prensa, y en dos horas y media habrá impresos ciento cincuenta mil ejemplares, como antes he dicho, que calculando á cada ejemplar, por la parte más corta, seis lectores, hacen un total de novecientos mil lectores, repartidos en todos los puntos del globo.

Y toda esa vertiginosa preparación del número que habéis de leer mañana, se hace sin prisa y sin ruido. Imagínense los que me escuchan que entran en un gran baile con los oídos tapados, y se formarán una idea del movimiento que hay en aquella casa. El suelo es de *caoutchouc,* las escaleras están alfombradas, las puer-

tas forradas en los bordes de burlete, todo el mundo habla en voz baja; de manera que se ve subir, bajar, entrar y salir á redactores, criados, visitas, operarios, hombres y mujeres, atendiendo cada cual á su obligación y rivalizando en prontitud, procurando al público, supremo juez y soberano el mejor servicio de todos, este gran plato diario de la curiosidad rellena de amenidades, que constituye, sobre todo en este diario, la representación del periodismo á la moderna.

IV

Madame Adam, notabilísima escritora (y aquí el adjetivo no es elogio, sino justicia), ha conseguido que su influencia personal y su iniciativa la coloquen á gran altura. Ha sido una hermosa mujer, y conserva aún restos de esta hermosura. Alta, estuataria, es lo que en el lenguaje de nuestro pueblo se llama una buena moza, y todavía en los bailes y recepciones del invierno pudiera hacer conquistas si no estuviera completamente dedicada á sus estudios y á su obra de patriotismo.

Gran patriota, republicana sincera, es, sin embargo, solicitada de la aristocracia, y su salón es centro de reunión de cuanto hay de notable en París, sin distinción de partidos.

Clemenceau al lado de los legitimistas, el director del *Fígaro* junto á Rochefort, los cómicos más sobresalientes de la comedia francesa al lado de las princesas extranjeras. Suele elegir para

sus *soirées* alguna novedad que hable al espíritu; así es que allí no se baila ni se pierde el tiempo en frívola conversación. Una vez es una lectura de tal obra inédita, otra una audición de antiguas canciones bretonas. Los hombres políticos le reconocen autoridad, y está en comunicación constante con ellos. Sostiene continuada correspondencia con los demócratas, reformadores ó revolucionarios célebres de Europa; por su casa han pasado todos.

De los españoles, su preferido amigo es Castelar; bien es verdad, señores, que la reputación más extendida de español alguno en el extranjero es la de nuestro gran tribuno.

Madame Adam habita el cuarto piso de la misma casa donde asienta su periódico *La Neuvelle Revue*, y allí, ayudada de dos, tres ó cuatro secretarios, trabaja todo el día, ya en su periódico, ya en los libros que de vez en cuando publica.

La República la ha honrado públicamente dando su nombre á una de las nuevas calles de París, al fin del boulevard Malesherbes. Goza, en fin, de gran consideración, y es admirada como toda mujer excepcional. Su periódico es, después de la *Revista de ambos mundos*, el más acreditado en este género de publicaciones. En mi último viaje á Madrid la escribí, y le decía:

—Poco de liberal hallará usted, amiga mía, en mis cartas al *Fígaro*.

Y ella me contestaba:

—Una sola línea liberal en el *Fígaro* vale por tres columnas en un periódico republicano. En política el número ante todo.

Amabilísima, de una distinción proverbial, relacionada con todo París, sus predicciones han sido célebres. Grande amiga de Gambetta, predijo á éste que moriría de mala manera. Las últimas palabras del gran patriota fueron para ella.

....

Todo el mundo sabe lo que es el *Gil Blas*. El modernismo de este periódico ya es más grave. En él aparecen juntas las señoras y las que no lo son, se da cuenta del baile de una princesa y del de una de esas lindas personas que, según tengo entendido, se llaman por aquí *vengadoras*.

Estas personas han encontrado en el *Gil Blas* su órgano, en la buena acepción de la palabra. Sus aventuras, sus compras, sus ventas, su vida íntima sale allí.

¿Quiere esto decir que sea un periódico exclusivamente dedicado á estas cosas? Ni mucho menos. Pasa por el periódico más literario de los del boulevard, por colaborar en él grandes poetas y notables literatos.

Teodoro de Banville es uno de los primeros poetas de Francia, Arman Silvestre, Catulo Mendés, Juana Tilda, Grosclaude, son cronistas de primer orden, y el redactor Grimssel, cuyos

artículos son tan notables como suyos, no es otro que Enrique Rochefort, grandísimo elemento de la prensa francesa.

Á la muerte de M. Dumont, ó del Père Dumont, como se le llamaba, la redacción en jefe pasó á Cartillier, un periodista muy acreditado y redactor antiguo de la casa. M. Dumont tenía el aspecto de un pobre hombre, parecía no ocuparse de nada sino de confeccionar el número y de dirigir á todos los suyos con su vocecilla gangosa. Decían que el periódico le reportaba grandes utilidades, pero no se creía. A su muerte, acaecida hace seis meses, el padre Dumont ha dejado á su viuda diez millones de francos.

Pero el alma del periódico, considerado como chismografía, es el barón de Xau, que firma con el pseudónimo del *Diablo cojuelo*. Gran tirador de florete, conocedor de todo el personal femenino de París, el barón es el *Gil Blas* y el que le ha hecho subir á cuarenta mil ejemplares.

Habladle de cualquier mujer del mundo alegre, y os dirá en seguida:—¿Esa?—Esa me ha despertado á mí alguna vez no sé cuándo, ni dónde, pero me ha despertado.

Fernando Xau, á la vez redactor y reporter, temido en París como la muerte, capaz de revolver el mundo y de sacar á pública luz todo lo que en París sucede, es la actividad personificada, el hombre que se adelanta á todos los

noticieros posibles. Dicen que éste fué el que una vez en que llegaba á París no sé qué soberano extranjero, se salió á dos horas de distancia, saltó al tren, se metió en el vagón, y cuando los reporters que esperaban en la estación de París quisieron tomar apuntes, ya Xau traía el artículo hecho.

Como él se proponga aniquilar á alguien, ¡ay de ese alguien! Á la Vand Zand él la echó de París y del teatro de la Ópera cómica. Á los ricos improvisados que van á París á darse tono, les hace la guerra más terrible. El año pasado, un ministro sud-americano sin relaciones, le dió para repartir sesenta invitaciones á un gran baile que daba. Xau vino al café Riche, y nos dijo:

—Yo he dado billetes á tres reyes destronados, dos príncipes polacos, un archiduque escapado de presidio y cuatro generales africanos. ¡Ya no me falta más que un almirante suizo!

*
* *

Y al hablar de este periodista incansable, se me ocurre hablar de otros varios á quienes yo llamo *los vertiginosos*, por ejemplo, Perivier, el secretario del *Fígaro* y director del *Suplemento*.

El telégrafo es una carreta para este hombre. En su cuarto hay dibujos y fotografías á millares, centenares de ideas en embrión para suplementos que no se parezcan uno á otro. Así como Magnard sabe, como nadie, hacer el periódico diario, él es especialísimo para el *Suplemento*, y al mismo tiempo recorre Europa como pudiera recorrer la casa. Se pregunta por él.—Está en San Petersburgo.—Vuelve á los ocho días, deja trabajo hecho á Marcade, y se va á Argel. Vuelve de Argel, se le quiere ver.—Se ha ido á Málaga, dice el portero.—Viene de Málaga; está en París dos días, toma el tren.—¿Y Perivier? Está en Viena. ¿Y adónde va, á qué va? Á trabajar el *Figaro* en todas partes, á establecer sucursales, á popularizar la venta...

Es el más joven y más enérgico de los socios de esta empresa; alto, delgado, con el pelo rojo y rapado á lo militar, el bigote al ojo, los ojos vivos y penetrantes, los movimientos ágiles, servido por dos ó tres secretarios, jóvenes también, este hombre es el movimiento continuo, el periódico hablado, la vida moderna de las grandes capitales. No quiere que le escriban.—Le escribiré á usted en llegando á Madrid.—Nada de cartas. ¡El telégrafo, el teléfono, y, si es posible, el globo!

Otro vertiginoso de segundo orden, pues aun no ha llegado á hacer su nombre sino en la intimidad, es León Montegut, reporter, escritor á

veces, inglés de nación, parisiense de temperamento, que está á la vez en todas partes, hablando de prisa, leyendo y andando, escribiendo donde cae, y jugándose lo que no tiene en las carreras de caballos.

Entra en el club á las seis, pregunta á todo el mundo á un tiempo:—¿Hay cartas para mí?—Deme usted un bok.—¿Qué sabes de nuevo?—La guerra en Servia.—¿De veras? Va al teléfono; con una mano llama, con la otra se quita el gabán.—¡El *Evénement!*—¡Se declaró la guerra!—¿Y ese bok?—¡Responde por mí! Pasa á otro salón:—¡Cien francos á la derecha!—Allá voy.—¿Dónde hay estreno?—¿Vienes?—¡Conque la guerra!—Deme usted un sello. ¡Adiós! Un día preguntó uno desde abajo por él, y por el tubo acústico:—¿Está el Sr. Montegut?—Ahora baja. No le veo.—Pues habrá saltado por la ventana.

V

¡Qué gravedad, qué erudición tan positiva en Augustu Vitu, que hace tantos años juzga de las obras dramáticas! Es de los poquísimos que conocen nuestra literatura, y la conocen bien. Trabajador infatigable, su palidez y su rostro fatigado denuncian grandes vigilias. Tiene algo de D. José Echegaray, solamente que el pelo es negro y el aire militar, por engomarse los bigotes á la manera de Napoleón III, de quien aún es admirador.

Sus juicios son muy imparciales, su crítica muy respetada. Es uno de los periodistas de más autoridad de París, y de los que dicen lo que saben, y saben lo que dicen.

El *Gaulois*, que quiere á toda costa rivalizar con el *Fígaro*, está dirigido por Arturo Meyer, al cual, no sé porqué, se le hace la guerra en París, y se le moteja de pretensiones aristocráticas. Se le llama generalmente *el hombre de mundo*, y no hay persona más atildada y elegante,

ni más frecuente en todas las fiestas y recepciones de París. Se ocupa mucho más que el *Fígaro* de estas cosas, y las publica realmente sin retribución del particular, es decir, que así como otros periódicos de gran circulación hacen que el vanidoso sin más méritos que tener dinero, por dar un baile, pague á cuatro ó seis duros la línea en que él mismo se celebra (costumbre que tengo por excelente) el *Gaulois* hace esto gratis, y tiene una clientela aristocrática, aunque no quieran reconocerlo los demás periódicos, porque allí, como aquí, la rivalidad es endémica.

En el *Gaulois* colaboran autores dramáticos muy acreditados como Paul Ferrier, Raoul Toché; novelistas como Iveling de Ramband, que firma con el pseudónimo de Frederic Gilberte; M. Henri de Pène, redactor en jefe, es un periodista antiguo y de mérito indudable. En este periódico trabajó durante largo tiempo un compatriota nuestro, hoy título de Castilla.

VI

Entre los cien círculos, clubs y casinos que hay en París, existe uno que se llama de la *Presse,* á pesar de que los periodistas que no juegan y aun los que detestan la vida de club, protestan, y yo creo que con razón, de este nombre; lo cual no impide que allí vayan muchos periodistas de cinco á seis, y no pocos escritores conocidos.

La casa está montada con gran lujo, y el salón donde suelen verse con frecuencia diez ó doce mil duros sobre un tapete verde, ha costado un dineral, que si para un particular hubiera sido mucho, para una de estas casas, donde se alfombra con la piel de los socios, no es gran cosa. En ella se encuentran siempre amigos, y aunque algunos no juguemos, no sé si por falta de vicio ó de otra cosa, vamos de vez en cuando á refrescar la memoria con nombres de colegas. Vénse allí en amigable consorcio á Adolfo Be-

llot y á Paul Ferrier, á Valabregue y á Wolff, al novelista Pon Jest y al maestro Salvaire, círculo íntimo en el que se habla de todo y de todos, como en la librería nueva, y en el que los sueltos y *bon mots* salen hechos.

Una noche vino un dentista célebre, no sólo por su destreza, sino por los exorbitantes precios que pone á sus operaciones. Se hablaba de no recuerdo qué, y todos habíamos dado nuestra opinión.

—Diga usted algo, dijo el dentista á uno de los presentes, periodista famoso.

—¡Yo me guardaré bien de abrir la boca delante de usted, observó; yo sé lo que eso cuesta!

VII

He hablado más de una vez de Rochefort en estas conferencias, y lo hago con tanto más gusto, cuanto que con esta independencia que me tiene tan pobre, pero tan dichoso, yo nunca busco presentaciones, sobre todo de aquellos que valen más que yo. Así es que mi admiración por este escritor (y entiéndase que hablo del escritor y no del hombre político), es muy sincera, puesto que no le conozco personalmente. Suelo encontrarle con frecuencia, él sabe quien soy yo, yo sé quién es él; pero no ha llegado ese momento en la vida de las letras, en el que la presentación mutua se hace sola.

En una conversación sobre periodistas no huelgan algunos párrafos de este Aristófanes del periodismo.

Por ejemplo: habla del escándalo, y exclama: «Se dice que los periodistas nos alimentamos de escándalo. Es verdad; pero impídase á las

gentes que nos escandalicen. En lugar de dar diez mil francos por mes á sus queridas, de jugarse á una carta la fortuna de cuatro ó cinco familias, de pagar en cincuenta mil francos un caballo que se romperá las piernas en la primer carrera, que los franceses hagan una vida posible; y entonces los periodistas nos alimentaremos de patatas fritas, y no de escándalos constantes.

»Somos, por nuestro estado, los historiadores al día de la sociedad en que vivimos. Si ésta es escandalosa, peor para ella. Yo no puedo extasiarme ante la probidad de un banquero tal, cuando todo el mundo sabe que ha colocado su fortuna en Inglaterra desde que el tratado de extradición se ha roto.

»Después de la cuestión del escándalo, en los periódicos ha venido la del teatro; y queda establecido que los papás no pueden llevar á ellos á sus hijas. Voy á decir á los padres algo que acaso les asombre:—¿No podéis llevar al teatro á las niñas? ¡Pues bien, no las llevéis!

»Si para poner á salvo la inocencia de esas señoritas hay que representar comedias en las que se pruebe que los niños nacen en los cogollos de las lechugas y que Madame Dubarry era la hermana menor de Luis XV, prefiero el teatro Guignol, que al menos tiene la ventaja de que en él siempre se le da de garrotazos al comisario de policía. ¿Queréis, oh padres, llevar

al teatro á vuestras hijas? Pues haced un teatro para ellas. No puede obligarse al teatro moderno á ponerse al nivel de la inteligencia y de la educación de las señoritas, como no se nos puede obligar á nosotros á festonear pañuelos ó á bordar zapatillas en cañamazo.

»No queda más que una solución. Edificar por suscripción un teatro exclusivamente dedicado á hijas de familia, y en el que se representen comedias como la que propongo en el siguiente plan de obra moralísima.

»Leocadia, interesante joven de diez y seis años y medio, tiene un loro gris con el cual ha sido criada y al que quiere como á persona de su familia. Un día el loro desaparece; cuanto se hace para encontrarle es inútil; pero en la escena catorce, en el momento en que el interés llega á su colmo, Leocadia averigua por el portero (único papel cómico de la obra) que la criada ha vendido el loro gris después de haber tenido la precaución de teñirlo de verde.

«Ahí tenéis una obra á cuyo estreno el padre más severo podrá llevar á sus hijas. ¡Doloroso es decirlo; pero la hipocresía, el *tartufismo,* que casi ha desaparecido de la religión, se ha trasladado á las costumbres!»

*
* *

Y en fin, señores, la prensa y lo que á ella se refiere es inagotable; sería cuestión de estar hablando toda la noche, referir mil detalles y daros apuntes biográficos infinitos, con lo cual os cansaría, y no debo martirizar á quien tan bien me trata. Ceso aquí, haciendo constar, como al principio dije, que la prensa francesa ha dado la norma, el modelo de lo que hoy debe ser la de todas partes.

Muchos hechos y muy bien contados, la literatura imponiéndose á las miserias de la política, la crónica sustituyendo á la polémica, más digna de los Parlamentos y de las Academias. Allí como aquí, llena dignamente la misión del siglo XIX; y en cuanto al periodista, tan combatido, tan calumniado y tan olvidado de sus propias criaturas, en Francia como en España puede probar su honradez con lo que mejor se prueba en nuestro tiempo, con su pobreza.

Henri Monnier, un periodista que dejó al morir reputación de ocurrentísimo, y cuyas frases han quedado allí en la memoria de todos, escribió un día un suelto, un *se dice*, en el que sin querer pintó á toda la clase.

«Ayer, escribía Monnier, se ha lanzado á la plaza una nueva emisión de billetes del Banco de Francia, de los de mil francos. *Se dice* que son azules.»

Nosotros todos, los de allá y los de acá, pudiéramos glosar esta observación y exclamar:

se dice que hay ministros, banqueros, parlamentos, reyes, repúblicas; nosotros no sabemos de eso nada sino lo que la opinión nos ha contado, y le hemos repetido desde el fondo de nuestro taller al único soberano á quien servimos, y á quien he de aclamar, para terminar, con el grito más lógico y con el cual os saludo como á señoras y señores míos. Nuestro grito es éste: ¡Viva el público!

He dicho.

FIN DE «EL MODERNISMO EN FRANCIA»

PARÍS ÍNTIMO

Conferencia del autor en el Ateneo de Madrid
el 16 de Abril de 1894.



IMPRESIONES, BIOGRAFÍAS, INSTANTÁNEAS

RETRATOS Y SILUETAS

Señoras y señores:

Cuando hace ocho años tuve el honor de hablar aquí sobre *El Modernismo en Francia,* dije ya todo lo que podía decirse sobre cosas generales, sin dejar por eso de meterme un poco en intimidades de la vida parisiense. Ahora, con su acostumbrada bondad, el Ateneo me invita á hablar de nuevo, y, en realidad, no es una conferencia lo que váis á oir, sino una conversación, un rato de expansión en el seno de antiguos y queridos amigos que me honran en extremo al favorecerme con su presencia.

Hablaré, pues, como pueda, y será esta conversación como el relato que hace un viajero que ha vivido largo tiempo en un país lejano.

¡Lejano! Así parece serlo Francia, á pesar de su proximidad con el nuestro. Los pueblos vecinos son los que menos se conocen. Es curioso oir en París las apreciaciones que los parisienses hacen de España; y no lo es menos oir las que los españoles que á París van hacen de París cuando vuelven aquí.

Todos se equivocan. Y esto consiste en que no bastan ni un mes, ni dos, ni seis, ni un año para conocer un país ó una población. Es necesario vivir en ella muchos años, hacer la vida del país, comunicarse y tratarse con todas las clases sociales. Después de catorce años de residencia en aquella gran ciudad, centro de la inteligencia de Europa, creo que tengo el derecho de asegurar que lo que esta noche voy á decir aquí, será, según expresión francesa, *vecu,* vivido.

Mi buen amigo el Vizconde de Lagrené, diplomático, parisién como pocos, hombre de mucho *esprit,* tenía que ver en cierta ocasión á Gambetta para pedirle yo no sé qué concerniente á su carrera. Gambetta por aquel entonces ponía empeño en despreciar á los aristócratas. Le hizo esperar la audiencia pedida muchos días. Se la concedió por fin, y cuando Lagrané se presentó en el Ministerio, encontró al hombre del pueblo sentado, desdeñoso, casi despreciativo.

—¿Qué se le ofrece á usted?—le preguntó.

Y Lagrené, con toda ceremonia, le respondió:

—Sr. Ministro, he pedido á vuecencia una audiencia para decirle todo género de elogios de mi persona.

Gambetta no pudo por menos de echarse á reir, le oyó como á un amigo y le acordó todo cuanto quiso.

Pues bien; yo tengo que empezar esta noche por hablar muy bien de mí. Porque no puedo hablar de las intimidades de París sin deciros que yo llegué allí, á aquella inmensa ciudad de dos millones y pico de habitantes, sin conocer á nadie, hablando mal la lengua, escribiéndola peor, solo, con una caravana de once personas, decidido á morir ó á salir adelante, y que á fuerza de paciencia, de sufrimientos inimaginables, de transacciones de carácter, de resignación cristiana, de tesón en el trabajo, he venido á ser allí un amigo, un camarada de todos los que significan algo, haciendo millares de amigos y sin tener un enemigo. Y esto, que parecerá vanidad, os lo digo porque tengo la seguridad de que recordaréis el proverbio inglés, que dice que donde está un inglés está Inglaterra, y consideraréis esta batalla mía como un honor para todos, porque todos debemos agradecer esta afección á un español en tierra extraña, y porque tengo la pretensión de ser, exento de odios y rencores, un modesto campeón de la

humanidad, algo como un lazo de unión entre los dos países, un hombre que cree firmemente en ese gran porvenir que suprimiendo las guerras y los odios de raza, hará un día de los pueblos que á la misma raza pertenecen, una inmensa familia de amigos y de hermanos.

Y ya que acabé de mirarme al espejo y de encontrarme regular para gustaros á todos, franceses y españoles, voy á entrar en materia.

Van los españoles á Francia á pasar un mes para divertirse ó para hacer compras, ó para estudiar, ó para conspirar (porque esto de conspirar es un género de exportación muy antiguo en España), ó para probar fortuna. Pasan su vida de la Magdalena á la Bastilla, acuden por la noche á *Folies Bergère,* ó al *Moulin Rouge* ó á la *Olympia,* donde no ven sino diversión ó vicio, asisten á los teatros donde se representa la comedia nueva, que suele ser libre y desenfadada; comen en los restaurants de lujo ó en los *bouillons* donde no ven sino cortesanas pobres ó ricas. Asisten por casualidad en el Parlamento á una sesión de escándalo, compran los periódicos frívolos ó radicales, ó de caricaturas obscenas. Oyen hablar de crímenes y anarquismo, y bombas, y reuniones librepensadoras, y vienen aquí pregonando que aquello es una sentina, que el vicio reina y gobierno, y que la capital de París es cosa perdida.

Los franceses, en cambio, ó viajan poco, ó

vienen por un mes á visitar Madrid, Córdoba, Granada ó Sevilla. Los que no viajan, como viven ocupados en su trabajo y no conocen nuestro idioma, nos creen el país de la guitarra y de las castañuelas, suponen que todas las mujeres llevan la navaja en la liga, nos hablan allí de la Inquisición y del fanatismo religioso (sobre todo ahora), creen que no somos como ellos porque no nos conocen. Los que viajan, son recibidos aquí por amigos franceses ó españoles que les llevan por todas partes á ver bailar á las flamencas, y á oir músicas chulescas y á visitar catedrales, á comer garbanzos, y á beber manzanilla, y de esto resulta que los franceses nos creen el eterno país de Felipe II y de los bandidos en cuadrilla, del *cante* y de la olla podrida. Y es que nos equivocamos todos y que ni unos ni otros tenemos tiempo material de estudiarnos y de vernos como somos.

Ni hay tal París ni hay tal España de Ópera Cómica. Es preciso que alguien, conocedor de ambos países, tenga el valor de decirlo por cima de todos los radicalismos, de todos los patriotismos exagerados. París es un pueblo honrado, trabajador *como ninguno de la tierra,* productor, económico, patriota á todas horas, así como Madrid, por ejemplo, para no alargar la comparación á la España entera, es un pueblo cultísimo, inteligente, español genuíno, patriota hasta el delirio cuando hace falta, comercial,

industrial, trabajador y honrado, á quien no hay que juzgar por el Liceo Rius, ó por los novillos del domingo, ó por sus cientos de conventos, ó las mil personas que se levantan á la una, pasean por la Carrera, juegan en el Casino, charlan en los cafés y se acuestan á las tres de la mañana. Quedan detrás de ellos 400.000 habitantes que toda la colonia francesa conoce, que hacen la misma vida intelectual, artística, literaria, mercantil y honrada que los habitantes de París á quienes no conocen los viajeros de un mes que van á la República francesa. Seamos, pues, razonables todos.

Este nombre de la República francesa me obliga á hablar antes que nada, y en el tono íntimo de esta conversación, de lo que en los periódicos se llama el Elíseo y de la persona del Jefe del Estado.

Allí, donde la opinión pública no exige del que está al frente del país sino una conducta ejemplar y una corrección extrema, ha tenido la suerte la nación de dar con un hombre tal, que ni buscado con un candil, como suele decirse. Cuando vengo á Madrid, suelen preguntarme, aristócratas ó cortesanos, qué diferencia hay entre una corte y una presidencia de la República. Dígoles yo que en lo moral no hay ninguna entre esto y aquello, porque esa modestia, esa corrección sin igual y esa admirable vida de familia que toda Europa, lo mismo las repúbli-

cas que las monarquías, reconocen en la respetadísima Reina Regente de España, todo ello se admira en aquel modesto ciudadano á quien se llama Mr. Carnot y que parece que ha nacido para lo que es. Esclavo de la institución que representa, íntegro y honrado como cumple á quien está tan alto, nadie ha tenido que decir nada de él, y todo el mundo le respeta, antes que por su cargo, por sus virtudes. En esto, como en lo que digo de la Reina Regente, no hay elogios; cuantos hayan viajado lo habrán oído por todas partes.

La corte, si se me permite la frase, del Presidente, es muy reducida. Un cuarto militar, un gabinete particular, la servidumbre natural y lógica en un palacio grande como es el Elíseo; y cuando sale á pasar una revista ó á una ceremonia oficial, una escolta brillante de coraceros ó dragones. Poca ostentación en la calle; pero en las grandes ocasiones gran ostentación militar dentro. El Elíseo está tenido con lujo, como conviene á la casa del jefe de un Estado. Su principal adorno son los tapices de las grandes fábricas francesas. Ve al Presidente quien lo desea, pidiéndole audiencia y no en día determinado de la semana, sino según vienen las peticiones, previos los informes que naturalmente hay que pedir de la persona, porque en una población de dos millones de habitantes y medio de extranjeros no se puede abrir así como así la puerta á

todo el mundo, sobre todo ahora, que anda el diablo suelto en todas partes.

El Presidente, que en los retratos y aun á la primera impresión parece seco, tieso, sin animación, es en la conversación particular sumamente afable y sumamente ilustrado. Su vida es metódica y ordenada. ·Madruga mucho, lee gran número de periódicos, despacha su correspondencia, recibe á los hombres políticos y entretiene su mañana hasta las doce en que almuerza rodeado de su familia y de sus invitados. Invita cotidianamente á almorzar á varias personas. En primavera ó en verano hace servir el café en el vasto jardín del palacio. Cuida mucho de distinguir á los que se distinguen en algo y de sentarles á su mesa. Siempre que un literato es recibido académico es costumbre que el Presidente le convide á almorzar para darle la enhorabuena. Los más reaccionarios han acudido á la invitación. El Duque de Aumale ha almorzado allí y Mr. Carnot no cesó durante el almuerzo de hablar con conocimiento de causa de las obras de este príncipe ilustradísimo. Los veranos los pasa en Fontainebleau donde da grandes cacerías. Los inviernos va á los grandes estrenos de los teatros serios. Su palco de la Ópera y del teatro Francés lo regala cinco ó seis veces por semana á personas de distinción y éste es un honor que ambiciona mucha gente; á los embajadores y viajeros ilustres lo

envía con frecuencia. Da dos bailes todos los años, á los que van mil quinientas personas, á veces dos mil. Y el reparto de las invitaciones se hace bajo su dirección para que ninguna clase social deje de estar invitada. En esto es cuidadosísimo y así se ve, como él entiende que debe ser, en esos bailes, desde los académicos hasta los comerciantes, y desde los nobles (que también van al Elíseo muchos títulos de Francia) hasta los soldados. En esas noches, después de recibir de pie durante tres horas mortales y oir uno por uno el nombre de sus mil quinientos invitados, el Presidente y su señora recorren todos los salones, saludan á todo el mundo y se detienen para dar la mano á los invitados, á quienes conocen personalmente. En esas noches, al cuerpo diplomático se le reserva un salón donde queda encerrado entre puertas de cristales, y la numerosa asistencia se agolpa á las puertas para ver á los ministros, nuncios y embajadores, á quienes hay que ver á distancia... como á las fieras.

La vieja aristocracia francesa, intransigente como es natural, con las instituciones actuales, no tenía costumbre de ver al frente de aquella casa á una dama de gran distinción; pero ahora, en Madame Carnot ha encontrado una presidenta que da al Elíseo cierto aire de palacio real, porque además de venir de una familia distinguidísima, tiene la presencia señora, las

maneras aristocráticas, la conversación como de quien ha recibido educación completa: y á la anterior manera de recibir de aquella casa, ha sucedido un buen tono que en París, donde todo se sacrifica á la elegancia y al buen gusto, es muy celebrado. La señora del Presidente Carnot tiene el arte de recibir en grande y muy bien. Ha llevado ella sola más gente á aquella casa que los propagandistas políticos. Se ocupa mucho en obras de caridad, directamente, sin intermediarios, y van á verla millares de personas que no se ocupan de política. A su día de recepción van personas de todas las clases sociales.

Porque, señores, una de las cosas que se ignoran aquí es la poquísima importancia que la política tiene en París para los parisienses. Leyendo los telegramas que van de París á todas partes, parece que no se habla sino de eso. Pues no hay tal cosa.

La política no pasa del Parlamento, de los periódicos políticos, de un círculo reducido de personas que de la política viven. El parisién, que vive trabajando, no tiene tiempo ni quiere tenerlo para ocuparse de lo que él llama *los políticos*. Lo que pide es paz y negocios, trabajar y desarrollar aquel inmenso movimiento industrial y comercial que comienza á las siete de la mañana; que tiene á las ocho de la mañana, en todo tiempo, las calles llenas de ómnibus, carros,

camiones, todo género de vehículos llenos de mercancías, y sesenta mil coches de alquiler que llevan de un punto á otro á aquel pueblo madrugador y activo hasta un punto increíble. ¡La política!, para ocuparse de ella hace falta tener muchas horas por delante, poder pasar medios días en el café ó medias noches en el círculo, poder leer (lo que sería imposible), ocho ó diez periódicos. ¡Quién piensa en eso! Lee cada persona uno en el ómnibus ó en el coche, entre dos carreras; el buen parisién quiere saber lo que sucedió en el estreno de anoche, lo que ha pasado en las carreras, si han matado á Ravachol, si ha subido la renta, si tal actriz iba vestida así ó asá, si hay artículo de Scholl en el *Eco* ó artículo de Severine en el *Journal*, ó artículo de Grosclaude en el *Gil Blas*, ó crónica de Arène en el *Matin*, porque allí la literatura ocupa lugar preferente siempre. Cuando surge un gran escándalo político, entonces se busca en la sección correspondiente, se habla de ello en la hora justa que dura el almuerzo, se reniega de todos los políticos pasados, presentes y futuros, se les toma en broma, porque en París se toma en broma todo, menos el amor á la patria, y en seguida á trabajar de nuevo; á la una, éstos á la Bolsa, aquéllos al periódico, los unos á la Banca, los otros al almacén, quién á la Biblioteca á tomar sus apuntes, y hasta las siete un millón y tres cuartos de la población trabajará sin des-

oanso; diez ó doce mil ricos pasearán por el Bois, los demás se repartirán entre los círculos, las academias, el hotel de Ventas, las carreras, el salón de pinturas, la esgrima, los patines, el velocípedo, todo, en fin, lo que no es la cosa pública. La cosa pública la manejan dos ó tres mil personas; los demás pagan.

Las mañanas de París son interesantísimas de estudiar. De ocho á doce, todo el mundo ha corrido, ido y venido. A las doce, solteros y casados, que no pueden volver á sus casas porque la ida y la vuelta les emplearía dos horas, y porque generalmente la vida de trabajo es independiente de la vida familiar, almuerzan en los restaurants del Boulevard. Cada uno tiene su público, su grupo. Es una hora, nada más, de conversación. Así, por ejemplo, en los restaurants de lujo de la Magdalena, hasta el teatro del Gimnasio, nos encontramos todos; y digo en los restaurants de lujo, porque en verdad el trabajo produce, y todo periodista, bolsista, pintor, actor ó actriz, comerciante ó burgués puede pagarse un almuerzo que en cualquier otro país representaría una excepción.

Como todo el mundo economiza, todo el mundo tiene.

El café Américano suele ser, de doce á una, centro de reunión de periodistas. El café, que por la noche se llena de lo que llamaban nuestros padres mujeres malas, por las mañanas apenas

contiene más que hombres y hombres de letras. Fouquier, Grosclaude, Chevassu, Charles de Perieres, Valentín Simón, Cátulo Mendes, Calmette, Marzac, Blavet, Aderer, Mairesse, el actor Silvann, el cómico Cooper, Cadol, los pintores Chartran, Damoye, Carrière, Daunat, Forain, que es París entero en una persona, Mauricio Donnay, Feydeau, Rambaud, un círculo, en fin, de camaradas que hablan de lo suyo, y de política muy poco ó nada. El periodista de los grandes periódicos no es en París hombre político, es periodista y nada más. Aun los otros, los que están en diarios políticos exclusivamente, no son candidatos á nada.

Enfrente, en el café inglés, el más entonado de todos, hay un círculo exclusivamente compuesto de banqueros, millonarios, eso que se llama en el lenguaje moderno *financieros*. Cahen d'Anvers, Camondo, Alfassa, Joubert, Cristophe, Soubeyran, nuestro compatriota Ivo Bosch. Allí reciben y dan sus órdenes de Bolsa, que vienen á buscar con todo respeto, sombrero en mano, agentes ó corredores riquísimos, y los otros mientras hablan de caballos ó de mujeres ó de emisiones, dan sus órdenes, órdenes que estremecen.—Comprar quinientos mil.—Vender ochocientos mil. — Un millón. — Dos mil Ríos.—Mil Nortes... Allí se reunen los que manejan el crédito de Europa. Algunas veces suele faltar alguno, y es que está en la cárcel.

Esto es tan exacto, que cuando aquello del Panamá, los periodistas que tenemos entrada gratis en la Ópera oímos de boca del acomodador una frase que se hizo célebre en seguida. Generalmente no hay sitio en las butacas, porque todas están abonadas. Yo entré con Francisco Chevassu, y preguntamos. ¿Hay sitio?—Todas las butacas que vean ustedes desocupadas.—¿Pero y si vienen los abonados?—¡Están todos presos!

Y permitidme, sin embargo, recordaros como lo recuerdo en todas partes, yo que viajo tanto, que desde el más alto al más bajo, todo el que ha faltado en Francia ha sido castigado, y que la opinión pública siempre ha quedada satisfecha. ¡Si alguien falta á la ley, por la ley muere!

En medio de este grupo de ricos del café Inglés, suele almorzar, cuando está en París, el rey Milán de Servia, que ha venido á ser un parisién más. En París hay reyes destronados que viven tranquilos en su hogares; Francisco II de Nápoles, la reina Isabel, su esposo... El rey Milán es otra cosa. Buen mozo, querido de las mujeres, socio del Círculo de la Rue Royal, trasnochador, conquistador, él se da la gran vída, mientras allá el Archimandrita y Stamboulof y el rey niño se las arreglan. Carácter franco y espansivo, generoso con las mujeres á la moda, se le ve en todas partes, y á caído en gracia. Á lo mejor le dan arrechuchos de for-

malidad y va á reconciliarse con los suyos, y luego se cansa y vuelve, y París se le sube á la cabeza y ya está otra vez en el *Bois* y en el *bacarrat*, se ríe de muy buena gana cuando dicen de una bailarina célebre que es la más vieja del mundo. Y ¿por qué es la más vieja?—preguntan en París.—*¡Parce qu'elle a mille ans!* Pero pasemos y no hablemos más de esto.

Y aunque haga una digresión al hablar de reyes, quiero recordar una anécdota de hace algunos años. Estaba ausente Magnard del *Fígaro* y le reemplazaba Diguet, aquel Diguet inolvidable, todo mal humor y todo corazón, siempre gruñendo y siempre trabajando, porque llevaba el diario en peso. —Reciba usted hoy abajo, me dijo, y de cuatro á siete recibí en el salón, á personas de todas clases y condiciones. Á eso de las cuatro llegó el emperador del Brasil, con dos personas de su séquito. Subo y le digo y mi buen secretario general:—Ahí está el emperador Don Pedro que quiere ver al director.—¡No vé usted como estoy de trabajo! ¡Dígaselo usted á Perivier!

—Bueno.

Media hora más tarde se presentó el rey de Grecia que había llegado la víspera y deseaba ver la casa.—Diguet, ahí está el rey de Grecia.—¡Pues no puedo dejar esto! ¡No puedo! ¡Véanlo ustedes!—Perivier se ha ido. —¡Bueno, pues Calmette, usted, el demonio! Se le recibió con

todos lo honores, mientras Diguet se desembarazaba de cartas y papeles. Á las cinco, me dice el portero que abajo en un coche estaba el rey de Nápoles. Bajo, me pide una rectificación de un suelto, subo y encuentro á mi Diguet con el oído en el teléfono hablando con Magnard, que le hablaba desde Trouville.—Diguet, ahí está el rey de Nápoles... Y el otro, furioso, soltando el aparato:—¡Hombre, parece mentira que sea usted jugador de bezigue! ¡En cuanto tenga usted otro rey, se apunta usted ochenta y me deja tranquilo!

El restaurant Durand es punto de reunión de diputados ó senadores y periodistas de la tribuna parlamentaria, á quienes rodean muchos extranjeros de paso en París. Hay allí un rincón donde almuerza hace muchos años Meilhac, que tiene su pequeña corte. Como es solo y rico, como vive junto á la puerta de este restaurant, almuerza y come allí y se da buena vida. Algunas mañanas suelo ir allí á almorzar para hablar con él de teatro, porque siendo el primer cómico de Francia su conversación siempre es útil y agradable. Viene allí el duque de Dino, Arturo Meyer, Lagrené, Duval, Bischoffein, que sin Meihac no puede vivir, Xanvier de la Matte, Hebrard, Blowitz y algunos otros. A la puerta, desde Abril á Octubre, toman el aperitivo y hablan de la Cámara y de política Edmundo Millaud, Etienne, Lepelletier, Ranc,

Wamps, Enmanuel Aréne y los periodistas parlamentarios. Esto cuando no hay algún militar en el corro, porque allí es costumbre no hablar de política delante de ellos, ni ellos seguirían la conversación. El militar no es allí más que militar; esto en Francia es un axioma.

Cada uno de los que almuerzan con Meilhac merecería un estudio aparte. Él mismo, tan gordo, con sus bigotes de soldado, sus ojos medio entornados, la cabeza baja, hablando siempre lo preciso y con esa gracia tan esencialmente parisiense; Blowitz, el gran tipo de Blowitz, periodista de primera fuerza, constantemente atacado en la prensa y siempre en medio de París, dominándolo todo con su conversación amenísima y con su misteriosa habilidad de entrar por todas partes y de ser amigo de todos. Blowitz rechoncho y gordísimo, con aquella gran corbata blanca, hecho el nudo al descuido, y la cabeza de diplomático viejo, es una figura tan parisiense que casi ha venido á ser inevitable. Su posición de corresponsal del *Times* es de doscientos mil francos al año. Recibe en gran señor. convida á los embajadores, se visita con los reyes, es medio marsellés, medio alemán, medio inglés y, sobre todo, es hombre de mucho talento, y por eso ha llegado adonde ha llegado.

Arturo Meyer, siempre tan compuesto y tan bien vestido, con sus maneras de aristócrata, que se ha impuesto á toda la aristocracia fran-

cesa, periodista de raza, tenaz como en todos los de la suya, es allí una personalidad que por lo discutida prueba su importancia. Habla siempre en realista convencido y nadie puede dudar de que su campaña ha sido de las más activas.

El duque de Dino, antes marqués de Tayllerand, que actualmente viaja con Loti por África, es en aquella mesa un gran elemento. Tipo del gran señor liberal, amigo íntimo de Rochefort, ilustradísimo, poseedor de una gran fortuna, este duque literato ha corrido el mundo estudiando. Sus versos son grandilocuentes, sus libros muy interesantes. Yo le hablo siempre en español, porque habla nuestra lengua, como Carlos Durand, Bonnat, Gautier y tantos otros. Habla el español mucha más gente de la que aquí se cree.

Alejandro Duval, dueño de todos los bouillons Duval de París, viene allí como va á todas partes, porque es el parisién popular, amigo de todos, gozando de la vida, gastando bien su dinero. Ha tenido el talento de hablar siempre en carnicero y en broma, para que nadie le dé bromas á él, y esto le hace doblemente simpático. Él mismo se llamó un día Godofredo de Bouillon, él es quien dice al almorzar en Durand cuando algo no le gusta:—Vaya usted al bouillon de enfrente donde todo es mejor, y tráigame usted algo. ¿Cómo comprende usted á Chateaubriand? preguntaba un día un amigo á otro. Con pata-

tas, decía Duval. Gana millones y millones con su sopa y su carne y en París es de los que se ven en todos los estrenos y en todos los entierros.

El café Napolitano ha sucedido como centro de reunión literario al café Tortoni, por las tardes. Durante treinta años, de seis á siete se han reunido, nos hemos reunido, porque yo fuí allí diez años seguidos, en Tortoni una docena de amigos, presididos por Aurelien Scholl. Tortoni y Scholl eran una misma cosa. Los negocios del dueño iban mal, no le quedaba más clientela que la nuestra y liquidó y cerró, y él mismo, aquel buen Percherón, al verse solo en su casa sin el círculo de amigos, para los que había sido como un padre, se murió al mes de dejar el Boulevard y á su entierro fué toda la literatura contemporánea.

El círculo de Tortoni se ha trasladado al Napolitano, lo componen Scholl, el editor Charpentier, Desmoulins, el barón de Goldkoski, Paul Arène, Paul Adam, Mauricio Montegut, Camilo Debans, Chevassu, Guerín, Juan Beraud, Ganesco, Talmeyr, Capus, Paul Robert, Stevens, ¡qué sé yo! Ahora, como el café es más grande, vienen más de cincuenta, y en esa otra hora, entre el fin del trabajo y la comida, se chismografía y se ve á los amigos, á esa parte del *todo París de las primeras*.

En una de esas primeras representaciones es

cuando puede enseñársele á un extranjero todo el personal de celebridades parisienses.

Un estreno en París es siempre un acontecimiento, porque como entre semana nadie se ve ó se ve por grupos de quince ó veinte personas, en el estreno, que no es función de pago sino para una docena de tontos que pagan cincuenta francos por un billete para ser de la fiesta, allí se encuentran todos, académicos, novelistas, actrices, cortesanas, ministros, diputados, artistas, hombres de ciencia. Ser de un estreno, es como haber tomado carta de naturaleza.

Y allí, en una primera, es donde se puede admirar el lujo y más que el lujo, el gusto de la mujer parisiense, que ha llegado á un punto increíble. En el teatro, como en las carreras, como en las *soirées* del invierno, se admira á la vez el aterrador exceso de dinero que hay en Francia y ese culto del buen gusto en el vestir, que distingue á la mujer de París, la cual, dígase lo que se quiera, impone la moda al mundo entero. Todo lo que viene de París es la moda en todas las capitales de Europa.

En esas primeras representaciones se puede observar la gran cultura y la poca exageración con que se oye una obra. Un éxito inmenso se traduce por anunciar al autor, que no sale nunca á escena, una salva de aplausos, y nada más. Un fiasco, un fracaso, lo indican algunas risas desdeñosas, un chicheo cuando la *claque* quiere

aplaudir, un silencio general al marcharse. A no tratarse de obras de intención política como el *Rabagás* ó el *Thermidor*, no se silba á nadie; la silba se considera como ofensiva ó digna de los teatros de las barreras. No hay aquello de precipitarse á la escena, sofocar al autor, volverse loco de entusiasmo; no, las grandes ovaciones suelen ser para los grandes actores en momentos dados; para Mounet Súlly cuando hace *Edipo Rey*, para Sara Bernard en obras determinadas.

Lo que hace el éxito ó mata la obra con un artículo en cada periódico, artículo siempre moderado y cortés, es la prensa. Verdad es que la prensa lo hace todo; y se comprende perfectamente. Dos millones de habitantes que no se conocen unos á otros, á excepción de un millar de personas, y no tienen tiempo para ir preguntando al día siguiente lo que ha ocurrido, no tienen más garantía ni más notario de la verdad que su periódico. Yo vivo á cinco kilómetros del teatro tal; para si debo ir á ver la obra que se estrenó ayer abro por la mañana mi periódico, si éste me dice que debo ir, allá iré, si no esperaré á otra. La prensa en esto, como en todo, tiene en París una influencia colosal. Además, los directores de los grandes periódicos tienen la consideración personal del público, como sucede aquí. Podrá haber periodistas malos ó buenos, viciosos ó corrompidos, pero ¡si hay tantos! ¡Si el año pasado se hizo un recuento y había en

París sólo cerca de seis mil escritores! Pero por cima de todos está la institución, y hay un compañerismo tan leal, una especie de unión tácita y secreta entre todos, que no se parece á nada. La palabra *camarada* tiene algo de sagrado en París.

De la prensa han salido los hombres célebres contemporáneos; médicos, abogados, oradores, políticos, banqueros, emprendedores, dibujanjantes, académicos, ¡todo! Con hablar de los que en ella viven ó vivieron, se podría llenar todo el tiempo de esta conferencia. Y es preciso ver su influencia viviendo, como yo, durante diez años en aquel periódico, por donde puede decirse que pasa la Europa entera y cuyos beneficios líquidos de cinco millones al año, como los cinco y pico del *Petit Journal* y los del *Matin* y los del *Temps* y los de las grandes publicaciones parisienses, prueban lo que aquí decía la otra noche con tan elocuente voz D. Francisco Silvela, y es, que forzosamente han de ir juntas la industria y la crónica diaria de las cosas; y el desarrollo inmenso que esa industria ha tomado, prueba la colosal influencia moral de los periódicos. ¡Viviendo en el *Fígaro* se conoce á todo el mundo! Ya en mis conferencias de marras os dije cómo eran algunos periódicos por dentro. Hoy vamos á hablar de las personas.

Hebrard, con el *Temps*, ha fundado en París el periódico serio por excelencia, respetadísimo

en Europa, dirigiendo la política del país con templada forma y sirviendo los intereses de la República, Edwards, tan activo, tan inteligente, y disponiendo de elementos poderosos, fundó el periódico á la americana, sin dejar de publicar artículos y trabajos literarios, porque el parisién detesta los periódicos exclusivamente de noticias. Quiere saber, pero quiere leer, tiene el amor de sus cronistas y de sus literatos. Fernando Xau, que es el fenómeno de constancia y de actividad más asombrosa que conozco, ha hecho el periódico ameno, literario y de información rápida á cinco céntimos; este compañero era *reporter* hace quince años. Ganaba doscientos francos al mes y andaba siempre en coche, que pagaba dedicando horas en comer aparte para pagar el coche que le servía como periodista. ¡Vive deprisa, habla deprisa, lee deprisa, come deprisa, duerme deprisa! Desde las siete de la mañana hasta las dos de la madrugada reparte su tiempo por cuartos de hora. Tiene el genio de la información, la rabia de llegar antes que nadie á todo. Este hombre ha conseguido por fin encontrar un millón para fundar su periódico, que tira ya más de cien mil números. Es admirable. Nadie ha llegado á la fortuna con más legítimo derecho. Cuando se va á verle, no deja explicar las cosas. «¡Dígame usted eso en menos palabras. Escriba usted corto. No tengo tiempo!»

¿Quién tiene tiempo en París? ¡No hay tiempo de nada! Por eso en las redacciones se habla tan poco. El que se descuida se encuentra siempre con que otro ha hecho el trabajo. Asombra, señores, la cantidad de trabajo notable que entra todos los días en los periódicos. ¡Al *Fígaro* llegan, por término medio, de sesenta á ochenta artículos diarios, enviados por desconocidos! Con su gran conciencia profesional, Magnard lo lee todo.—Raro es,—nos decía—el día en que no se encuentra algo muy bueno. Pero no hay sitio. El periódico tiene ya cuarenta y tres redactores constantes...

Severine dice que se debía publicar todo entre todos, pero no sería posible...

¡Ah, Severine! Antes de dar esta conferencia, me han pedido algunos amigos que hable de éste, ó de otro; cada cual quiere tener idea de tal ó cual personaje. No puedo hablar ya sino de cinco ó seis, porque la conferencia sería interminable; pero Severine es una gran figura.

Una grandísima figura. No por sus ideas radicales, ó socialistas, ó lo que sean, sino por su carácter, por su temperamento aparte.

Vive para los demás. Pasa su vida batallando por los desgraciados. Pide á todos los ricos para todos los pobres, da los socorros ella misma, socorre las miserias, está en contacto con diez ó doce mil séres que sufren. Si un día qui-

siera promover una revolución en las calles, le sobraría gente.

Hay cierta corriente, una nube misteriosa que envuelve en ambiente de simpatía á los que han sufrido. Sin malicia ninguna, sin segunda intención, como suele decirse, porque yo, ni estoy ya en edad ni en condiciones de andar en lances amorosos, desde que oí hablar de esta mujer, sentí atracción hacia ella y hemos sido siempre buenos camaradas. ¡Qué bien se siente la nota del efecto al caído, del interés del desgraciado! ¡Y cómo sabe hacer el bien, y con qué tesón, y con qué energía tan extraordinaria! Ella va á las minas, baja á los pozos, lleva al obrero el socorro recogido en París, vuelve por más, retorna, escribe dos ó tres artículos diarios en medio de los cadáveres, y reparte consuelos en nombre de la humanidad; se entusiasma con el boulangismo, creyendo que el cesarismo traerá después lo suyo, y es fiel al ambicioso, como el noble Deroulède, que prefiere el retiro al abandono de un amigo...

Corresponde en millares de cartas con la viuda, con el huérfano, con el preso, con el leproso, llega á ser una fuerza por sus sacrificios en pro del caído, y aun le queda tiempo para que la veamos en el estreno del Francés, en el banquete á Zola, en la apertura del Salón, en todo lo que es el París, ese París artístico y literario. Y cuando queremos todos hablar con el Santo

Padre y dar su opinión en ese *Fígaro*, tribuna de tantos reyes, y se toca con dificultades, dice ella un día:—Yo iré.—¿Pero cómo?—No sé; allá voy. Y se va, y llega á Roma, y obtiene su audiencia, en la que no se creía, y habla una hora con León XIII y viene á París la conversación, que se publica firmada por la gran radical, y el Padre Santo, al despedirla, le dice con palabras de amor:—Adiós, hija mía.

Toda mi vida me acordaré de aquellos días del frío espantoso de hace tres años. París, que es muy caritativo y acude siempre á la desgracia, dió en seguida cuanto se le pidió; los Chauchat, los Meunier, los Osiris, todos esos millonarios, ayudaron á la prensa en su tarea de abrigar y de dar de comer á los pobres. Llovían los donativos; reunimos en setenta y dos horas un dineral y no sé cuántos socorros en especie. La prensa improvisó en grandes locales asilos con ropas, baños, comida, camas. El comité organizó guardias permanentes, cada periodista debía ir dos horas por día al sitio marcado. A mí me tocó, por suerte, hacer la guardia de dos á cuatro con Severine y con Chincholle en la piscina de la calle de Rochechouart. Allí estaba Duval, de quien antes hablé, el alegre Duval, que había ofrecido dar *diez mil* sopas, dirigiendo la operación de repartirlas. ¡Qué días aquéllos!

Pasaron por delante de nosotros más de seis

mil desgraciados sin casa ni hogar ni pan que llevar á la boca; unos, andrajosos, otros, pobres de levita, todos silenciosos, corteses, sin dar una voz, iban entrando con ese orden con que allí se hace todo. Severine se quitó su vestido de señora, se vistió de humilde, con un delantal, una cofia, los brazos arremangados para trabajar más á su gusto...

¡Cosa singular! Cuantos pobres llegaban, pedían ante todo un baño; todos pedían la limpieza antes que la comida. En grandes salones había largas filas de barreños. A todos los viejos, impedidos, enfermos ó convalecientes, les lavó los pies aquella admirable mujer, les desnudó y vistió, y á fe que eran necesarias una resistencia y una salud á toda prueba, porque la miseria suma... huele muy mal, muy mal, y no hay idea de cómo venían algunos. Servíamos nosotros la sopa y la carne afuera y preparaban otros las camas. Chicholle me dijo:—¡Ven á ver una cosa estupenda! y fuimos á verla allí, arrodillada delante de un anciano, frotándole los pies y piernas con el jabón, envuelta en una atmósfera pestilente, con verdadero entusiasmo de caridad, y al oirnos volvió la cara y nos dijo:—Entrad, no tengáis miedo, luego iremos á la Ópera y á las diversiones; éstos no van, éstos no van más que al hospital ó al Sena... venid, que yo recibo aquí, este es mi Salón, éstos son mis amigos!....

¡Y luego, allá fuera, venían las Duquesas, y las Marquesas, y las millonarias y los ricos, y nos traían pieles, y vino, y carne y todo! Y hacía contraste ver á las señoras junto á las haraposas, y nadie protestaba, ni se oía una palabra mal sonante, y con esa cortesía tan nacional, la señora llamaba á la mendiga *Madame*, y *Madame* llamaba la mendiga á la señora!

París es caritativo hasta lo increíble. No odia á nadie, y si odia á los judíos, es porque Drumont, se lo ha enseñado. Drumont es un convencido, sin embargo, un cristiano sincero. Su libro de la *Francia judía*, ha dividido el país en dos castas.

Y para que se vea hasta dónde llega la fuerza de un periódico y la autoridad de un periodista, hay que decir que el libro llevaba un mes en los escaparates de las librerías y el público no le había dado su verdadera importancia. Drumont vino un día al *Fígaro* á pedir á monsieur Magnard que lo leyera y hablase de él en uno de esos articulitos de cuarenta líneas que tanto efecto producen, y que, como dice Zola en honor de Magnard, gobiernan la opinión. Magnard leyó y habló escasamente un tercio de columna. Al día siguiente se vendieron treinta y dos mil ejemplares. Estas intimidades son las que conviene contar. Drumont pasó de la obscuridad á la celebridad. Como es muy valiente y tuvo dos ó tres duelos y uno de ellos célebre,

y se vió en seguida que no había hecho su libro por el gusto de escandalizar y vender, sino por convicción, hizo bien pronto prosélitos y vino en Francia la división de judíos y cristianos que hoy por desgracia existe; y digo por desgracia, porque de ella ha nacido, á mi modo de ver, el anarquismo militante.

Drumont, como Morés, hace una guerra despiadada á los judíos que lo acaparan todo. Su periódico ha llegado á tener una gran tirada y se vende hoy casi tanto como el *Intransigent*, de Rochefort.

Porque no solamente compran uno y otro diario los radicales ó los antisemistas, no, lo compramos todos. El *Intransigent* tiene por abonados á casi todos los reaccionarios, porque á París le encanta, como á Madrid, el diario *que pega*. Nada más frecuente que encontrar por las mañanas en los ómnibus de París á centenares de personas que llevan en la mano tres diarios: *L'Intransigent, La Libre Parole* y *L'Autorité*, de Cassagnac, para leer las tres reventaduras (en francés *ereintement)* que hacen tan bien Cassagnac, Rochefort y Drumont. Es un desayuno, un aperitivo como otro cualquiera.

Rochefort, desde su destierro, escribe un artículo diario, siempre en correcto estilo, porque es gran hablista, y siempre gracioso. Algunos días lo telefonea desde Londres ó Bruselas, es decir, lo escribe en su casa, se va con las cuar-

tillas al gabinete telefónico público y lee en alta voz su trabajo que un redactor del periódico, en el teléfono de París, dicta á un compañero. Es un sistema digno de los tiempos de actividad en que vivimos. Muchas noches recibimos nosotros en el *Fígaro* de este modo la noticia de un estreno en Bruselas, de una reunión en Lyon ó de un crímen en Londres. De esto á las gacetas que hacían nuestros padres hay alguna diferencia.

Y pues hablo de los judíos, bien puedo esbozar aquí la figura de ese que lleva un nombre que desde niño nos enseñan á pronunciar como asombroso: ¡Rostchild!

¡Más rico que Rostchild! esto es un proverbio.

Cualquiera puede conocerle. Madrugador, trabajador como el más el humilde, va á pie todas las mañanas desde su casa de la rue Saint Florentin, hasta la rue Laffitte, pasando por la rue Royale, el Boulevard, por la acera izquierda, con un cigarro en la mano y una flor en el ojal de la levita. Casi siempre va hablando solo, y sería bien fácil á un extranjero reconocerle. Habla y acciona con el bastón, revolviendo, sin duda, en la mente empréstitos y emisiones, y tierras y mares. Es un viejecito alto, seco, con las patillas blancas, los ojillos pequeños, sencillo en el vestir, muy distinguido en sus maneras. A las once y media vuelve á su casa á pie,

y á la una vuelve á su despacho, siempre por el mismo camino.

Dicen los que le rodean que la mitad del día se lo ocupan los negocios y la otra mitad los donativos. Judío y todo, y á pesar de lo que se le ataca, da que se sepa, á la asistencia pública, más de dos millones al año. 50.000 francos en invierno para que los pobres desempeñen la ropa, 100.000 francos en Noche-Buena, 50.000 cada vez que hay una calamidad que remediar, y luego millares de millares de cantidades sueltas, porque según me ha dicho su secretario, le escriben pidiéndole dinero de todos los puntos del globo! Se cree que Rostchild no tiene nada que hacer, y es, sin embargo, uno de los financieros que más trabajan. Se ocupa mucho de artes y letras y protege á las sociedades científicas y literarias. Es muy desgraciado.

Digo que es muy desgraciado porque lo que tiene se lo envidian; lo que da así, en globo, no se lo agradecen, y á cada momento le ocurre una desdicha. Adora á los suyos y se le mueren con desconsoladora rapidez. Saca de apuros cuando hace falta á toda la Banca de París y le llaman judío, como si el haber nacido tal fuera un delito. Tiene que vigilar constantemente su casa porque la anarquía no se la destruya. Su corazón es muy bueno y las penas le siguen. Cada vez que pierde á un sér querido envía 100.000 francos á los pobres.

¿Por qué no hemos de hablar un poco de religión ya que se dice que París es ateo? Porque la Francia echó á las congregaciones y porque hay escuelas laicas y porque en Saint Denis hay un Ayuntamiento de demagogos y porque hay escuelas libres y periódicos ateos, y lo mismo que hay un teatro libre junto á otro de comedias clásicas, hay círculos de librepensadores junto á círculos catóticos, se cree fuera que allí vivimos todos sin Dios y que la Iglesia está perseguida. ¡Qué escándalo! me decía un compatriota en cierta ocasión al día siguiente del baile de la *Mi-Camère*. He visto anoche en la Ópera á tres mil mujeres en trajes que no se pueden contar.—¡Qué orgía! ¡Babilonia pura! —Pero hombre de Dios, le decía yo, ¿por qué en vez de ir ahí no se fué usted á la Magdalena y hubiera usted visto tres mil señoras y caballeros oyendo al Padre Didon la palabra divina? Yo declaro que cuando voy con mis hijos á misa á la iglesia vecina de mi casa, si me descuido un poco no podemos entrar. Veo que el cardenal Richard es estimadísimo en París y que los templos están llenos en los días de precepto y que el público da tanto dinero cuando se hace la colecta, que las cantidades recaudadas en cada misa llegan al fin del día á sumas considerables. El Padre Didon, el gran Monsabré, gloria de la cátedra cristiana, son tan populares como los radicales más conocidos. Lo que hay

es *que no se conoce el fanatismo*, que la *tolerancia es extraordinaria*, y que, como vulgarmente se dice, hay para todos! Y si se sale de París y se va uno á pasar un verano á Normandía ó á Bretaña, entonces si que no se ven sino procesiones y rosarios! Los pueblos pescadores son religiosísimos, y si en las grandes ciudades del Mediodía hay tantos radicales, el Norte, en cambio, es católico fervientísimo. La tolerancia religiosa *no está solamente en las leyes, está en las costumbres*. Por eso hay tanta gente en un sermón como en una cena de centenario. Y vámonos de la Iglesia á los bastidores.

¡Souper de centième! ¡Viva la alegría! Cuando una obra llega á la centésima representación, la dirección da un baile en el teatro á todos los parisienses conocidos. Una cena espléndida, á la que vendrán las actrices á la moda en los trajes más extraordinarios, y los médicos célebres, y los novelistas, y los cronistas, y los desocupados, doscientas personas que van á pasar la noche en vela. Y allí veremos á Juana Hading con sus brillantes, y á Marie Magnier siempre guapa y graciosa, y á Juana Granier, que es el espíritu de París en una mujer, y á Theo, y á Lender, y á Rosita Mauri, y á Ivette Guilbert, y á todos, en fin, los amigos y camaradas. ¡Y se reirá, y se cantará, y se pasará la noche sin una disputa, sin el menor disgusto!

Y al salir, al alba, veremos ir á su trabajo á

quinientos mil obreros, modistas, empleados, cajeras, profesores, estudiantes, trabajadores, que han de pasar la semana entera, la mayor parte de ellos, diez horas de pie, haciendo andar la inmensa máquina de París que produce millones, y ellos mismos todos, todos, todos, irán el sábado á hacer cola una hora en las oficinas de Correos para depositar desde cinco francos hasta quinientos, según la profesión y el beneficio, logrando el hermoso espectáculo de un país que tiene, según se ha demostrado últimamente, *cinco mil millones de economías individuales en las cajas de ahorros.* Y nosotros mismos, al salir de allí, tomaremos un baño ó una ducha para no dormir y estar á primera hora en la obligación, como lo hace el banquero que ha estado en un baile. ¡No cesar de trabajar! Esta es la teoría. Trabajando sin cesar han hecho su fortuna los escritores modernos. Zola está rico, Daudet también, á Maupassant le mató el exceso del trabajo.

No es posible ya cansaros más, y como el personal es tan vasto, cada silueta requeriría un cuarto de hora. Acaso en otra conferencia las continuemos. Por hoy quería hablar no más del París que se mueve y se agita, de la capital tan discutida y á la que todo el mundo acude. ¡Nadie quiere dejar de ver París! Pueblo niño, donde el carácter es sencillo, bonachón, crédulo al exceso, que lo mismo adora hoy á Fulano,

que lo detesta mañana; que igualmente ensalza hoy al que cree íntegro y honrado, que lo persigue de muerte hasta hundirlo en el polvo en cuanto le ve como es; pueblo en que la novedad lo puede todo, pero con tal que esta novedad revele inteligencia, buen gusto, sentimientos humanitarios; pueblo donde el crédito y la buena fe son tan grandes que por eso se ve con tanto frecuencia engañado; pueblo de artistas, de gente alegre y siempre en broma, porque es rico, y es rico porque trabaja y ahorra; pueblo, en fin, que abre sus puertas al universo entero para que luego le juzguen por sus ligerezas y no por sus grandes cosas.

Fué desgraciado en un año terrible, mañana pudiera ser afortunado en otro año feliz. Las guerras son como los desafíos; yo me bato teniendo razón y un espadachín puede matarme; por eso las guerras son odiosas y contra naturaleza, por eso en Francia no se desea la guerra, es un error; los pueblos civilizadísimos aman la paz y el progreso, los pueblos atrasados y bárbaros son los que sueñan con sangre y fuego y conquistas. París se distingue por su buen corazón, por su laboriosidad, pos su buen humor y por su arreglo. Trabaja de día y se divierte de noche. ¿Que tendrá defectos? Pero yo no he venido aquí á hablar de defectos, ni tengo derecho. Cuando se han pasado catorce años en un país y allí se ha encontrado afección y amistad y

hospitalidad, hay el deber de corresponder á ella y de continuar haciendo obra de unión; porque yo soy de los que creen que un día vendrá en que los pueblos, hartos de batirse por intereses que suelen no ser los suyos, dirán que no hay fronteras, que las naciones deben llamarse *la humanidad*, y dichoso será aquel que vea realizada en Europa la frase cristiana «Amémonos los unos á los otros», cuando en vez de los himnos parciales que cada país canta á lo suyo, canten nuestros nietos felices el himno de la paz, de la libertad y del trabajo!

HE DICHO

FIN DE «PARÍS ÍNTIMO»

PARÍS POR DENTRO

PARÍS POR DENTRO

I

No hay nada que me complazca tanto, después de una semana de continuo trabajo y de incesante agitación, como dedicar un día entero á lo que yo llamo los bastidores de París, gran teatro de Europa.

Mientras hago la vida de todos, no soy más que un espectador que disfruta del encanto cotidiano de esta comedia parisiense, preciosa magia con todo género de atractivos; pero cuando me propongo prescindir por algunas horas de las relaciones, las visitas, los negocios, el salón, el teatro, el paseo, la conferencia ó el periódico, entónces me seduce la idea de ser el cronista de un sin fin de cosas, cuya relación detallada podría ser asunto de mil volúmenes interminables.

¡Un día dedicado á lo desconocido! ¡Perderse

por esas calles, observar sin ser observado, penetrar en el fondo de este escenario inmenso y averiguar en lo posible el secreto de sus deslumbradores efectos y de su maquinaria complicada! Téngolo por verdadera golosina, y por eso á veces desaparezco un día ó dos del círculo de mis amigos íntimos, para hacer viajes por esos barrios adonde no acude el extranjero.

Ayer, por ejemplo, me proponía visitar una de esas *brasseries* del otro lado del Sena, donde setenta ú ochenta mujeres, vestidas ni más ni menos que las bailarinas en las comedias de magia (calzón de punto de seda, corsé de raso, nada de faldas, todo á la vista), sirven á un público de estudiantes y de artistas lo que consumen, alternando con ellos en la conversación y hablándoles tan de cerca, que la descripción del cuadro ha de serme difícil en su día, cuando otra novedad para el observador extranjero hizo variar el rumbo de mis excursiones. Y como se trataba de algo más consolador y edificante que el contínuo vicio de esta vida *moderna*, preferí comenzar por este descubrimiento la serie de los míos.

A la puerta de un gran almacén de juguetes había un enorme montón de cajas vacías. Eran las devueltas por los corresponsales del comerciante en los diferentes departamentos adonde fueron remitidas, conteniendo el regalo de Año Nuevo que la institución de *Niños abandonados* envió hace mes y medio á sus pensionistas.

Mi curiosidad, al oir esto, no paró hasta conseguir el nombre y las señas del establecimiento. Puede ser útil á muchos gobiernos conocer estas cosas.

La *Asistencia pública* ha añadido á sus muchas y notables obras de caridad esta creación reciente, pues apenas lleva dos años de existencia. Se sabe que hay padres, ó vagabundos ó criminales, que hacen de sus hijos cómplices de sus malas artes. Nadie ignora que el falso mendigo enseña á su hijo á mendigar como él, cuando no le lleva desde su tierna edad en brazos ó á la espalda para conmover á las personas caritativas. Rateros, prostitutas y ladrones emplean á niños de corta edad en ayudarles á sus picardías. Los gitanos y los saltimbanquis les explotan como diversión del pueblo. De aquí la gran cantidad de muchachos presos en la *Petite Roquette*, y que no son sino criminales en flor, que comienzan su existencia en una atmósfera de vicio y de miseria.

Arrancar estos niños á la degradación, convirtiéndolos en obreros ó artistas que sean útiles á la Francia, es el objeto de la institución de que me ocupo.

La idea era tan práctica, que los primeros resultados obtenidos han venido á demostrarlo. Mr. Charles Quentin, director de *La Asistencia pública*, enseña con orgullo el libro del año de la fundación, donde constan las observaciones

hechas del carácter y conducta de cada niño recogido, ya en casa del Comisario de policía, ya en la vía pública. De seiscientos ochenta y cinco muchachos, sólo dos han revelado perversidad de condición, que obliga á la Dirección á educarlos con doble esmero. Los demás, que hace un año eran vagabundos, rateros, mercurios de rameras ó falsos mendigos, todos han dado muestras de buen natural, y en su hoja de servicios son considerados como: «*Buenas personas, Trabajadores excelentes, Obreros inteligentes, Corazon sensible*», y así por el estilo.

Monsieur Quentin no quiso que el día de Año Nuevo quedarán *sus niños* sin regalos, y las cajas vacías que yo ví ayer, demuestran que la *Asistencia* ha sido una madre cariñosa para los abandonados de hace año y medio.

Los que residen en París, recibieron bizcochos y una copa de champagne. Las niñas, preciosas cestitas ó *necessaires* con todos los útiles de costura.

Los que han sido enviados á las fábricas y manufacturas de los departamentos, recibieron el primero de Enero libros ilustrados, preciosos tomos de la casa editorial de Hetzel, imprentas de niños, rompe-cabezas de infinitas piezas que, reunidas, forman el mapa de Francia ó el plano de París; juguetes útiles, en fin, que son á la vez recuerdo y enseñanza.

De esta manera la beneficencia pública con-

vierte en ciudadanos honrados á los que, sin ella, seguramente no lo serían. Cada niño es observado durante el primer mes, para apreciar las condiciones de su carácter y la disposición que muestra para un oficio determinado. Se les envía á las fábricas ó manufacturas, recomendadísimos, y se espera á que sus padres decidan sobre su suerte futura.

Esta es la parte grave y delicada del asunto. *La Asistencia pública* procura arrancar á estos infelices hijos á padres ó desnaturalizados ó criminales; pero á veces los padres no quieren perder su presa, que no es otra cosa para algunos el hijo de sus entreñas.

A los pocos días de haber entrado en el establecimiento una preciosa niña de diez años, fué á buscarla su madre.

—¿Con qué derecho se me quita á mi hija?—exclamó, intercalando en esta frase todas las palabras que forman el estilo de Zola.—¿Ustedes no saben que esta chiquilla será, dentro de dos ó tres años, *una mina?*

Las observaciones de la Dirección no la convencían. Sólo cuando la niña pidió de rodillas que no la sacaran de allí, fué cuando la madre (cuya profesión no se puede nombrar) dijo:

—Bueno; que esté ahí una temporada y engorde, que yo vendré por ella.

La Dirección pensó entonces que lo mejor sería sacar á la niña de París. ¿Quién sabe si

dentro de dos años la madre habrá muerto, lo cual sería una fortuna para la desdichada criatura?

—¡Lástima grande que á la edad en que la mujer comienza á verse rodeada de todos los peligros que cercan á la pobreza y la virtud no tenga algún otro asilo parecido á éste!—exclamaba yo al oir la relación de muchas lástimas, íntimamente unidas con la existencia de los setecientos niños abandonados y recogidos por la *Asistencia pública.*

—Algo de eso hay en París—me dijo entónces un amigo que no nombraré—pero no llena por completo el vacío que usted, como yo, nota. Y á fe que hace falta, porque espanta pensar en los niños que salen con el estigma de criminales de las prisiones de la Roquette!

¡La *Petite Roquette*! Hé aquí otro mundo de observaciones á propósito de estos niños pobres de París, tan expuestos á ser pícaros el día de mañana.

Todos los dias entran allí los *pequeños bandidos* de esta gran población, centro del mundo civilizado. Casi todos son detenidos en las ferias de extramuros, donde se dedican á robar pañuelos ó á entretener á la persona robada, mientras el ladron *adulto* le saca algo del bolsillo. Los hay que han dado ya sus pruebas de futuros perdonavidas, haciendo sangre á sus compañeros de ratería; en el año pasado han ingresado en

la *Petite Roquette* mil y pico de criminales infantiles.

No descuida tampoco el Ministerio del Interior la educación de estos niños presos. Hacen el ejercicio, aprenden á hacer flores artificiales y á cincelar objetos de bronce. A la entrada del departamento donde están encerrados, hay un gran montón de *bouquets* de violetas y de claveles artificiales. ¡Quién sabe si alguna de estas flores, vendida en la tienda de una modista, irá á adornar el gallardo cuerpo de tal hermosa mujer que desmentirá en aquel momento la existencia de la voz de la sangre!

¡Oh! los niños en París son más dignos de lástima que en ninguna otra parte, porque no lo son sino en el nombre.

¡Cuántas veces los he visto servir de pretexto á la falsa apariencia de mujeres hermosas, que explotan la credulidad del extranjero!

Hace tres ó cuatro meses, un coronel ruso amigo mío conoció á una preciosa rubia con todo el aspecto de una señora. Esto es aquí tan corriente, que en muchos *quartiers* es materialmente imposible distinguir á la loreta de la madre de familia, como sucedió en la ocasión á que me refiero.

Mi coronel, que me había convidado á comer en Bignon, me dijo apenas entré en el restaurant:

—Amigo mío, vamos á ser tres, ó por mejor decir, tres y medio.

—¿Cómo?

—Me he permitido invitar á una señora que la suerte me ha hecho conocer esta tarde.

—¿Una... señora?

—¡Oh! sí, una señora, que aprovechará la ausencia de su marido para comer con nosotros. Ya ve usted que el *rendez-vous* es inocente. Hablaremos; la conocerá usted... Viene con su hijo... ¡Ahí está!

Efectivamente, entraba en aquel momento, causando cierta sensación entre los concurrentes. Era una hermosa mujer, de esas que tanto abundan por esas calles, alta, esbelta, magnífica.

Traía de la mano á un precioso *bebé* de tres á cuatro años, que fué mi encanto durante la comida, porque el coronel, dicho se está que se ocupó más de la madre que de nosotros.

A los quince días comía yo en otro restaurant, no tan entonado como el anterior, reunión de artistas y literatos principiantes, rincón alegre allá en los altos de Montmartre. En casi todas las mesas había mujeres bonitas y decidoras. Al retirarnos de allí varios amigos, entraba una muchacha con un niño de la mano. Uno de los artistas la saludó.

—¿Quién es?—pregunté.

—Es una profesora de piano.

—No—dijo otro—es una modista.

—No es nadie—dijo un tercero.

El niño fué á cogerme el bastón; le mirè, y reconocí al hijo de la buena moza de marras.

—¿De eso te asombras?—me dijo un pintor riendo.—Este niño va corriendo *de mano en mano* desde las once de la mañana, para que estas prójimas se den con él aires de personas decentes. La madre, que es vendedora de periódicos en el barrio Latino, lo alquila á franco y medio por hora. ¡Hay días en que este niño produce treinta francos!

Pues ¿y los niños comparsas y bailarines? No hay comedia de magia en que no intervengan, sobre todo en esos grandes finales de acto en que aparecen en los aires figurando ángeles, genios, ó pájaros ó cosa por el estilo. Los que se meten debajo de la tela que figura el mar, para moverse y producir el movimiento de las olas, ganan cincuenta céntimos; los comparsas, un franco, los niños que hablan en escena son ya de primera clase, y los padres exigen por ellos sueldo de artistas.

En todos los *clubs* hay niños criados, *grooms* con su chaqueta de botones de plata, que hacen recados y abren las puertas. ¡Oh, lo que aprenderán allí! Lo mismo que los que la *Asistencia pública* recoge, con la diferencia de que en el *club* el vicio es oro, y en la calle, cieno.

¡Dichosos los niños que pueden aprender á ser hombres, gracias á las economías ó á la holgada posición de sus padres! Estos suelen ser ad-

mirados á veces en las calles. Por delante de mi puerta pasa todas las mañanas el elegante ómnibus de un colegio de moda. Este coche va, casa por casa, recogiendo á los alumnos, que, con su levita azul y su *kepis* militar, se dan aires de grandes señores, ensayando lo que han de ser mañana.

Cuando hace un día de sol primaveral, como ayer, el picador que les da lección de equitación les busca doce ó catorce caballos, y sale con ellos á paseo. A las dos les ví pasar por frente al jardín de las Tullerías, formando un verdadero escuadrón de colegiales. Iba conmigo el corresponsal de un diario prusiano.

—¡Mire usted, mire usted, un escuadrón de niños!—le dije.

—¡Como todos!—me contestó riendo con esa sonrisa esencialmente alemana.

Marzo, 1882.



II

EL CORREO EN FRANCIA

Todo el mundo está convencido en Francia de que, aunque el país cambie de Gobierno una vez más al mes, y sea éste representante de la República, ó del Rey, ó del Imperio, Mr. Cochery no dejará de ser ministro de Correos y Telégrafos.

La opinión ha hecho inamovible á este hombre singular, que, sin ocuparse para nada de la política, se dedica día y noche al perfeccionamiento de aquellos dos servicios con tal amor, que su dimisión ó su cesantía serían un pesar nacional, al estado á que ha llegado su fama.

Fama justísima, fama que debiera estimular á todos los ministros ó directores del ramo.

Cuando Cochery oyó que en España se habían perdido *cinco mil cartas* en un día, creyó que se había declarado la guerra con alguna nación vecina.

12

No sabía él que nuestro Correo, como todas las dependencias de la Administración, son sucursales de la política, sujetas á las mil desdichas que ésta trae consigo.

Yo, el autor de estas líneas, he sido inspector general de Correos. Con esto está dicho todo. Al mismo tiempo, era gerente del Teatro Español un ex-jefe de Administración del ministerio donde yo servía.

No admito comentarios burlescos. ¡Callen todos! También he visto abogados ministros de Marina. ¿Qué más? Pelayo del Castillo ha sido administrador del wagón-correo que va de Madrid á Alicante. Otro de los inspectores generales acaba de ser juez municipal. El Director era un escultor muy notable. Esto se cuenta en Europa y nadie lo cree. Siempre es una ventaja.

De Córdoba á Málaga iba yo viajando en un wagón, cerca del que lleva la correspondencia— ¿Por qué no he de inspeccionar un momento el servicio?—me dije. En la primera estación bajé y me asomé á la oficina con ruedas. El administrador estaba en mangas de camisa, matando sellos y cantando jaberas. Sobre los certificados había una liebre chorreando sangre del hocico.

Mi dignidad administrativa se sintió herida. Quise reprender á aquel funcionario, custodio de mil secretos por veintidós duros mensuales. Le amenacé con la cesantía. «¡Ya le responderá á usted mi primo!»

Su primo era senador del Reino, ministerial *cacique*. Sucumbí.

Me contenté con referírselo al Ministro, que se lo refirió al Director, que se lo refirió al Administrador central, que prometió referírselo al Inspector de servicio en la línea. Entre esas referencias, á puerta cerrada, nos comimos una sandía. No me atreveré á decir que vino por el Correo.

Y dentro de la vida de España esto no tiene nada de extraño. Venimos todos de la política al empleo; nos dan lo que hay; se da con prisa, por poco tiempo, se da con el alma y la vida, y en esto, como en todo, obramos por sentimiento, por afección... ¿Qué hace un español, por ejemplo, en el siguiente caso?

Un empleado de Correos, que tiene cinco mil reales de sueldo, recibe de una casa de banca de Madrid diez mil duros en oro, metidos en un saco, para que los entregue á una casa de banca de Cádiz.

Es el fraude del giro, es el eterno contrabando nuestro; irremediable, porque es climatológico, como la pulmonía en Madrid ó el vómito en la Habana.

La ley prohibe terminantemente que el empleado conduzca dinero de particulares.

Un inspector puede decomisar aquel saco, declarar cesante á aquel hombre, encausarle.

Y aquel hombre, sin embargo, padre de cinco

hijos, con un sueldo miserable, es el colmo de la honradez, porque al llegar á Cádiz podía guardarse el dinero ó escaparse con él mar adentro, sin responsabilidad ninguna. ¿Quién tendría el valor de denunciarle por hacer un favor al banquero, que le da, en cambio, una gratificación ínfima?

Aquí resultan nuestras leyes en razón inversa de nuestros corazones.

Un inspector francés denunciaría el hecho; el empleado, castigado y perdido, serviría de ejemplo á los demás.....

Pero ¿quién resiste esta organización francesa, inglesa ó alemana? A nosotros nos parece siempre tiranía.

Yo conozco un español que por donde ve escrito *defense de passer*, pasa siempre.

En seguida, proceso verbal, multa de diez francos.....

—¡Bueno—dice mi hombre;—pero he pasado!

*
* *

A mediados del mes de Enero último esperaba yo en París la llegada de una carta certificada, que contenía documentos de gran interés para mí.

La carta se perdió. El cartero francés, á quien le conté lo que me sucedía, me puso su libro de certificados delante de los ojos.

Lo que hubiese entrado por la frontera francesa para mí, estaría indudablemente en Francio, más cerca ó más lejos.

—Usted no puede calcular—me dijo el *facteur* —el interés con que Mr. de Cochery busca una carta extraviada. El año pasado invertimos dos meses, desde el Ministro hasta el último cartero del campo, en encontrar una endiablada carta que una actriz parisiense exigía á toda costa de la Administración. La carta le había sido dirida á París; pero el día en que debía recibirla, salió con una compañía ambulante á representar *Le Monde où l'on s'ennuie* en cuarenta y tres poblaciones de Francia. Naturalmente la compañía no se detenía más que un día, á lo sumo dos, en cada pueblo, pues ya sabe usted como se contratan estas funciones de la comedia en moda. Como había prevenido al cartero, éste enmedó la dirección y remitió la carta al primer pueblo; pero llegó un día después de la salida de la actriz y el Administrador de Correos de allá repitió la operación hecha en París por el cartero.

La actriz no recibía su carta, y escribió directamente al Ministro. Este dió las órdenes oportunas para que carta y actriz llegasen á la par. Hubo una variación en el itinerario, y la carta tuvo que dar una vuelta de todos los diablos. La actriz telegrafió; el Ministro telegrafió á su vez á las administraciones; la carta corría; pero

la actriz corría más, y no se encontraban. El sobre llegó á estar tan lleno de enmiendas, indicaciones y justificaciones de los diferentes empleados, que hubo que pegarle un pedazo de papel para seguir escribiendo en ella la historia.....

—¿Y por fin?

—Por fin, Mr. Cochery dijo un día á sus secretarios, por que tiene varios:

—¡Ya la tiene! ¡Ya hemos vencido!

—De paso le diré á usted que la actriz no quisiera haberla recibido, por que era una reclamación de trescientos francos de perfumería!

*
* *

Como iba diciendo, mi carta certificada se perdió.

En mi interés de hallarla, escribí al Ministro contándole lo que me sucedía.

Dos días después, y á las nueve de la mañana, se presentó en mi casa un caballero con una cartera debajo del brazo.

Era el secretario particular de Mr. Cochery.

—Vengo—me dijo— á que hagamos entre los dos lo que se pudiera llamar la historia de ese pliego.

Y juntos lo hicimos.

—Pudiera suceder que las señas de la carta estuviesen mal escritas.

—Acaso.

—Pero entonces sería una de tantas cartas *tombées en rebut*.

—Explíqueme usted eso.

—Con mucho gusto. Cuando una carta ha recorrido todos los domicilios donde viven personas del mismo nombre, y éstas ó el cartero reconocen no ser á ellas á quienes la carta va dirigida, la Administración la abre.

—¿La abre?...

—Naturalmente, para saber quien la ha escrito y devolvérsela.

—¡Ah!

—En Francia, y en toda Europa, es costumbre poner las señas de la casa donde uno vive al principio ó al fin de una carta. Pues bien, cuando la Administración no encuentra al destinatario, devuelve la carta al que la escribió.

—Siempre resultará que el empleado que rompe el sobre, se entera de lo que la carta dice.

—Pero, como el empleado de Correos ha de ser tan reservado como el de Telégrafos...

—Eso es verdad.

—El correo es una cosa sagrada en todo país civilizado. Pero sigamos con la historia del certificado, que me hace venir en nombre del señor Ministro.

Dí cuantas noticias me pidió el empleado, que se retiró con su *dossier* empezado.

Durante quince días vino casi todas las mañanas. En más de una ocasión, no hallándome en casa, dejó dicho á la portera que la Administración seguía ocupándose de mi certificado. Calcúlese ahora, dada la población normal y flotante de París, el número de casos parecidos al mío que deben ocurrir, y la escrupulosidad, el *amor* que revela en el Ministro actual este servicio del público, que cada día se aumenta con alguna reforma interesante.

Por ejemplo:

*
* *

En todas las administraciones de Correos de París hay ya:

Venta de sellos.

Oficina de certificados.

Envío de paquetes.

Giro de valores por correo.

Caja de ahorros.

Sección de impresos.

Telégrafo.

Giro de valores por telégrafo.

Tubo pneumático para los telegramas del interior de París.

Y dentro de un mes se venderán ya sobres

con sellos, que ahorrarán al público el trabajo y el coste de sobres para las cartas.

Somos el único país de Europa al que no puede enviarse dinero por telégrafo ni por correo.

A todos los demás, el correo ó el telégrafo se encargan de hacerlo á cualquiera hora.

Por ejemplo: no hace muchos días, un amigo mío recordó, al levantarse, que era el cumpleaños de su hija mayor, á la cual está educando en un colegio de Londres.

—He debido enviarle anteayer un regalo—me dijo—pero los negocios me absorben el tiempo; á bien que el telégrafo me sacará pronto de apuros.

Pasábamos por la plaza del Teatro Francés. Eran las nueve de la mañana.

Mi amigo entregó al telegrafista de servicio un billete de cien francos, y dió su nombre y el de su hija, con la dirección correspondiente.

Salimos de allí para ir á almorzar. Terminado el almuerzo, á las doce y media, mi amigo fué á su hotel á escribir una carta.

La portera le entregó un telegrama, que decía: *Recibidos cien francos. Gracias.—María.*

En tres horas y media, y sin más gastos que un franco y cincuenta céntimos, llegó el dinero, se lo llevó un ordenanza al colegio (porque el pago se hace siempre á domicilio), y la niña contestó acusando recibo.

Para no ser tratado de poco patriota, no repetiré, con la tristeza de siempre, que todavía somos un pueblo muy atrasado.

*
* *

Monsieur Cochery ha hecho del Correo una gran casa de banca, que ahorra infinitas molestias.

No hay más que entregar en la Administración de cualquier punto de Francia una letra á cargo de la persona que ha de aceptarla ó pagarla á la vista en otra población cualquiera. El cartero la presenta y la cobra, mediante un gasto insignificante de giro.

Los valores públicos se envían, no en sobres, sino con una faja como los periódicos, sin que se dé el caso de haberse perdido ninguno por negligencia de los empleados del ramo.

Para hacer concurrencia á las empresas de Ferrocarriles, en beneficio del Estado, el Ministro actual estableció el servicio de *pequeños paquetes*.

Es curiosísimo ver la diversidad de objetos que los particulares envían por el Correo.

Desde un sombrero de copa hasta una sortija de brillantes; desde una docena de pañuelos hasta un manojo de bastones; he visto un día á la salida del correo general tan enorme cantidad

de paquetes llenando los camiones, que no pude menos de admirar eso, que constituye, á no dudar, la base de todo adelanto en los pueblos modernos: la organización, sin la cual no hay nada posible.

El día de año nuevo circularon en París cerca de seis millones de tarjetas.

Desde las primeras horas de la mañana del 31, el Ministro organizó un servicio especial de acuerdo con el prefecto de policía. Al lado de cada buzón de París había guardias municipales, para que el público echara ordenadamente sus tarjetas. Los empleados las recogían en el acto.

Es preciso, dijo el Ministro en una circular, que ni una sola tarjeta sea distribuida el día 2.

Esto se llama amor del arte.

Monsieur Cochery se propone que dentro de un año el servicio compita con el de los Estados Unidos.

Los *yankees* dicen que en Francia no hay correo.

¿Cómo será la organización del suyo?

Puede calcularse figurándose algo completamente distinto..... del nuestro, por ejemplo.

Abril 1882.

FIN DEL TOMO XIX

LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).
Ayerbe (Sr. Marqués de).
Alvarez Mariño (D. José).
Aguilera (D. Alberto).
Alba (D. Enrique).
Ahumada (D. Luis de).
Andrade (D. Rafael).
Avilés (D. Benjamín).
Argüelles (Sra. Marquesa de).
Amboage (Sr. Marqués de).
Bermúdez (D. José).
Bretón (D. Tomás).
Bejar (D. Antonio).
Barzanallana (Sr. Marqués de).
Beruete (D. Aureliano de).
Blanco (D. Domingo).
Barceló (D Luis).
Bivona (Sr. Duque de).
Benedicto (D. Manuel).
Casa Laiglesia.
Carbó (D. Juan).
Cubas (D. José de).

Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).
Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Casa López (Sra. Marquesa de).
Caudilla (Sr. Conde de).
Cendra (D. Manuel).
Delgado (D. Eleuterio).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Ferrer (D. Gabriel).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
García Patón (D. Federico).
García del Busto (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).
Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).
Longoria (D. Javier).

Loygorri (D. Federico).
Luque(D. Manuel)
Llano y Persi (D. Manuel de).
Llobregat (Sr. Conde de).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Muguiro (D. Javier).
Malladas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Montefuerte (Sr. Conde de)
Montes Sierra (D. Nicasio).
Navas (Sr. Conde de las).
Otamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Pérez y Alonso (D. Gaspar).
Perinat (D. Luis).
Potous (D. Juan).
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la)
Rodríguez-del-Manzano (D. Valeriano).
Romero y Robledo (D. Francisco).
Romanones (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).
San Román (Sr. Conde de).

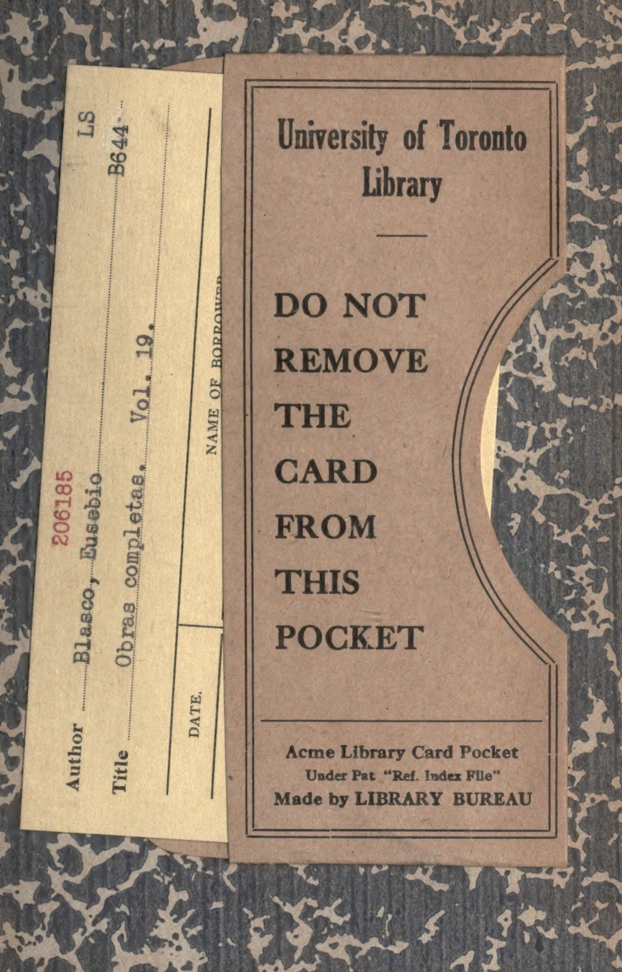
Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Santa Coloma (Sra. Condesa Viuda de).
Santo Mauro (Sr. Duque de).
Tamames (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Vilches (Sr. Conde de).

Ayuntamientos de Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.




University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
206185
LS
B644
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol. 19.
DATE.
NAME OF BORROWER

